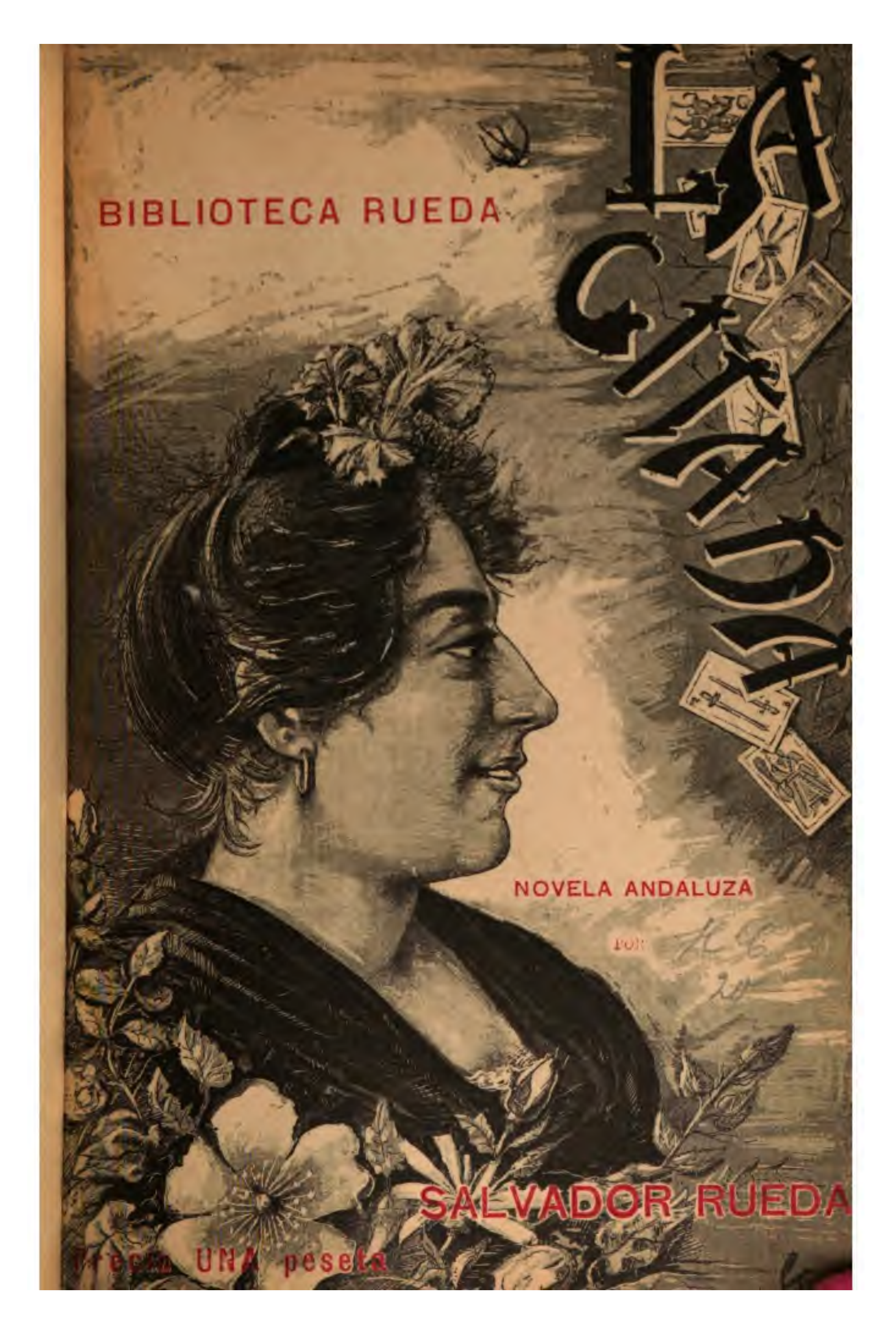

BIBLIOTECA RUEDA
LA GITANA
NOVELA ANDALUZA
POR
SALVADOR RUEDA
Precio UNA peseta

BIBLIOTECA RUEDA

I

SALVADOR RUEDA

LA GITANA

[IDILIO EN LA SIERRA]

NOVELA ANDALUZA



MADRID.—1892
IMPRENTA DE DON LUIS AGUADO
Pontejos, 8.—Tel. 697

Á MI HERMANO SALVADOR

Al concebir la idea de crear una nueva Biblioteca *con el propósito de poner al alcance de quienes no pueden comprar, porque son caros, los mejores libros de cuantos se han escrito en España y fuera de ella, concebí también la de bautizarla con tu nombre, tan lleno de prestigio en las Letras.*

Si el eminente crítico D. Juan Valera te proclamó uno de nuestros buenos novelistas, y el insigne Clarín *te dió el título de poeta, y el público te considera como uno de nuestros más brillantes escritores, ¿qué nombre mejor que el tuyo he de poner al frente de esta publicación, para que la garantice y preste su influencia?*

Acepta, pues, mi recuerdo, y ojalá transmitas á mi empresa la suerte que siempre te ha favorecido en el mundo literario.

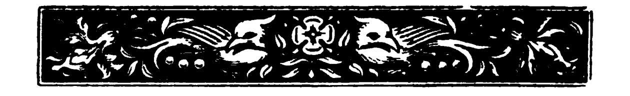
José Rueda

A quien lo es todo,

Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo,

de quien no es nada,

Salvador Rueda.



LA GITANA

I

CAMINO DE LA SIERRA

Hará como cosa de tres años, recibí á las cinco de una mañana un parte telegráfico concebido en estos términos: "Estoy en la sierra; si quieres pasar aquí unos días, vente y avísame tu salida de Madrid. Te apearás en la estación de....., y allí se acercará á ti un criado con encargo mío de conducirte hasta aquí.—*Leopoldo*."

Sin dejarlo para más tarde, me lavé, me vestí, atrapé la maleta y algún dinero, y tomé para la estación del Mediodía, donde telegrafié mi salida.

en hacíame tan campechana invitación

era un amigo mío, tan apasionado como yo de la naturaleza, el cual, por rendir á ella culto, pasaba grandes temporadas en el campo.

Atrás me dejé Madrid, la gran cloaca con fetidez de almas y conciencias podridas, y hala que hala y pita que pita entré en la abrumadora planicie de la Mancha, cuyos molinos de viento van irremisiblemente unidos á la memoria de Don Quijote.

La aridez persistente del palo del telégrafo tenía ya cansada mi retina, cuando entraron en una estación, en el coche que yo ocupaba, varios hombres de mala catadura, no tanto por sus trajes, hechos trizas, como por las irregularidades de sus facciones: prominencias en sitios inopinados, labios de candilón, miradas con frialdades de acero; algo de la fisiología criminal que la ciencia moderna ha señalado como característico de la gente de pelo en pecho.

De criminales, pues, se trataba. Eran unos pájaros de cuenta que llevaban á ponerlos á la sombra de los calabozos de Melilla.

Entró con ellos una pareja de la Guardia civil, y luego de atarlos codo con codo, les colo-

có grillos en los pies. Ni se pusieron los rostros de los presidiarios compungidos por esta faena, ni perdió uno sólo la menor chispa de buen humor.

Deshacíase el sol en alegría aquella mañana, y su contagio llegó hasta el fondo de aquellas almas, fondo negruzco y con lúgubres humedades de sangre.

—¡Hijos de la patria!—exclamó en tono canallesco, que imitaba el tribunicio, uno de los hombres, dirigiéndose á los compañeros de cuerda;—éste es un día memorable para nosotros; vamos á entrar pronto en la gran Sevilla, tierra de la gente de bronce, de los guapos de faca en la cintura, de los gitanos y demás gente de posición. Si nos podemos escapar, yo os invito á que hagamos una *gazpachada* en la tierra misma del gazpacho. ¿Me seguiréis, hijos de la patria?

Una risa feroz, que prestó algo de brillo fosfórico á los ojos, pasó por las bocas de aquellos hombres.

Acostumbrados los guardias á este género de bromas de la gente criminal, ni siquiera po-
oídos á la perorata del exaltado; con mi-

rada perezosa veían la baraja de paisajes que el tren iba poniendo delante de ellos y escamoteando como hábil prestidigitador.

—Porque yo os digo, ilustres varones (debía de haber sido persona algo ilustrada el tribuno), yo os digo y repito...

—¡Que ze caye, que ze caye!—cortó un andaluz, cara de José María, que por lo visto no se había contagiado en el fuego bélico.

—¡Sí, abajo el sacamuelas!—agregó otro agitándose y levantando ruido metálico con los pies.

—Dejadme acabar.

—Donde acabarás tú ya lo sé yo.

—Y yo; en un convento de frailes.

—¡Orden, muchachos!—dijo tirando al descuido las palabras uno de los guardias, como quien reprende en la seguridad de que la reprensión es inútil.

Una voz anunciadora de paradas y estaciones cantó no sé cuál de ellas, y al hacer su parada gradual el tren, colgóse de la ventanilla un hombre que, antes de que el vagón recobrara su inmovilidad, entró dentro de éste y se arrojó sobre uno de los presos.

Era un hombre alto, sano de color y de naturaleza acusadora de los cincuenta.

Con la rapidez con que se transmiten las explosiones del sentimiento, cuando la gente que llenaba el vagón vió que de los ojos del hombre caían gruesas lágrimas al dar oprimidos abrazos al preso, dejóse contagiar de una emoción de pena, de una misericordia infinita. El hombre era padre del confinado, y esperaba el paso del hijo, al cual no había visto durante muchos años.

—¡Hijo mío, hijo mío!—decía con el alma hecha pedazos en medio de una locura de pena;—¡hijo, hijo!—y no decía más porque no podía decir otra cosa.

Todos nos pusimos de pie sin notarlo. El preso, con cara indiferente, dejábase abrazar; y como viera en el pecho del padre una cadena en cuya punta debía de haber un reloj, llevó la mano á ella y preguntó:

—¿Me la das? Ya ves que no te la quito.

El padre se deshizo de reloj y cadena, y los puso con su propia mano en el pecho del hijo.

—Tómalos como recuerdo,—añadió.

-Como recuerdo mientras haya donde *pu-*

lirlo,—respondió con risa de truhán el presidiario. —Muchachos, —siguió, —ya tenemos para un rato de jarana.

—¡Hijo, hijo mío!—repetía siempre el padre sin hacer caso de la chacota de los presos;—no sé cómo decirte tantas cosas como tengo aquí, aquí... ¡Es tanto lo que tengo que contarte! Mira, desde los ocho años que no te veo, ¡cuánta desgracia ha ocurrido en la casa de tu padre! Todo te lo tengo que contar, todo; pero no para reñirte ni disgustarte, sino por el deseo que tengo de hablar contigo, de verte, de abrazarte así, como cuando eras pequeño.

Un sollozo que provocó una explosión de lágrimas detuvo un instante el hilo del discurso. No había una sola persona en el vagón que no sintiera un nudo de pena en la garganta; la escena se imponía con su aterradora expresión.

—Verás—continuó aquel hambriento de cariño, que hubiera querido erizarse de ojos para ver por todo su cuerpo al hijo suyo.—A los dos años de irte...

—¡Señores viajeros, al tren!

—A los dos años de irte cayó enferma tu madre, y no ha pasado un solo día sin que deje

de acordarse de ti. Poco después de su muerte...

—¡Señores viajeros, que va á salir el tren!

Y sonó la campanilla de aviso.

— Tu hermana iba á casarse; pero como tú hiciste... vamos, el novio la dejó. Tu hermano...

—Tenga la bondad de bajarse,—dijo uno de los guardias con la voz un poco temblorosa;—el tren está ya en marcha.

— No, no me bajo; yo voy con mi hijo; quiero ir con él donde él vaya: á Ceuta, á presidio...

La culebra hizo un desperezamiento de músculos y dió la señal de marcha.

—Bájese, bájese.

Y con grave riesgo de caer, el guardia mismo, con todo el miramiento que pudo, descolgó al hombre, que forcejeaba por desasirse.

—¡No quiero, no!—gritaba el que era lanzado con un velo de llanto sobre el rostro.

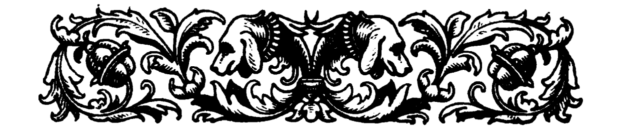
Dió el infeliz un encontronazo en el suelo, donde cayó revuelto y aturdido; y mesándose los cabellos con desesperación: ¡Ay, mi hijo!, decía de modo que partía las piedras de pena.

El tren trepidó más fuerte con su trajín de

fiera, y tomó majestuoso una curva, dejando atrás una estación.

—¡Muchachos! — dijo con voz alegre el preso alzando el brazo cuanto pudo, y enseñando el reloj pendiente de la cadena. —¿Quién lo compra?





II

CRUCIFIXIÓN

Persona de muy distinta laya á las que se alejaban en el tren para no aparecer más en este libro, era la que me esperaba en la estación convenida cuando yo resulté en ella después de muchas horas de marcha.

Quien me aguardaba no era un mozo, sino un mocetón, bien quisto de porte, que mi amigo el del telegrama tenía á su servicio, más que para que trabajase en quehaceres domésticos, para cazar liebres y perdices; como que era el cazador más famoso de todos los cortijos de la comarca. De él sí que podía decirse .onde ponía el ojo ponía la bala. No sé si,

por su mismo instinto de acertar, apenas puse pie en tierra entre otros muchos viajeros, vino hacia mí con seguridad pasmosa, y entre corto y aturdido me preguntó:

—¿E zusté Don Zalvaaó Ruea?

—El mismo soy. ¿Y usted es el mandado de don Leopoldo?

—Zí zeñó.

—Buen fisonomista es usted,—le dije en broma, puesto que nunca me había visto, queriendo hacer así un disimulado elogio de su perspicacia.

Rióse, y dando aire picaresco á la noble fisonomía, contestó:

—Traía bien cogíaz laz señaz; me dijo don Leopordo: "un joven bajito, moreno, antes yeno de carnes que ergao, y sim...„

—Y sin chispa de gracia, ¿eh? Pues así como soy quedo á sus órdenes, señor...

—Francisco me llamo; pero por mal nombre me icen *Jaraga.*

—Y ¿qué quiere decir eso? ¿haragán?

—Zí zeñó.

—Pues si con justicia está puesto el mote, habrá usted renegado de venir á esperarme.

—¡Ca! no zeñó; ¡me lo icen po lo contrario; poque no zé etame quieto.

—¡Ah, ya! Por antítesis.

El mozo, un si es no es azorado, me miró de hito en hito al oir la palabreja.

—Quiero decir por lo que usted también dice, por lo contrario.

En seguida me presentó los dos jumentos que habían de conducirnos hasta el cortijo, en uno de los cuales afianzó Francisco la maleta que me había quitado de la mano, y un capotón de hule que traía él á prevención por si teníamos lluvia, pues el tiempo andaba blandujo y lloricón. Luego me puso estribera con ambas manos, hice yo un esfuerzo como queriendo demostrar que también sabía yo dar un brinco cuando venía á pelo, y... caí del otro lado del burro.

Había perdido mi dignidad de repente. La sugestión que ejerciera mi persona en Francisco, cayó revuelta conmigo del jumento. "Al primer tapón zurrapas", hubiera yo dicho si la tribulación y la vergüenza no me hubieran ·tado el idioma de los labios.

Vaya, hombre!—dije solamente, ranean-

do por enderezarme y sin encontrar un donaire que acudiera en auxilio de mi derrota.

Una risa leve serpeó como una culebrina por la boca de *Jaraga*. Aquel chispazo era la señal de la tempestad de risa que había dentro de él. ¡Cuando detrás de mí lo contara en el cortijo, detallando la postura ridícula, el pujo de querer yo echarla de jinete, mi cara rameada de vergüenza, la costalada, en fin, con todos sus detalles! Tentado estuve de sobornarlo con dinero para que no dijese nada, si no hubiera sido esto dejarme coger del todo el pan bajo el sobaco.

Puse el pie de nuevo en el estribo, y quedé esparrancado sobre el asno. Mis piernas, pegadas á ambos lados, se volvieron un paréntesis de hierro; la segunda costalada no la daba este cura; que no.

—¿Y qué tal queda D. Leopoldo?

—Dice el fízico que la malencia del estógamo ze le curará con el záfiro zano del campo; pero el zeñorito no pierde por eztar malo el güen humor.

—¿Está tan grueso como antes?

—Mayor tiene el bandullo entodía.

—¡Demonio!

—Y el cazo ez que yo no zé cómo tiene eza andorga, porque, como comer, no come na; alguna predí que yo le llevo del campo, y parozté e contá.

—Ya sé que caza usted muy bien,—dije en tono de elogio para aminorar, enalteciéndole á él, lo cómico de mi caída.

—¡Ca! no zeñó; lo que ez que laz liebrez ze eztán quietaz pa que laz cojan,—dijo de modo que creí que aludía á mi porrada.

—No está usted mala liebre. Por cartas me ha dicho D. Leopoldo sus habilidades venatorias, quiero decir, sus habilidades de tirador; no sirve que se me venga usted haciendo el chiquito. Por supuesto que yo vengo descansando en su buena puntería; le pido á usted, por lo menos, un par de tiros más al día, suponiendo que de cada tiro mate una pieza.

—Algo llevará la bandola. Apenamente (?) ahora hay caza en abundancia.

—¿Quiere usted un cigarrillo?

—¿Tabaco madrileño? Venga y lo probaremos.

¡Madrid! ¡Madrileño! ¿Dónde había quedado

Madrid? ¿Quién se atrevería á creer allí, entre aquellos riscos que iban porraceando los cascos de los burros, que existiera? ¡Valiente sueño!

La política, las discusiones, las veladas literarias, el Ateneo, todo se había disipado. Aquello había sido escamotearle á uno del cerebro ocho años de vida pasados en una ciudad de cuya existencia dudaba, como se duda de un sueño en el momento de despertar. Allí no había más que dos cosas presentes en mi memoria: mi caída, y la idea de que pudiera dar la segunda.

El cortijo se veía blanquear allá entre una maraña de crestas y peñones que se destacaban sobre el fondo de un cielo angustioso, en el cual la luz resolvía con trabajoso esfuerzo, bien como un músico un motivo difícil, su última frase de color...

Jaraga no se había parado en estos perfiles; pero con muy sabio barrunto pronosticó que tendríamos unas gotas antes de llegar al cortijo, como así fué.

Pero antes hubimos de pasar el llamado por el célebre poeta

rey de los otros ríos caudaloso,

que con una majestad, casi inmóvil, corría arrastrando sus augustos misterios por los campos.

Llevaban algún tráfago las aguas á causa de la crecida reciente. Pausados remolinos, porque ni aun alborotado pierde el Guadalquivir su dignidad, arrollaban sus pliegues cenagosos con espumarajos obscuros y flotantes.

El barquero soltó una de las cuerdas á la barcaza, tendió un puente de madera desde la orilla al borde del casco, y como entra Pedro por su casa, los burros, libres de jinetes, entraron, con otros jumentos que aguardaban, en la embarcación. Detrás de *Jaraga* y de mí alzóse el puente levadizo, y quedamos nadando sobre el río. El barquero puso mano á uno de los remos, especie de inmensa pata de langosta, que empezó á moverse lentamente. Pero el agua podía más que el remo, y á fin de no ser arrastrados, tuvo Francisco que ponerse á manejar el otro remo, que también comenzó su lento pataleo.

La anchura de un río engaña con mucha frecuencia; cuando nos vimos dentro de la barca, grande como una carabela, comprendí que no

era tarea tan rápida ganar la orilla que á lo lejos se divisaba.

Había que dar una vuelta, y la corriente no lo permitía. La fuerza de ambos remos no era suficiente á contrarrestarla.

— ¡Si estará aquí la segunda caída de mi calvario!—pensé con un recelo que honraba muy poco mi valor; pero lo monologué para mí, y el aire no tomó parte en la exposición de esta idea.

El viento soplaba con fuerza, y encorajinado al tropezar en el blanco que ofrecía el lanchón, lo empujaba agua abajo antes de que el casco diese la vuelta salvadora.

Empezaron aquí los sudores. Cuando vi las caras de apuro que ponían Francisco y el barquero, violentando su anatomía en el manejo de los remos, di un gran paso hacia la resolución súbita de caer al agua. Pegué el pensamiento, como yedra, á mis singulares facultades de nadador, nunca vencidas, y me preparé para si había que largar parte de la funda de mi cuerpo con objeto de no caer amarrado en el río.

—¡Apreta, *Jaraga!*—decía resollando las

palabras el barquero en las contracciones violentas que hacía.

—¡Ya apreto! Pero me paeze que esto va malo.

Antes de arrestarme al chapuzón, cogí con ansia trágica el mismo remo de *Jaraga*, y á par de él me puse á tirar como un desesperado.

—¡Dale á la mano, rema, tira más, duro!—mandaba el comprometido barquero.

Un remolino enorme de agua se asomó al borde de la barca, desmelenado, horrible, con ansia de tumbarnos á todos. Corrió en largas curvas por el costado y salió por la proa con sus movibles quintales de peso. Pareció que nos los habían quitado de encima.

En esto arrancó el viento de la cabeza de *Jaraga* el sombrero. Él que lo vió ir, se lanzó fuera del casco, quedando pendiente de una mano, que prendía con la fuerza de un gatillo de hierro. Instantáneamente hundí mi hongo hasta el cogote, y me puse á tirar del mozo, que tan ridículo interés mostraba por cosa tan fútil.

—Pero, hombre, ¿va usted á echarse detrás del sombrero? Usted quiere comprometernos de lo que estamos.

—¡Por vía e Dios!—decía corajudo *Jaraga*, con los ojos desencajados y fijos en el sombrero, que huía agua abajo sin detenerse.—¡A ver, tío Basilio!—agregó—eche ozté pa bajo á ver zi lo cojemoz.

Y volvió á entrar, después de un esfuerzo, en la barca.

—¡Como no lo cojas!—Jarto haremos con dar la vuelta pa ganar la orilla.

—Yo le regalaré á usted otro sombrero, hombre,—agregué para que nos dejara en paz el aferrado mozuelo.

—¡Por vía e Dios! ¡Por vía e Dios!—repetía con la vista clavada allá por donde iba dando tumbos la montera.

Tan absoluto era su desconsuelo, y de tal modo amarilleó su rostro cuando se determinó á quedar con la cabeza monda y lironda, que, aun en medio del conflicto en que estábamos, no pude por menos de reirme.

—¡Anda!—dije para mí,—yo me caí del jumento; pero á ti se te ha escapado la caperuza.

Subió, pues, mi importancia y quedó de nuevo *Jaraga* á mi nivel.

Pero á todo esto la barca era arrastrada, y

el azar mismo le hizo dar la vuelta que no consiguieron los remos.

Fuera del tiro de la corriente, el esfuerzo humano dominó el esfuerzo del agua, y tras de bastantes paladas, echamos de nuevo el puente, y saltamos con más satisfacción que Colón, á la orilla.

Y vuelta á montar en los burros. Alargándome el capote de hule para que me reservase de las gotas que empezaban á caer, *Jaraga*, sin el *yelmo*, echó delante para guiar, repitiendo aún por lo bajo:

—¡Por vía e Dios! ¡Por vía e María Santísima!

El crepúsculo era destemplado. Unas *escurriduras* de luz bañaban con un muerto resplandor de Calvario el horizonte. Un encinar, bajo cuyas ramas pasábamos, se cubría de medrosas lobregueces, y se ofrecía confuso é imponente á nuestros ojos. Las gotas golpeaban el hule del capote y levantaban una música fúnebre de mi cuerpo. Yo la oía creyendo á veces que daba el agua en mi ataúd.

Sólo quedaba un resto desmayado de claridad cuando divisamos ya cerca el cortijo. La lluvia había cesado un momento.

Noté á la escasa luz del día que del cortijo salían hasta veinticinco ó treinta personas, mostrando como á modo de lanzones amarillos en las manos, y echando ramas, amarillas también, en el camino.

—¿Qué es aquello, Francisco?—pregunté, sospechando alguna broma de mi amigo, á las que me tenía ya acostumbrado.—¿No está solo el señor en el cortijo?

—¡Ca! Hay treinta cazaorez que ezperan á uzté pa dar una batía á loz jabalíez.

—¿Y lo tenía usted tan callado?

—Azí me lo ijeron.

—¿Pero qué demonio llevan en las manos?

—¿No ha caío uzté en que ez hoy domingo de Ramoz?

—¡Ah, ya! Han pelado las palmeras de la huerta, y yo soy Jesucristo que entra en Jerusalén; ¿no es eso?

—Aemaz, el zeñorito ha jecho pa uzté una corona de ajoz.

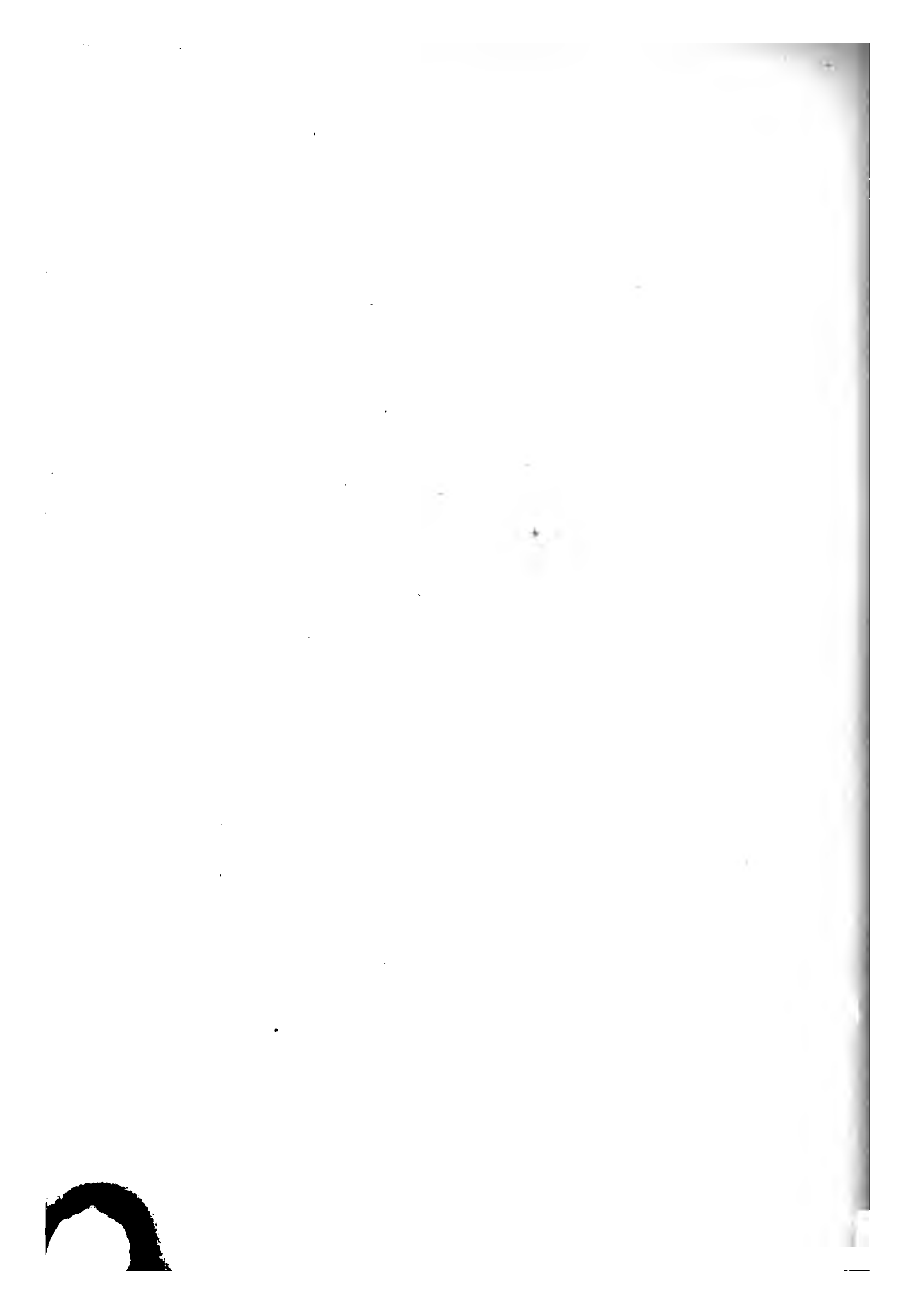
La cual no tuve otro remedio que ponerme, y entrar con ella, en medio de la procesión, hasta dentro de la casa, con burro y todo.

Ardía medio bosque bajo la campana

chimenea; sintió su hermosísima caricia mi cuerpo; trasegué varias copas de vino, y de *Eccehomo* comencé á sentirme de nuevo *persona*. Mi amigo se reía traqueteando su enorme vientre, y me decía que alguna vez tenía yo que *cantar* aquella hazaña.

Y á *cantar* voy las hazañas de aquellos días en este libro.







III

PRESENTACIÓN DE PERSONAS

> **A la luz de la lumbre**
> **pinto mi cuadro,**
> **mientras los troncos secos**
> **se van quemando.**

Y el cuadro que quiero bosquejar es el que ofrecía la grandiosa cocina del cortijo, que ya se sabe que es estrado, comedor y sala de tertulia en la casa de campo andaluza.

Muchos rostros tostados; muchos zajones forrando de piel parduzca torsos y piernas; sillas canteadas ó en escorzo con cuerpos sentados al descuido; por entre las sillas cabezas de podencos, de galgos, de mastines, viendo con entornamiento de párpados el rechispear de la na brillante; vasos de vino por aquí; petaca

pasando de mano en mano por allá; salivazo limpio á los rincones; toses; acentos varoniles y fuertes; en garabatos afianzados á la pared, mantas, gabardinas, arreos de caza; en los ángulos, las respetables escopetas; aquí y allá, caracoles morrales, correas, una tienda de talabartería desparramada en todas direcciones; esto cuanto al conjunto, y como corona de cuadro de tal fuerza, unas *láminas* desplegadas en hilera sobre las cabezas de los circunstantes, láminas curadas al humo, como llaman en algunos pueblos de Córdoba á los jamones.

La abundancia de la casa donde se derrocha sin aparatos de elegancia el dinero, se desbordaba con noble profusión por todas partes.

Sobre una viga entomizada se veía un silencioso renglón de golondrinas *decapitadas*. No interrumpían por nada su sueño.

De repente atravesó por medio del cuadro una mujer que me arrancó un grito de asombro por lo soberanamente esbelta y hermosa; tiró de una amplísima mesa pegada al muro, y exclamando "rancho, rancho„, es decir "sitio, sitio„, improvisó un comedor en menos tiempo del que se emplea en decirlo.

Era Mercedes, la criada de D. Leopoldo, puedo afirmarlo, la mujer de más rumbo que he visto. Morena tirando de largo, alta, briosa con un brío elástico y elegante. Nada de aire pedestre, ni de línea de criada vulgar y ramplona. Porte augusto, andar augusto, hombros archiaugustos, carne de diosa, rica y sacrosanta.

¡Qué harmonía de composición en aquella arquitectura, qué correspondencia artística entre cuello y brazo, entre brazo y talle, entre talle y divino soporte! Al moverse con ligereza de antílope á pesar de la escultural esplendidez, era aquella mujer la propia poesía en declamación. ¡Qué elocuentes hemistiquios, qué arrogantes estrofas en el seno, qué par de trastornadoras rimas los pies! A punto estuve de romper hablar en griego al ver tan acabada hermosura. ¿Qué valían ante ella la Victoria de Samotracia, la Venus Capitolina? Era Mercedes, para concluir, la propia Venus de Milo, cantada por Saint-Victor, que llevara sol sevillano en las marmóreas venas.

Mostraba este prodigio un vestido claro de .al crujiente, que olía á alhucema y á to-

millo, á través del cual veíase moverse la perfección anatómica de su cuerpo. Usar vestido claro una mujer entregada á las tareas domésticas, ó es alarde de limpieza, ó es el instinto de una naturaleza limpia que, sin darse cuenta de ello, busca lo limpio por simpatía. En el pecho, macizo y alto, jugaban unas cintas volubles á cada moverse de la mujer; y el aire todo de la figura, su gracia altiva y ligera, su amable majestad dotada de una frescura gloriosa, su despejo no atajado por nada, pero sin ir más allá de la línea matemáticamente justa del decoro, penetraban alma adentro como una luz inusitada que le decía al corazón "ama", y á los ojos "recreáos en la belleza".

En eso tenían ocupados los suyos los cazadores todos, con los rostros vueltos á un mismo punto, cuando yo resucité del asombro causado, no pudiendo articular más frase que ésta, que solté redonda como si la hubiera soltado *Jaraga:*

—¡Cristo, qué mujer!

—¡Otro más!—exclamó mi amigo sin poder sujetar un borbotón de risa.

—¿Cómo otro más?...

—Sí, hombre; que conforme han ido viniendo estos amigos, han dicho las mismas palabras.

—Es decir, que han tenido que invocar á Cristo.

—¿Creía usted acaso,—añadió uno de los cazadores,—que aquí remendábamos de viejo?

—Lo que creía,—contesté,—era que venía á un cortijo; pero, en punto á obra de escultura, acabo de entrar en Florencia. Pero, ¿dónde ha encontrado usted esto, D. Leopoldo? Haga usted el favor de explicar lo que estoy viendo y no creo.

—No ze vazté á esplicá mal con eztaz perdicez eztofáz;—dijo ella, no en griego, y lo extrañé, sino en andaluz neto.—Vaya, dejarze de ezpavientoz y vamoz á la meza. ¡A comer, á comer!

Y removía los cubiertos, produciendo un tintineo de campanillas de gloria.

Levantóse primero mi amigo, el dueño de la casa, y fué á ocupar el sillón presidencial—estilo anea siglo XIX;—y arrellanado en él, puesto que la luz le da de lleno, voy á dar idea de persona. Es más bien bajo que alto, tiene

frente amplia y firme, nariz corta y graciosa, bigote entrecano que conserva aire de bozo juvenil, papada que descansa sobre el cuello, abdomen colosal, piernas delgadas, algo, en conjunto, de caricatura, si el imperio de la cabeza, maciza y elocuente, no imprimiera su vigor y seriedad al resto del cuerpo. Los ojos de esta figura, con pestañas negras en picarescos manojos, hablan con tanta truhanería como habla con noble majestad la cabeza; así es que la línea total de severidad del cuerpo se rompe por lo malicioso de la expresión y por la movilidad de la fisonomía, toda ella chisporroteo intencionado y atractivo andaluz.

Nos aproximamos luego las demás personas, cada cual llevando á remolque la silla, y un corro de más de treinta personas cogió en el centro á la mesa, sobre la cual enseñaba un lebrillo una hecatombe de perdices hecha aquella mañana por Francisco, y aderezada luego por Mercedes.

El espíritu de Baltasar de Alcázar debía de vagar en torno de la mesa recogiendo motivos de inspiración. No faltaban los candiles, que muy luego se acrecentaron con el negro be-

ber; la morcilla andaluza, que es una especialidad por lo exquisita; el jamón elocuente, que rima de tan perfecto modo con el añejo; las aceitunas sevillanas; el trozo de jabalí; todo, en fin, lo que constituye una cena más sólida que ceremoniosa.

Jaraga no comía con nosotros; esperaba seguramente acabar de ayudar á Mercedes en el servicio de la mesa para luego cenar con la garrida moza en la cocina. Envidié la suerte de aquel guapo mozo, que si como hombre era una buena estampa, como *paladeador* de cosas de arte, y arte exquisito era Mercedes, no creía yo que llegase muy allá. De seguro que la mujer miraría con absoluto desprecio tan mal apreciador de cosas femeninas.

Gente la que se sentaba á la mesa toda joven, ó con relativa juventud, y allende esto dispuesta á broma y á jolgorio, innecesario es decir que todos los picotazos los dirigía á la misma cresta, y la cresta altiva de aquel grupo de personas era la hembra prodigiosa que servía con tanta gentileza la cena.

Pero ella paraba cada estocada á fondo como n hábil espadachín. Relucía el acero, la fra-

se, yendo á buscar su persona, y ¡zas! desarmaba al contrario con cualquier golpe imprevisto, dejando maltrecha su vanidad ante los otros. Era infranqueable por la palabra. Epigramático buril su lengua, motejaba de un modo exacto, y lo que decía encarnaba en el defecto de la persona y ponía de relieve lo ridículo.

A un cazador muy grueso y de tripa exuberante, le había puesto *Nalgatorio;* á otro barbilampiño que huía atemorizado cuando se acercaba á echarla chicoleos porque ella le dejaba caer el buril, le llamaba *El chivo confuso;* á un señor de gravedad inmóvil, que la miraba con ojos de Caín, ó *con las de Caín*, pero que no acertaba á enlazar dos palabras de amor, le decía *Quiero y no pueo;* puso á un joven ceceoso, que al hablar espurriaba la saliva sobre el rostro del que escuchaba, *El pedrisco*, al cual, según ella, había que oirlo con tabique por medio; á otro cazador de faz cerrada y dura que tenía remachada la nariz, le puso *Picaporte*. "Tooz eran unoz eztafermoz sin remiaja e lacha, ni gracia, ni coza ninguna; zi ézoz eran loz hombrez, no ze había calentao

Dios mucho la cabeza. ¡Valientez amigoz tiene D. Leopordo, que ni ziquiera valen tooz juntoz el puño de un hombre de verdá!„

Y andaba de un lado para otro levantando ruido de cocina y pasando siempre aérea, siempre alegre, siempre con andares de diosa. El temprano clavel que llevaba clavado en lo alto del moño se remecía á cada pisada como un reto de desafío.

Acabamos de cenar entre la pelotera de los perros que se disputaban á gruñido sordo los huesos; ardió el ramillete de cuentos consiguiente, unos con gracia, otros sin ella; salieron los mastines á recoger vientos en la explanada; nos dimos las buenas noches, y se fué cada mochuelo á su olivo.





IV

APAGA Y VÁMONOS

Es decir, cada mochuelo no, porque dos fueron á posarse en la misma rama; la cual rama era mi lecho, y el *buho* que me visitaba antes de irse á su cuarto, era mi amigo.

—Ya estás en el campo, hombre,—me dijo;—ya has dicho adiós á Madrid para no ver libros, ni cuartillas, ni nada que huela á imprenta.

—Diga usted, ¿de dónde ha sacado usted ese prodigio?—pregunté como un escopetazo.

—¿Cuál?

—Mercedes.

—Ese prodigio está nacido y espigado en

—Le aseguro á usted que me ha cogido á traición; y si no fuera porque es ya tarde, cantaría, para que lo oyese, aquello de

Si me pierdo, que me busquen
en Sevilla ó en Triana,
que en Triana tengo el cuerpo
y en Sevilla tengo el alma.

—Pues mira cómo entonas esa copla, si es que te atreves á decírsela, porque la moza es de trapío. Pero lo más gracioso es una cosa.

—¿Y qué es ello?

—Que de cuantas personas has visto en la mesa no hay una sola que no haya tanteado el río.

—¿Que no le haya puesto las cartas boca arriba á Mercedes y le haya declarado su pasión?

—Justo, y á todos les ha acusado las cuarenta. Te advierto que cada uno de esos hombres tiene mérito para dar pasos hacia cosas más altas; el que no tiene posición, tiene ingenio; y el que no, buena presencia; y el que no, labia capaz de agradar á cualquiera. El mismo día que llegaron los tres que han estado á mi izquierda, dos de alguna edad y otro más joven,

muy cautelosamente le han manifestado su pensamiento.

—¿Y ella?

—Invencible como los muros de Zaragoza; á los dos primeros les clavó un par de apodos como un par de banderillas, y al tercero le dió una limosna.

—¿Cómo una limosna?

—Oyó en silencio la declaración, y por toda respuesta sacó una moneda del bolsillo y la puso en manos del galán. ¿Qué tal?

—Que la moza tiene resuello. ¿Pero usted consiente semejantes cosas aquí?

—Ellos allá. La cosa reviste carácter de broma, y además tengo la seguridad de que nadie habrá de ponerle el cascabel al gato.

—Una seguridad,—añadí con malicia,—no se tiene sino por experiencia.

—¿Qué experiencia voy á tratar de adquirir al cabo de mis años y con mi ciento de alifafes? Yo digo ya como la vieja del cuento:

Muchachos, cantar,
muchachas, bailar,
porque ya yo...
porque yo ya...

Lo cierto es que veo el caso de las calabazas repetido con harta frecuencia, y la moza no da su brazo á torcer.

—Y doña Carolina, su mujer de usted, ¿no tiene celos de quedarse en Sevilla, y dejar á usted venirse al campo en compañía de mujer tan peligrosa?

—Por lo mismo que la conoce se queda tranquila allá.

—Según eso, tiene usted en su casa á la propia Susana.

—Fama tiene de eso en todas partes, lo cual es un incentivo más para los que la desean. Esta mañana, de sobremesa y en voz baja, han señalado los cazadores un premio para otorgarlo al que rinda la fortaleza; al que tremole la bandera del triunfo, se le regalará todo lo que se cace en la sierra durante esta semana.

—¿Y ella sabe lo de la apuesta?

—Si lo supiera no tendría lance. Creo que jamás se le presentará ocasión á Mercedes como la presente para dejar probada su virtud.

—Veremos qué tal es la piedra de toque.

— Te aseguro que olfatea á la legua las monedas falsas.

— Y ¿qué señal es la convenida por esos conquistadores para saber entre ellos quién es el que lleva el gato al agua?

— Precisamente conducir el gato, ó mejor la gata, al pilar de la huerta, aquel que tenga la virtud de poder hacerlo.

— ¿Y se dejará llevar?

— Ahí está el busilis. ¿Cómo voy yo á saber, ni tú, ni nadie, si se dejará convencer? Si ella baja al pilar con su D. Cuyo al lado, ciertos serán los toros.

— Bueno; pero ¿cuándo ha de ser eso? Porque si no se sabe el momento...

— Como no han de hacerle en un mismo día todas las declaraciones, porque esto sería ponerla sobre ascuas, lo convenido es que al anochecer de cada uno de los días de mañana, pasado y el siguiente, lleve la moza á la huerta el que pueda.

— Llego entonces en el momento mejor de la temporada.

— Si te gusta observar, ¿quién lo duda? Su-
ue con los antecedentes que te doy de

Mercedes no entrará en tus aspiraciones ser candidato al premio.

—No. ¡Lástima que no sea yo el Apolo del Belvedere! Y usted que la conoce, ¿no sospecha qué tipo de hombre prefiere entre los que se han sentado á la mesa?

—Yo creo que prefiere poca farándula y mucha solidez. Rudeza, rudeza y rudeza. Nada de zalamerías ni de confitura en los labios, nada de suspiros sentimentales. Debe de profesar la máxima de que "el hombre, como el oso, mientras más rudo más hermoso".

— Por supuesto, no creerá usted que le sonsaco; las mías son sólo indagaciones de curioso. (Otra me quedaba al decir esto.)

—Sonsácame cuanto quieras; sería trabajo perdido, porque con ella al freir es el reir; quiero decirte que no sirven frases aprendidas de memoria como las de abogado novicio.

—Pues tendrán que oir los tartamudeos á que va á dar motivo ese premio, cuando llegue el momento de las declaraciones.

—No escasearán los sudores y trasijos.

—No sé yo qué daría por oirlas.

—Si tienes empeño, nada más fácil. Ella

forzosamente tiene que estar en la cocina la mayor parte del tiempo. ¿Ves? Esta ventanilla de tu cuarto da precisamente á la cocina donde hemos cenado. Te finges enfermo mañana; dices que si el cansancio, que si otra cosa; colocas un visillo en la boca de tu observatorio, y como puedes tener tu puerta cerrada...

—Acepto el plan estratégico, y quiere decir que pasaré bastantes horas de clausura; pero en cambio me daré un atracón de ver vanidades humanas.

—Sí, porque lo que es otra cosa no creo que veas.

—¡Demonio! ¡Bonito papel sería el mío!

—¿Quedamos, pues, en lo dicho?

—Quedamos... ¡pero estoy todavía indeciso! ¿Y si la cosa llega á ponerse seria? ¿y si tengo que salir gritando, como quien espanta los gorriones de la vega?

—Grita cuanto quieras; de broma se trata; no puede ocurrir más sino que también tomes parte activa en la broma.

—Eso me tranquiliza. Pero... ¿y si entre la gente que en el cortijo se reune, sin us-
_aberlo, hay quien esté *al habla* con la

moza, y la broma pueda traer malas consecuencias?

—En el cortijo no hay más que una persona que le hable, si es que á lo amoroso te refieres; y ni esa persona sabe lo del premio, ni estará aquí mañana, ni tampoco ninguno de los cazadores sospecha que Mercedes tiene novio.

—¡Conque novio! ¡Pero esas tenemos! ¡Empezara usted por ahí! Y ¿quién es ese prodigio humano en quien Mercedes ha puesto los ojos? ¿quién es él?...

—El mismo que ha ido á esperarte, *Jaraga*.

Apagué la luz de un soplo, no hallando modo más expresivo de revelar mi asombro. Aquello fué un inexperado y elocuentísimo *apaga y vámonos*.





V

CAZANDO RIMAS

¡Luego Francisco,— pensé apenas se alejó, riendo, mi amigo, —es el dueño de ese tesoro! ¡Luego yo no puedo aspirar á semejante premio! ¡Luego ella sabe á estas horas que me he caído del burro!

¡Oh desesperación! *Jaraga* siempre triunfando de mí, como figura, como jinete, como amante.

¿Qué iba yo á hacer después de las noticias que la garrida moza tendría de mi incidente? Un hombre que se ha caído de un burro, no puede hacer el amor á nadie. Se expone á que ella lo vuelva á apear á uno por las orejas. ¡Y
tándose de semejante mujer!

Ya estaba yo creyendo oir la respuesta de Mercedes á mi empalagoso lirismo.

—¡Arre allá! —diría soltando la carcajada.

Pero, ¿y si no se lo había contado Francisco? ¿Y si el dinero que le prometí para el sombrero había tenido cerrados sus labios? ¡Por qué no había yo puesto ya en sus manos dos duros, tres, cinco!...

Aquello era ir de tropezón en tropezón.

Al amanecer me levantaría antes que todos para darle el dinero, y volvería á zambullirme en la cama para fingir mi indisposición.

Llovía á todo esto á chorro tendido. El estruendo de la lluvia, que en la ciudad, cuando uno está metido en el lecho, es una música agradable que se entra por los oídos al alma, y nos arrulla y nos mece en el columpio azul de los sueños, es en el campo, por la noche, ruido medroso, golpe persistente dado en criptas y lóbregas cavernas, voz que habla de estragos, de procesiones de espectros en sitios solitarios, de escenas de robos á media noche cuando la gente está entregada al reposo.

Todo lo que en la ciudad es de poética la lluvia, con su graneado rumor en los cristales,

sus botonazos de gotas en las monteras, su acarrear de fragmentos inútiles al arroyo, donde á veces conduce objetos que ocasionan vivas sorpresas, su zumbido compacto é inmenso como si todos los átomos del aire se hubieran vuelto musicales abejas, todo eso embriaga, seduce, fascina. Escuchad el mismo concierto de noche en el campo, y los golpes del agua serán llamamientos á la puerta de la casa; el graneado, descarga que hace tabletear los techos; y el zumbido imponente, trueno que estalla en los oídos.

A esto únase el angustiado aullido de los perros que se refugian con el ganado, aullido á que responden otros lejanos que la distancia hace más tristes; únase la inquebrantable mudez del silencio dentro de la habitación por uno ocupada, en cuyo ambiente parecen oirse de levísimo modo todos los rumores menos el de la voz humana, y creeréis que estáis viendo un sueño, un trágico sueño, con los ojos abiertos. La naturaleza habla fuera con su voz propia; la de la tempestad llena de corrientes eléctricas, especie de neurosis de la tierra so[illegible]da á convulsiones tremendas; dentro pa-

rece también que todo habla con lenguaje incomprensible á nosotros; esas voces sutiles que juntas forman *hervidero* activo y latente, acaso sean los mil idiomas de las cosas, en cuyo saber estarán iniciados los átomos, seres que pueden ser organismos completos con inteligencia, sentir y palabra.

No es posible que esté muerto lo que nos rodea; sentimos su presión, su aliento apenas perceptible, su vida extraña, vida de misterios, y cuesta pena infinita no comprenderla para acudir, bañados en misericordia, en su ayuda, si es que demanda nuestro auxilio.

Acaso el espíritu de la mujer á quien hemos querido estará encarnado en algún objeto al lado nuestro y nos dirigirá su voz desde el fondo del silencio, recordándonos la primavera de nuestros amores coronada de luz y de poesía. Nuestro oído no descifra su idioma, no conoce sus sílabas, no comprende su filología musical, ni su voz fluida y aérea como la de cuerdas hechas de sensibles fibras de luz........

Somos, en fin, muy groserotes.

Contagiada mi alma con el desvelo del espíritu de las cosas, unido al refrán que dice que

"mal duerme gallina en corral ajeno„, me recriminé por tanto tropiezo dado, y me puse de maula y de esperpento.

Todos los que se disponían á entrar en el torneo, D. Leopoldo lo había dicho, eran algo, pintaban algo, tenían posición, gracia, argucia, labia, cosa cada cual que poner en juego para obtener, por lo menos, una lucida derrota. Yo era el único que no tenía instrumento que tocar en el concierto.

Pero, gran Dios, ¡qué llamarada iluminó mi cerebro! ¿Que no tenía yo instrumento que tocar? ¿que no tenía yo arma con que medir mis fuerzas en la justa? ¿Pues y mi lira? ¿y mi célebre *cuanto* campestre lira? ¡Pluma y papel, para que os quiero! Encendí de nuevo la luz, me vestí sin hacer el menor ruido, escudriñé en mis bolsillos buscando un trozo de papel, lo extendí sobre la mesa que la solicitud de mi amigo había mandado poner cerca de mi cama, y escribí el siguiente título:

Á UNA ZAGALA

Por lo más sagrado juro que no lo había escrito cuando lo borré; cualquiera tiene un momento lúgubre.

El título que puse á continuación fué éste:

Á TUS GRACIAS

Y también lo borré. Es más difícil de lo que parece encontrar un epígrafe justo y elegante.

Cavila que cavila y borra que borra... nada.

Iría la poesía sin título; ¡qué demonio!

Después de todo, en lo que yo tenía que poner los cinco sentidos era en la calidad.

¿Pero con qué símil, de qué modo le haría á Mercedes mi súplica, mi...?

Lo de "alcarraza de tu casa„ era muy gastado, y, además, mejor que yo pudiera decirlo lo expresaba la copla. Hecha, pues, tiestos la alcarraza. ¿Qué otra idea encontraría que pudiera expresarse en forma bella, y que la idea misma fuese por naturaleza hermosa?

Lo del rostro copiado en la fuente, era ya viejo cuando Homero empezaba á hacer versos; lo otro de "fuera el corpiño, el collar, la falda ó el zapato para oprimirte en los sitios respectivos„, lo dejó imposibilitado Anacreonte.

¿No sería preferible que la idea fuese diluída en el color, que en eso consiste mi sistema literario, y que color y música expresaran lo que me proponía?

Luego, el oído de Mercedes, acostumbrado al rumor del viento, al estruendo del agua, á los ecos todos del campo, no tendría que esforzarse mucho para entender por intuición la poesía.

¿Qué momento elegiría de la naturaleza? La siesta; y entre endecasílabo y endecasílabo, entre estrofa y estrofa, vagaría el espíritu de un silfo juguetón y lascivo: había de sonar toda la composición como una rama llena de abejas, de insectos buscando dulzura y miel, de alas cerdeantes y prisioneras, de zumbidos y rumores confusos, todo expresado con ritmo sensual y alegre, con una á modo de melopea amorosa.

Después de leer los versos, ¿cómo había de resistirse Mercedes? Caería de seguro en mis brazos hecha una breva madura. No sabían los cazadores el rival que les había salido. Manos,pues, á la obra. La titularía

BODAS IDEALES

En el agua dormita el infusorio,
maduran las espigas estivales,
y celebran zumbando en los rosales
los insectos su leve desposorio.

Su amorfinado son declamatorio
entona la cigarra en los maizales,
é invita el susurrar de los raudales
con blando sueño al ánimo ilusorio.
Su sien la rosa sobre el tallo inclina
en desmayo de amores perfumado,
mece el jazmín su espléndida cortina.
Y bajo el palio verde y estrellado,
echa la luz su bendición divina,
tú puesta ante el altar, y yo á tu lado.

Repasé el soneto y no me gustó. Lo de las *espigas estivales* me recordaba lo asendereado de las noches tropicales y lo de los pomposos cafetales. No podía llamar *candeales* á las espigas, porque, aunque el grano se halla en ellas, ese epíteto debe aplicarse sólo al trigo que lleva tal nombre.

Hablé con el oído nuevamente el verso á ver si lo repelía el instinto músico, y tomando vuelo desde el primer endecasílabo, volví á repetir:

En el agua dormita el infusorio,
maduran las espigas estivales...

¡Estivales! No podía pasar. Los adjetivos *desiguales*, *ideales*, etc., eran otros que tales.

No había más remedio que declarar ripio acorazado la palabra. Mi conciencia dió un salto sobre el escollo, y dejóse el ripio á la espalda.

Venía luego lo del *son amorfinado*, y me dió tal horror la corrección de este verso, que di sin vacilar otro brinco y lo mandé á hacer compañía á las espigas.

Después de todo, Mercedes de seguro que no conocería las propiedades de la morfina, ni habría oído jamás semejante palabra; la tomaría por cosa rara y de precio.

Salvé los demás escollos, pasé sobre lo ilusorio que en ciertos casos suele ser el ánimo, y renegué de lo mal que había salido el soneto.

Y lo que es otro no me ponía yo á hacer. Eran demasiada paliza cien leguas de tren, mas la crucifixión en el burro, para que, así como *Jaraga* perseguía á las perdices, estuviese yo más tiempo haciendo puntería á las rimas.

Doblé el soneto, lo metí en un sobre dirigido á Mercedes, y volví á rebujarme en la cama para esperar el dia de prueba, el día dedica- á oir las declaraciones amorosas á tanto

rendido galán; el día, en fin, memorable, en el cual hasta el siguiente capítulo no quiero decir cómo quedó la cacareada y tantas veces enaltecida virtud de Mercedes.





VI

VISTA INTERIOR

Y amaneció por fin el día de prueba.

¡Qué ansiedad en cada uno de los cazadores! ¡Qué emoción tan viva primero, cuando, al venir el alba, dejaron oir los gallos su aguda trompeta; después cuando empezó á asomarse la luz por las rendijas de puertas y balcones; más tarde al sentirse las primeras idas y venidas de aperadores y hortelanos que ponían mano á la tarea rota el día anterior!

Más de treinta declaraciones iban á caer en los oídos de Mercedes, cada cual de ellas concebida por distinto cerebro; más de treinta discursos, más ó menos persuasivos, iban á si-

.ndo se abrieran las puertas, la fortale-

za de virtud de la moza. ¡Soberbio bloqueo lleno de escenas cómicas, de momentos de apuro, de párrafos elocuentes, de atragantamientos risibles, de tanta peripecia como se desarrollaría en el ámplio escenario de la cocina!

Por fin se oyó el cerrojo de la puerta, se abrieron ambas hojas, y el día bañó en luz una figura de mujer, figura que apareció hermosa como nunca á causa de llevar abiertas las rosas del sueño en las mejillas y de mostrar el seno mal velado por el traje puesto al descuido: era Mercedes la mujer.

Resoplando bajo el peso de sus kilos de carne, avanzó de uno de los cuartos que daban á la cocina, *Nalgatorio*. No era muy gentil para romper la primer lanza en el torneo amoroso; como que la papada solamente á buen seguro que le pesaba dos kilos largos de talle; pero la persona no manda en el ímpetu de su pasión; y ¿qué culpa tenía el orondo señor de que su pecho redoblara con más irresistible fuego que el de los demás, cuando, después de todo, lo solícito y lo querencioso de un amante es lo que vale, y no el tener ó no tener figura de cerdo, encaramado sobre las pesuñas traseras,



como le ocurría á *Nalgatorio?* El fuego, la pasión amorosa, es lo que vale, y allí estaba al pie del yunque, apenas amanecía, el resoplante galán, dispuesto á describir en torno de Mercedes sus arrastramientos de ala, bien como gallo que hace sus carantoñas y apasionados círculos á la gallina. Confieso que no pude por menos de crujir la risa viendo desde mi observatorio á hombre dotado de tan medrada y lucida andorga, y, sin embargo, tan en el aquel de lo apasionado y amoroso. Baco al lado de Citerea no hubiera hecho más contraste que el ardoroso señor junto á Mercedes.

Volvió ella la cara al oir el fatigoso resollar, y encontróse con el huésped, que llevaba aún la cara congestionada por el sueño.

Al cual dejo á pie firme frente á la moza haciendo ejercicios de resistencia, porque yo tengo que volver atrás en mi historia con el objeto de atender á su harmonía y plan arquitectónico.

No se ha de decir de mí que no respeto los preceptos de nuestra santa madre Retórica, y que me voy por donde me place, dando un ıtapié á la composición.

La obra de arte literario es semejante á una escultura, y no es bien estar, por ejemplo, haciendo cuello, cuello y cuello á costa de la proporción, para que luego la estatua venga á resultar una cigüeña.

Que espere *Nalgatorio*, que gordo está en demasía y no ha de venirle mal el plantón, y si se cansa que resople y se eche primero sobre un pie y luego sobre otro. No se pescan truchas á bragas enjutas; que haga méritos sosteniendo en equilibrio el bandullo, y aguarde á que me venga en deseo darle un empujón hacia Mercedes.

Y vuelvo á tomar á *Jaraga*, en cuyo interior vamos á penetrar unos momentos para desmentir aquello de que el traje hace al monje y ver que donde menos se piensa salta la liebre.

Digo esto porque Francisco no era lo que á primera vista parecía: un campesino tosco de espíritu, de malicia socarrona, de palabras escasas pero bien avenidas, y de tino incomparable en la escopeta, amén de poseer prendas de guapo mozo, noble y simpático.

Además de reunir todo eso, *Jaraga*, allá en el fondo de su alma, escondía delicadezas que

no tienen otros, que se consideran más que él. Francisco era un romántico, romántico á su modo; pero su romanticismo llevábalo oculto en lo más hondo de su carácter, y allí lo guardaba para él solo, sin dar á nadie cuenta de que existía, á no ser que el pecho que lo albergaba se entreabriera alguna vez en momentos de pasión, para que viese el interior del alma Mercedes, la cual sólo en *Jaraga* podía soportar el amoroso idealismo, acaso por una resistencia bravía de pudor en confesar que más hondo aún que él, mucho más profundo, llevaba ella también igual sentimiento, el cual ni á sí misma quería revelarse.

Es algo frecuente hallar caracteres que se rien de todo, que se mofan de todo, que en todo ven la línea de la caricatura, y que en el fondo toman por lo más serio el idealismo entendido como sentimiento romántico, y hablo yo aquí del romanticismo que llevan algunos temperamentos muy firmes, muy sólidos y muy bien basados.

¿Es que tienen idea tan elevada de ese sentimiento que todo resulta vulgar visto á su s? ¿Es la desconfianza de que si lo reve-

lan pueda aparecer ridículo, lo que les hace retenerlo siempre oculto? ¿Por qué este caso se da siempre en seres superiores, en los cuales dijérase que hasta la materia, hasta los átomos del cuerpo, son avisados é inteligentes?

Mas por muy cerrado y lleno de cerrojos que esté un carácter de éstos, algo transciende, algo exhala como un perfume, el perfume que vierten las violetas no vistas de nadie, nacidas en una cresta inaccesible...

No por previsión, sino por instinto, Francisco ocultaba en su alma ese misterio; y como los misterios se atraen, el aroma del espíritu del mozo tocó la recóndita esencia espiritual de Mercedes, y sin que los cerebros se hubiesen dado cuenta del contacto, las almas se compenetraban y entendían. No hablo en romántico; hablo de cosas que todos saben, ó mejor dicho, que todos sienten.

Pocas zalamerías dichas con los labios regalaba el apuesto mozo á la muchacha; pero todo él era un discurso de cosas que ella no recogía por el oído, sino por toda ella, como si su alma y su cuerpo fueran un calado por donde entrara la luz misteriosa del amor.

Todo lo hacía llegar invertido *Jaraga* á Mercedes cuando hablaba con ella; sus flores había que tomarlas por el lado de las espinas.

—Miá qué bien te zienta eze pañuelo, mujé: paecez propiamente... esta ó aquella cosa risible.

—¿No te guzta? Poz por ezo me lo pongo; como á ti no te tengo que agradar...

—Ni gana de que me guztez; no vaya á creer tú que viá envejecé por ezo; por mí puez juntarte, zi quierez, la cara con joyín.

—Bazta con que la quián tan poco pa que yo no la trate tan má. Si yo no miro por eya...

—Ezo es, no hay quien mire.

Y así eran muchas de sus conversaciones. El sentido iba recto á lo que proclamaba el corazón; pero las palabras hacían una desviación aparente, como el bastón que, metido hasta la mitad en el agua, va recto á su fin, pero la óptica desvía engañosamente su línea...

Y todo ello no era más que una resistencia tenaz, un pudor invencible, una vergüenza temerosa del ridículo, que no se abría de pronto para decir "ésta es mi alma con todos esos pu[illegible]es que no quiero confesar„.

En horas en que la pasión rompe la hipocresía, él diluviaba sobre ella amores, luz, ímpetus contenidos y tiernos; pero esto era sin decir nada, y si decía algo hacía la del bastón en el agua.

Liberal otorgadora ella de lo que Francisco deseaba, guardaba, á gusto de él y para él sólo, su cosecha entera de cariño, sin romper una espiga, sin deslustrar un solo tallo; sabía él todo esto, y si por dentro se pavoneaba pensando en que para sí se guardaba con tanto mimo cosa de tanto precio, por fuera simulaba no dar importancia al asunto. ¿Para qué? "El no notaba nada, ni estaba en aquello; bastante tenía con rondar el vuelo de las perdices, y no añadirse el enfadoso cuidado de ir á dar cantaleta de celos á Mercedes.„

Y eso que ya había sonado hasta la palabra de casamiento entre ellos; pero vivían tan alejados de los diálogos en voz baja que preceden como un arrullo á los días nupciales, como estaban estrechamente unidos sus pensamientos.

Cuando Mercedes veíale entrar de noche tostado y curtido por el sol y los vientos,

la bandolera llena de perdices, y la escopeta, que era el símbolo de la fuerza, cogida en la musculosa mano, su corazón sentía un intenso latido de gozo ante aquella figura varonil, y muy quedo decíase para sus adentros: "¡Este zí que ez un hombre de verdá!„

El lo sabía, porque el amor lo sabe todo, y mejor aún se enfachaba al pisar el escalón de la casa, y con más garbo recogía el montón de aves y se lo entregaba á Mercedes, y de un modo más bizarro iba á dejar en el obscuro ángulo la escopeta.

Luego, nada; sentado en su silla veía pasar y cruzar á la moza encendida en la inspiración del trabajo y soltando dicharachos alegres.

Jamás se le ocurrió á Francisco dudar de la virtud de Mercedes; era tan notoria, tan probada, tan expuesta á todas luces, que no había que pensar en ello. Y esto no lo veía él sólo; lo decían las lenguas en voz universal, y yo no hago sino amenguar su brillo con la indigencia de mi pluma.

Al lado de Mercedes la maledicencia tenía por fuerza que estar ociosa, y más la realzaba su fealdad, porque tanto una cosa es más

buena cuanto más mala es su contraria, y Mercedes era ligera para el bien, tardía y perezosa para el mal, fuerte contra las tentaciones, é ignorante, y ésta era una de sus mayores graoias, de su hermosura; por eso su ser todo exhalaba tal suavísimo olor de virtud.

Se comprenderá con lo que va dicho que se trataba de personas muy apartadas de lo vulgar aunque estuviesen incluídas en el vulgo. Debajo de una mala capa se oculta un buen bebedor, y debajo de la corteza ruda de *Jaraga* había un amante de los que no se usan: respetuoso, dulce sin empalago y guardador del decoro, y todo eso lo guardaba allá en los adentros de su espíritu con la nobleza que no conoce el alarde.

—To el trabajo lo quiéz pa ti zola, mujé,—decíale á veces cuando la hallaba demasiado enfrascada en sus quehaceres,—ni ziquiá le icez á uno "echa una mano". Y ezo que, como estar, estáz hoy bastante e mal ver.

—No hablez arrecio, hombre.

—¿Y qué? No paje sino que hablo la mentira.

—Traigo hoy al abaleo muchaz cosaz, y no quió mozconez en medio.

—Da ca, que yo vaciaré ese cántaro.

—Valientez puñoz la jilaron.

—¡Qué! ¿No podría quizáz con él?

—Pa llenar un lebriyo de agua no nejezito yo alforjaz.

—Ezo ez; sobre una, dos; sobre ezagraecía, juraña.

A pesar de los desaires, el mozo recibía una gran satisfacción en oirla; masticaba luego á sus solas, con la imaginación, las palabras, y las pasaba á los senos de su espíritu.

Cuando Francisco probó las primeras influencias de este amor, se verificó en él un misterio, una cosa rara que, á pesar de sus veinticinco años, hasta entonces no había sentido.

Notó primero una desacostumbrada luz en su alma; se aclaraba la diafanidad del cielo á sus ojos; las matillas y hierbas sobre que pasó distraído en el campo tantas veces, adquirían lenguaje, expresión, le hablaban de algo nuevo y extraño que él no acertaba á comprender. La mirada primera que ella había sembrado en su pecho germinaba allá en lo pro-'o de su alma con el removerse que indica

una larga y hermosa cosecha; y era que, á semejanza de tierra fecunda, su pecho se disponía á devolver con inmensa largueza lo sembrado.

Respiraba tantas veces como de ella hacía memoria, se distraía en los ejercicios de caza; se notaba, en fin, otro, porque su alma se clarificaba lentamente como si en ella se anunciara el amanecer de una aurora.

Y es el caso que á toda hora, en todo momento, andaba cosido al recuerdo de ella, y en lugar de lograr hartura de este ejercicio, no se satisfacía y siempre estaba piando por más.

Preguntábase en este estado por sí mismo, y no le daban razón dentro de su persona; se sintió distinto, se vió desde fuera de sí mismo, notó que de su espíritu salía un nuevo ser, y, desmalazado y triste, se preguntaba entre los riscos de los montes:

— "¿Quién erez tú, Jaraga?„

¿Qué había de hacer en semejante estado, sintiendo los síntomas de tan inexplicable mal, triste, desbrillado el color mustio del rostro, sino arrimarse á la soledad y al silencio de la naturaleza? Ella todo lo ablanda, todo lo unge,

todo lo acaricia y conforta, y es bien de bienes y gracia de gracias.

Empleaba diversas influencias para consolarse; distraía la imaginación en largas jornadas, en requisitorias del monte, en inspección de madrigueras y árboles; pero el recuerdo de Mercedes iba siempre atado á su corazón, y hubiera querido llevarla como una joya á su cuello.

Después, cuando fué correspondido, el día que empezaba á clarear en su espíritu, remontó su sol al zenit, y la melancolía volvióse júbilo, y el decaimiento vigor inusitado, y el abandono de sí mismo afán de mostrarse agradable. Agrandó el incendio amoroso dentro de él; cobró ímpetus vehementes; se desconocía por lo ágil y vigoroso, como antes se desconocía por desmayado, y el hombre llegó á la plenitud de la vida, que es cuando con extraordinarias ansias se ama. Capaz hubiera sido de las mayores valentías por Mercedes.

¡Cualquiera podía desprestigiar con una sola palabra á la moza, cualquiera ofenderla con una intencion dañada! El universo se había ·lto para él una sola imagen, la de Merce-

des, y al pie del ara en que la adoraba, hubiera sido capaz de dejar la vida por defenderla.





VII

ELLA POR DENTRO

Cuanto á ella, cuanto á su retrato interior hay que remontarse y hacer una excursión genealógica por la gente de tijera en cinto, de sombrero de catite y greña desordenada para hallar la raíz del carácter y acentuar sus rasgos fisonómicos.

Mercedes descendía de gitanos, aunque ella disimulaba, en lo físico, la procedencia. Algo, sin embargo, publicaba en sus pestañas largas y negras, y en su pupila de mirar altivo, la independencia de la raza nómada. Solemnidad de desierto, sol de países meridionales, impa-[illegible] de caravana, que ve con indiferencia

cuanto se le pone delante, algo de la majestad de la esfinge, algo inaccesible, delataba en los ojos de Mercedes el origen de su raza arisca y vagabunda. No había más remedio, mirando aquellos ojos profundos y grandes, que acordarse de lo egipcio, de lo bohemio, de cuanto da la línea del perfil típico del gitano, el cual es valiente para resistir con sobrada grandeza sus desgracias, y amoldable al pincel y á la pluma como materia de belleza plástica en el arte.

Los gitanos son tan antiguos como la creación ; temperamentos nerviosos y valientes tanto la mujer como el hombre, han recorrido todos los países del mundo; la marcha ha sido su deleite, el ejercicio su reposo.

¿Cuándo duermen? ¿cuándo descansan? ¿cuándo se están quietos en un punto?

Judíos errantes, vagan y vagan por todas partes. El cosmopolitismo ha nacido de ellos; el espíritu de fusión de razas, á cuya realización todo perderá su carácter, los pueblos lo típico de sus fiestas, las regiones su colorido, las nacionalidades su ambiente propio, y todo se reducirá á seres humanos cortados por el

mismo patrón, sin rasgos diferenciales ni religiones distintas, ese espíritu que todo lo convertirá en una monotonía abrumadora, se halla más acentuado que en otro ser alguno en el gitano, el cual abre su tienda por la mañana en un pueblo, y al día siguiente vuelve á abrirla en medio de personas de otra naturaleza.

Caldereros, esquiladores, adivinos, sabedores de los juegos de cartomancia, é iniciados en lo por venir, aciertan los destinos y marcan con proféticos augurios los rumbos de la humanidad.

Son á la vez comerciantes y profetas; artistas en labor de canastería, y sabios en la ciencia de los horóscopos; relatan cuanto sucederá en mar y tierra, y dan ejemplo de paternidad, llevando como la madre tierra á los seres que cría, sus bronceados hijos á la espalda.

Merodean su alimento mientras realizan la jornada; aquí comen la uva meridional, allá el dátil africano, acullá el coco peludo, ó en otro punto la naranja de Jaffa.

Comen y andan; en sus pies está el movimiento continuo; parecen una raza que camicia no se sabe dónde para recibir algo

con mandato de transmitirlo á los humanos. Ellos han enseñado á regatear á los hombres, han dado carácter y color al estipendio de la bestia, han enseñado espontaneidad y gracia al diálogo llenándole de abalorios y caireles, y han engendrado la sacerdotisa mundana: la que lee en las rayas de la mano lo que ha sido, lo que es y lo que ha de ser, y que es á un tiempo Celestina y furia que vomita blasfemias cuando ve burlada su ciencia misteriosa.

Los cabellos rubios no han coronado nunca ningún cráneo nómada; el suyo es pelo entre de negro y de árabe, y la mujer se lo parte por delante en ondulosos aladares, como la Virgen de nuestra Religión, y lo trenza atrás en amplísima castaña de entretejidos ramales.

Pues algo de todo esto, alguna línea vigorosa de este conjunto, afianzaba en el cuerpo de Mercedes el contorno de su raza; pero enaltecido, sublimizado, llevado á la augusta majestad de lo griego, pues algo tenía la mujer de diosa.

Lo valiente del carácter lo traía de su origen; pero la gracia ligera, el burilear de su lengua pintoresca é incisiva, su soltura agra-

dable, se los había dado la ciudad andaluza donde naciera; Sevilla, que guarda aún el españolismo en sus tipos y costumbres como guarda una urna sagrada una bandera.

En Triana corrió de niña por el laberinto de las calles, y acaso á la práctica de doblar tanta inesperada esquina y cruzar tanto callejón estrecho debía la moza su agilidad de movimientos y su destreza en manejar el cuerpo flexible y elegante.

Lloró de chica dentro de una espuerta de chiquillos, hermanos suyos, agrupados como pájaros en nido; rodó por los suelos cual un despojo humano; bronceó su cuerpo el sol que madura las espigas y abre los azahares, y aunque gitana, el sol andaluz penetró en su espíritu dándole gracia nativa, y el medio ambiente la hizo mujer airosa y distinguida.

Espigó su talle en pleno barrio de la Cava, cuna de la gente de tijera, y la obscenidad innata á tales seres pasó por Mercedes como el agua por la tabla de mármol, sin dejar mancha alguna. La familia nómada rebulle entre los cuatro muros de una habitación; en ella hace ·as sus funciones, desde las que debe velar

y esconder el decoro, hasta las más leves y sencillas. Mercedes, á la vista de la impudicia, conservó íntegra su virtud, su virtud fría y acerada, que tenía la limpidez y dureza de la perla.

Nítida de espíritu y de cuerpo, parecía caso nunca visto, raro milagro de honradez. Punzante y altiva, cuando oyó de labios de los hombres las primeras palabras de amor profano, de amor que envilece, se sintió herida en su orgullo y rodeó con muro de fortaleza su dignidad. Una mirada suya, semejante al punzar de un hierro frío, desarmaba los ímpetus más ardientes. Gitana era, pero gitana con dignidad real, siempre gallarda en la cima de su intacta virtud. La habían apodado *la Reina;* y si hubiera habido dinastía en su raza, mujer era capaz de dar rango y esplendor á una estirpe.

Así era Mercedes; así era aquella mujer de entendimiento vivo, de sátira dura y pintoresca, de gracia atractiva; pero gracia más bien para admirada como la de las estatuas.

La generalidad de los hombres debían de ser para ella *demasiado mortales;* Francisco, sin

embargo, carácter fuerte, íntegro, y más bien cuidadoso de guardar ocultos los nobles sentimientos que de mostrarlos, llenaba su alma por completo, y más prefería la moza verle sin que la hablase, y saber lo que sentía sin oírselo, que escuchar en otros frases sin substancia y vanos elogios á su belleza.

Acaso, por lo mismo que ella pisaba tan alto, cuidaba no dar ocasión á que se le conceptuase en nada poco comparable á sí misma. Realizaba toda clase de trabajos con el desahogo de quien está por encima de lo que hace, y sabía todo lo concerniente á su sexo como pocas mujeres. Si necesitaba desplegar brío, no podía mostrarlo con más gentileza; si primor al hacer cifras y bordados, sus manos eran de seda y terciopelo; si disposición para mandar, para ordenar, para disponer, concretaba en la manera de hacerlo, y á cada cual indicaba con claridad completa lo suyo. La juventud había reunido en su ser inteligencia, ligereza, majestad. No digo yo *Jaraga*, el menos contentadizo en cosa de mujeres se hubiera enamorado de la moza.

°s cuanto á solícita, un día dió, sin que-

rer, D. Leopoldo un tiro á uno de los perros. Mercedes cogió al animal sin hacer caso de sus aullidos, lo curó, lo vendó, lo acomodó en espuerta bien mullida, y en ella le daba á la mano el alimento y lo cuidaba. Nada de "pobre canino aquí„, ni "pobre canelo allá„; la moza no tenía zalamerías empalagosas; con manos etéreas curaba la herida, y él lamía aquellas manos suaves; pero al sentir la mujer la lengua en ellas, daba un pescozón al animal; no quería ojos humildes ni lametones.

Cuando sanó el perro, bastantes puntapiés de Mercedes le costó su agradecimiento; pues cada vez que se le enredaba con culebreos de rabo entre las faldas, del primer empellón lo mandaba seis varas más allá.—"¡Quita de ahí, papanatas!„ —decíale con admirable desdén.

Sentimientos vergonzosos de revelarse eran los de Mercedes. Acaso la costumbre de estar siempre en guardia y á la defensa de su honor, hacía que no mostrase suavidades al exterior ni asomos de blanda ternura; esa carencia absoluta de ser alguno que velara por su vida, y tener, al contrario, que ser ella misma verja de su propia virtud, habían hecho nacer en su

alma anhelos, nunca revelados, de apoyar su espíritu en el hombro de algún ser noble y fuerte para que la ayudase á descansar de la fatigosa tarea de toda su vida.

Ese hombre podía ser *Jaraga*. Noble y varonil, apasionado sin apariencias de serlo, como ella reflexivo y con idéntico temple de carácter, los dos venían á ser fragmentos de un mismo mármol, aunque el de Mercedes era más pulimentado y espléndido.

Cuando ella sondeó el espíritn de aquel hombre, sintió la alegría íntima de un bien que se ha buscado y que al fin se encuentra como se soñó. Inclinóse hacia su fortaleza, apoyó en él su alma; "al fin descanso„, se dijo.





VIII

RESOLUCIÓN

Y descansó en la energía de *Jaraga* la moza, apoyando corazón, vida y alma.

¡Pero qué amor tan raro el suyo! Avergonzábase de tenerlo, parecíale debilidad de carácter, blandura impropia de un corazón fuerte y bien templado.

El efecto que hacíase á sí misma era el de haber dado de golpe en lo ridículo. ¡Ella caer desde su integridad absoluta en semejante afecto! ¡Ella decir "te quiero, te adoro„! ¡Ella revelar sus más íntimas ideas, dar un martilla- 'a esfinge y hacerla saltar en pedazos ''e revelase su secreto! Era cosa de sol-

tar la risa ó de esconderse donde no la viera nadie. ¡Pues pocos motivos de broma que le habían dado á ella los enamorados, para venirse luego suspirando del mismo mal y padeciendo de la misma cojera! Tentada estuvo de recoger su palabra para encastillarse de nuevo en su altivez nunca humillada.

Y lo peor era que sentía cierta caricia, cierto halago, cierto gusto, en ella nuevo, de creerse vencida.

¿Qué dorada niebla se alzaba en su imaginación? ¿Qué aurora veía desplegarse dentro de sí? ¿Qué era aquel removerse de toda su sangre, de todo su cuerpo, bien como un latir de dormidos gérmenes, ó como si Abril hubiese llamado á su pecho y apuntara una floración en su alma? La frialdad llenábase al fin de fuego, el mármol iba á brotar rosas.

Todo aquello lo hubiera ella cogido, y lo hubiera arrojado fuera antes que confesarse enamorada.

—Pero, zeñó, — decía con el acento que se emplea cuando las cosas no tienen remedio,— ¡yo, que ziempre estuve juyendo de Málaga, vengo ahora á entrar en Malagón!

Luego se quedaba fija en un punto, inmóvil, pensativa, como si en aquella melodía interna atravesara por un compás de silencio...; al cabo arrojaba un largo suspiro, hacía un gesto de desprecio como quien dice "tonterías, paparruchas„, y volvía á meter mano á la abandonada tarea.

Lo que más atosigaba á Mercedes en aquellos amores, era la idea de tener que pasar, quieras que no, por los preliminares de todo casamiento: hablar primero del asunto, dar parte de él á los conocidos, andar con telas y randas componiendo el ajuar de la mujer que ha de tomar estado, presentarse ante el cura, que ella se figuraba no podría por menos de reirse al verla avanzar al lado de *Jaraga*, y todos los demás preparativos intercalados de palabras babosas y tiernas.

Era tal el pudor de Mercedes, que todo aquello lo interpretaba como una exhibición de su decoro, como un decir á las gentes "aquí está mi virtud, que va á ser mancillada á la vista del público en tal día„. Lo teatral de la ceremonia lo veía como deshonroso. ¿Para qué te-
·die que saber si guardaba su virtud para

el mozo, y si iba á depositarla en él en un día señalado?

Si hubiera podido casarlos en medio de aquellos campos una roca, un viejo roble, una fuente, los pudores de Mercedes, — que sin saberlo se embargaba de cierto *panteísmo religioso*, — hubieran desaparecido. Llegaría ella al pie de un árbol como si fuese buscando leña, (ni aun así daría la cara de frente), arrimaríase al tronco haciéndose la desentendida, y, presentándose *Jaraga* por otro lado, le alargaría la mano de pronto, y les echaría su bendición la naturaleza. Después se le pegaba un soplo al sol *para que no se viese nada*, y punto concluído.

A esos extremos llegaban las imaginaciones de la moza ante lo fatal de tener que dar un cuarto al pregonero.

Puede calcularse con lo dicho lo que tenía adelantado hacia ella aquel que llegara á decirle primores y á llenarle de lirismo las orejas.

Cuando *Jaraga* se enteró, — muy pegadito al muro de mi cuarto, y pálido y tembloroso como aquel á quien le dan un golpe en mitad del alma, de la conversación que sostuvir

D. Leopoldo y yo sobre lo que se tramaba contra Mercedes la noche de mi llegada al cortijo, — creyó que el mundo se desplomaba sobre su cabeza.

Algo había sospechado él de antemano; algo había presentido, porque las ideas parece que andan disueltas en el aire, y con su buen olfato por guía quiso cerciorarse de si los cazadores tramaban algo contra Mercedes. El, que jamás dudó de la virtud de su novia, vaciló esta vez, é hizo hincapié en lo poco que pudo percibir del lance que se preparaba, y se propuso escuchar por sus propios oídos si eran ciertas sus sospechas, ó si había oído campanas sin saber dónde.

Necesitó una entereza á prueba para acometer el plan de indagación; porque ¿y si llegaba á saber su propia desdicha? ¿Y si eran muros que se dejaban asaltar los que él creía fortaleza inaccesible?

Después de oir nuestro diálogo sobre el premio y poniendo gran recaudo en que su órgano de audición fuese fonógrafo que conservara íntegras nuestras palabras, para luego reflexionarlas despacio, quiso que le hubieran

sido arrancados los oídos, de igual modo que los filisteos arrancaron los ojos á Sansón.

—¿De ónde,—se preguntaba,—zino de haber dao ella pábulo iban á atreverze los cazaorez á poner zitio á la plaza?

¡Si aquella mujer lo habría estado engañando!

¡Y para eso había gastado él los pedazos de tiempo en mirarla, y la había tomado por espuela de su voluntad que le incitaba al trabajo y al amor de la vida! ¿Sería posible que ella hubiera dado motivo...?

La planta trabaja para buscar el sol, y el corazón trabaja para encontrar la luz de unos ojos. Francisco había hallado esa luz, y de pronto se veía ciego, ciego en medio de su desdicha.

Sentado en las tinieblas de su dolor, dejó pasar mil torbellinos por su cabeza. Su primera intención fué irse derecho á ella é infamarla, y pedirle las razones de aquello que se proyectaba contra su virtud. Luego se contuvo, porque ¿cómo iba él, si la amaba tanto, á hacer gente contra su honor?

Generosa su alma, acudió á la reflexión, al

entendimiento, por cuya puerta han de entrar los bienes al alma, y se puso á analizar aquel bajío, aquel escollo con el cual nunca hubo contado.

¿No podían los cazadores mismos, sin motivo alguno dado por Mercedes, haber combinado aquella estratagema? Porque, aunque fuera perfecta la mujer, ninguna cosa hay que no pueda de ella usar la malicia humana, y bien podían .haberse echado los hombres la cuenta galana de que, cuanto la dijesen *envio*, iba ella á responder *quiero*. No podía suponerse en semejante mujer deleite del mal pensamiento, delectación amorosa... Ya ponía la moza empeño en la guarda de los sentidos por lo mismo que se entra por ellos el amor; así lo tenía demostrado.

Pero... ¿*y el cuarto de hora malo* que al día tienen todas las mujeres? ¿Si habría llegado esa fracción de hora para Mercedes? Al fin y al cabo, todo es tentación: ¿qué es la vida sino una tentación prolija? Bien pudiera ocurrir en la moza lo de "cría fama y échate á dormir„, y tener también sus flaquezas como cada hijo de vecino.

Dando de través á cada paso en estas reflexiones, torcía Francisco sus ideas tratando de falsificarlas.

Trastornado su espíritu, en el cual habían entrado los celos, le sacudía el viento de la pasión y arrancaba ráfagas de lumbre á su cerebro.

Era mucho para él perder de pronto sus sueños de tantos años, la ilusión que le mantenía, y de la cual manaba su felicidad gota á gota, destilada por los ojos negros y grandes de Mercedes.

Casi sintió impulsos de llorar. ¡Qué eran sin ella los campos por donde estaban hechos á volar en rápida carrera sus ojos! ¡Qué encanto tendrían los montes, el cielo, la costa lejana donde el mar iba á hacer polvaredas de espuma sus rompientes, como hacían polvareda en su cerebro las ideas que chocaban en tumulto!

La vehemencia arrojaba negruras en su alma, y como en todos los caracteres fogosos, le hacía levantar imponderables castillos en el aire.

Una idea se abrió trabajosamente paso por

medio de aquel caos de su cabeza, y arrojó una claridad en su espíritu: la idea de esconderse en el cuartucho abandonado, cuyo estrecho postigo daba á un extremo de la cocina, y allí permanecer oculto, dando al diablo la caza durante el tiempo de las declaraciones. Simularía por la noche venir de los montes sin haber conseguido descargar una sola vez la escopeta. Que comieran basura aquellos indecentes que habían puesto cerco á la virtud de su novia.

El complemento de su idea era atisbar desde el escondite, como yo desde el mío (¡y ya éramos dos!), para ver si la moza rendía tan fácilmente la bandera como él se figuraba.

Nunca encontraría mejor coyuntura para saber á ciencia cierta los quilates de honradez que había en el carácter de Mercedes. Si ella resistía la prueba y triunfaba, ya podían ponerle palio como á las vírgenes; si capitulaba y admitía proposiciones, daría él un corte á los amores sostenidos con tan inicua mujer.

Todo eso estaba bien pensado y bien dispuesto; pero el temor de que resultara lo segundo helaba á Francisco la sangre en las

venas; su valor hacíase frías petrificaciones al llegar con la imaginación á este punto.

¿No era mejor, sin embargo, dar el paso arriesgado y jugarse el todo por el todo?

El mozo se decidió por esto, que era por lo que debía decidirse, y echó la llave á su resolución.

Con intensa palidez hizo al venir el día el *paripé* de que se iba, como siempre, al campo; dió la vuelta á la casa precisamente á la hora en que vimos á *Nalgatorio* dar algunos pasos hacia Mercedes con el propósito de descerrajarle su declaración, y metiéndose Francisco en el escondite, empuñó con ambas manos la escopeta.





IX

APUNTEN... ¡FUEGO!

No era para envidiada, como se ve, la situación de D. Anselmo, por otro nombre *Nalgatorio*. De un lado espiaba yo lo cómico de su figura, dispuesto á sacar todo el partido posible del sainete. De otro le apuntaba el cañón de una escopeta, apercibida para si había que soltar la perdigonada. De frente, por último, esperaba su declaración, hecha á boca de jarro, una mujer que devolvía las palabras al cuerpo y que había que tentarse la ropa para hablarla.

He dicho que se dirigía al galán la puntería una escopeta, y efectivamente era así. Lue-

go de entrar *Jaraga* en su escondite, pensó en que si el asunto del cual iba á ser testigo oculto tomaba mal sesgo, no iba él á estarse con un palmo de boca abierta oyendo lo que el buen señor tuviera á bien decir á su novia.

—¡Lo que ez el zusto ze lo doy!—pensó Francisco, antojándosele huéspedes los dedos y receloso hasta de su sombra.

Hay que advertir que dar un *susto* por un campesino de las circunstancias del novio de Mercedes, significa tanto como embaularle á un individuo en el cuerpo cuatro onzas de perdigones, ó darle otra *broma* parecida.

Todo, pues, dependía de los palmos de terreno que *Nalgatorio* fuese ganando en el corazón de la moza; si ella procuraba trasquilar al que iba por lana, la escopeta estaría en su lugar descanso; pero si la cosa pasaba á mayores, la consigna de Francisco bien pudiera ser la siguiente: ¡fuego!

—Linda y madrugadora Mercedes,—dijo por fin nuestro hombre, buscando en las escalas de su voz el registro amoroso, y dando á entender al empezar con dos epítetos que se decidía por el largo período: —linda criatura metida

en estos breñales, cuando debieras estar en el palacio de una reina: Dios te dé muy buenos días.

— Buenoz loz tenga uzté.

— Feliz casualidad ha sido, — añadió hecho una blanda confitura, y resoplando y congestionándose en cuanto hablaba más de dos palabras seguidas, — feliz casualidad ha sido la de levantarnos á un tiempo.

— Sí, como los pajaritos del alba:

Yo á preparar la cocina,
Y uzté á dizfrutar el frezco.

— El fresco y el no pequeño placer de admirar ese rostro, linda moza. Lástima que no amaneciera más temprano; porque, aunque el alba rayara á media noche, de saber yo que tú me esperabas, á media noche me le... me levan... (un golpe de tos dejó aquí al galán rojo como un tomate).

— Deje uzté, y le daré unaz palmaitaz en el cogote, como á los niñoz cuando ze ajogan, — clamó en tono de sorna Mercedes.

Salió de su asfixia *Nalgatorio* y arrojó un *¡rrrum!* estruendoso al suelo, que fué la

síntesis del momento de apuro. Luego continuó:

—Decía, bella niña, que, aunque amaneciera á media noche, por ver ese incomparable palmito, por oir tu hermosa voz, de la que no diré sino que es envidia del ave, por estar á tu lado y recibir la luz de tu gracia, dejaría la cama y el sueño, como lo hago tan de mañana sólo por el incomparable placer de verte.

—Dice un refrán que á quien madruga Dioz le ayúa.

—Eso quisiera yo, linda moza, que me ayudara á hacerme oir de ti, que protegiera lo que pienso decirte, que...

—No ez pa ezo pa lo que le jaze á uzté falta la ayúa de Dios.

—¿Para qué es? Dilo.

—Pues pa que le ayúe á uzté á yevar la barriga.

Jaraga no pudo menos de sonreirse al llegar á este punto el diálogo. Hizo una aspiración de aire inmensa (yo veía su cara á través del visillo de mi observatorio) y bajó el gatillo á la escopeta.

—Chancera te levantas hoy, linda moza

— añadió sin el menor desconcierto el buen señor. — Lástima que tomes á risa mis palabras; lástima, bella niña, que seas tan ingrata; lástima...

— Láztima de tiempo que gazta uzté en andar eze camino; porque, como eztá uzté gordo, claro, ze va á canzar.

— ¡Dale con la gordura! Modelo de firmeza es mi cariño, y de esa firmeza es de lo que quiero hablarte. Nadie sabe, preciosa ingrata, dónde van á estar los ojos con que uno tropiece; los labios que á uno le hagan decir "esos son los que yo he de besar„; la mano que despierte en uno la idea de una caricia; el pie en torno del cual crea uno vislumbrar la gloria; la cintura que ha de rodear el brazo de uno...

— ¡Eche uzté rodeoz!

— La mujer, en fin, — dijo el hombre tocando á cerrar el párrafo, — que le haga á uno ser esclavo de la pasión y que con sus cadenas se sienta venturoso.

Hasta el colodrillo se puso rojo *Nalgatorio* después de resollar con voz sobreaguda el período; y como era de temer, un nuevo golpe tos lo pasó del rojo al amoratado, y un más

bronco y contundente *¡brrrum!* le hizo arrojar otra *síntesis* al suelo.

—¡Ay cómo me va uzté á poné la casa de *poyos!* ¡Ni que fuazté yueca! Y diga uzté, ¿too ezo que uzté ha dicho ez á *uno?*

—Que soy yo, bella niña.

—Puez está uzté equivocao; eze que tropieza con tóo ezo, es *otro*; uzté no tropieza.

—Eso quisiera yo, no tropezar, sino ir derecho á tu corazón, para que vieras lo que es un amor serio y formal. La mujer debe elegir hombre de peso...

—¡Pa qué quería yo máz romana!

—Hombre sin los caprichos de los jóvenes, que hoy depositan el cariño en una mujer, y mañana lo depositan en otra, y así van hasta que llega la edad de la reflexión.

—Y de laz zopas y el buen vino. Zegún veo, ¿uzté llegó ya á eza edá, y lo que ofrece ez un amor maúro, maúro como loz chumboz?

—Que es cuando el amor está en sazón, bella niña; la breva madura es la que pica el pájaro.

—Puez no le caerá á uzté eza breva. A mí me guzta la fruta en agrá, y el hombre, que

ezté como la fruta; maúro ze lo puén comer laz jormigaz.

— ¡Qué error tan grande, bella niña!

— Puez azí ez, lindo mozo.

— ¡Qué gracia para replicar! ¡cómo devuelves ciento por uno! Pero no das en el clavo.

— Ya zé que estoy dando en la jerraura.

El último grano de sal supo á gloria al amor propio de *Jaraga*, el cual dejó asomar una nueva risa á los labios y puso la escopeta en su lugar descanso. Valiente trasteo estaba empleando su novia con aquel avestruz.

— "Toma, toma tripita!„ — decía para sí con íntimo gozo Francisco.

— Pues si por la buena no accedes á lo que te ofrezco, — añadió algo amostazado *Nalgatorio*—(*Jaraga* levantó el gatillo de la escopeta); si por la buena no escuchas lo que te digo...

Estaba á punto de vibrar una perdigonada en el aire. El dedo índice del espía bailaba de gozo y á la vez de ira, y deseaba por momentos hacer su vengador oficio en desplacer y duelo del galán.

— ¡Aquí va á haber una de Dios es Cristo!— recé yo con el alma en un hilo, y poco satisfe-

cho de haberme metido en semejante camisa, que prometía tener más de las once varas, según marca el dicho popular.

—Mire uzté,—dijo Mercedes poniéndose un poquillo seria y atajando el párrafo de *Nalgatorio*, tras del que iba á zumbar la perdigonada;—me eztá uzté pareciendo un barril puezto en pie lleno de azuquita y de meloja. Uzté ha venío aquí á cazá, y lo que uzté cace que me lo claven en la frente. Ni uzté tié lacha ninguna, ni gracia, ni zalero, ni mardita la coza.

Pa fraile, por lo gordo, ez pa lo que tié uzté jechoz máz méritoz que pa na; conque no me venga uzté con kirieleizones, y guárdeloz uzté pa cuando tome el hábito, que lo está uzté pidiendo á vocez.

Y como la moza, con mucho brío y despejo, se pusiera á querer atar una caja que había en la cocina y no tuviera cuerda suficiente,

—Bien podía uzté preztarme una tripa—dijo,—pa añairla á ezto, que no alcanza.

Alegróse de nuevo *Jaraga*, rióse á su pesar la moza, y salió ésta á buscar la cuerda que necesitaba.

Corrido quedó *Nalgatorio* en medio de la

cocina, con la cabeza baja y deseando que se lo tragara la tierra.

Iba Francisco á darle movimiento al gatillo; pero, cambiando de pronto de resolución, puso á un lado la escopeta, empuñó una colosal lavativa que en el cuartucho se guardaba para las bestias del cortijo, la cargó de agua en el bebedero de las gallinas que estaba junto á él, y dirigiendo la puntería, como él sabía hacerlo, al galán, le dejó ir el mangazo, que fué á estrellarse en el espantado y aturdido rostro de *Nalgatorio*, el cual, entre suspensiones de respiración y traspiés de beodo, salió, sin saber quién le propinaba la ducha, de la cocina.

—Tú no te mereces un tiro,—rezó, viéndole salir el mozuelo;—tú lo que te merezes ez ezo; un lavativazo.





X

DON QUIJOTE POR TIERRA

Muy variados temperamentos presentaba el día para Mercedes. No bien acabó de dar á *Nalgatorio* la puñalada de frente, y de rematarlo Francisco á golpe de jeringa, cuando entró de rondón en la cocina, á tiempo que volvía la mujer con la cuerda, una verdadera estantigua representada en otro de los cazadores, el cual saltó también de entre sábanas dispuesto á cantar su pasión á la doncella.

Pero ¡qué enamorado, cielo santo! Lo que tenía D. Anselmo de gordo, teníalo éste de ... , más parecía un armazón para hombre,

que el hombre mismo. Alonso Quijano, el personaje manchego, hubiera sido un obeso al lado suyo. Hueso por aquí, ángulo por allá, picos y salientes por donde quiera, y todo ello metido en la larga línea de su cuerpo, que á buen seguro medía dos metros de longitud. Al verlo Mercedes, casi lo tomó por otro pedazo de cuerda.

Decíase de D. Quilino (éste era su nombre) que toda cama ajena se le quedaba por más arriba de las corvas; así es que, si dormía en otra sepultura que la propia, lograba poner *caja* y muslos en actitud yacente; pero de rodillas abajo caían las piernas lacias como cordeles hasta arrastrar en el suelo.

Aquel hombre levantábase por metros de la cama. Primero erguía la crecida cuarta de cuello, con movimiento de cigüeña; luego enderezaba toda la espina, verdadera espina que dejaba translucir bajo la piel las veinticuatro vértebras justas y cabales; por último, encaramaba todos aquellos trozos de persona sobre las secas y descarnadas tibias, y quedaba *todo* el hombre de pie.

A esta particularidad, á este portento de es-

beltez, unía D. Quilino la rareza de tener color tan moreno, tono tan obscuro en el semblante, que inducía á pensar si aquel hombre había servido antes que para ser humano para pipa de cigarro puro. Culotado desde el cabello á la planta, mostraba sólo blancura en las esferas de los ojos y en la cabal y firme dentadura, engastada como en bronce en los alvéolos.

Hombre tan espiritual (dada la escasa materia de su persona) y tan extremadamente alto y moreno, tenía algo de aéreo, de ingrávido, de no sé qué, dispuesto á volar y á elevarse; quizás por tener su cuerpo casi menos peso que el aire, la ley de gravedad veíase apurada para retener los afilados pies del hombre sobre el suelo.

Esta estampa de persona, este símbolo humano de la escualidez, fué quien pisó el umbral de la puerta apenas salió derrotado y sacudiéndose de la ducha *Nalgatorio.*

—¿Vas á ahorcarte, muchacha?—dijo la soga humana á la arrogante mujer al verla con la cuerda entre las manos,—aquí está mi cuello dispuesto al sacrificio antes de que el
del roce esa garganta.

— Ez uzté muy caritativo, y eztimo la fineza. Y ezo que no ez poco lo que uzté me ofrece, porque zolamente de pezcuezo apuezto á que tiene uzté un jeme largo.

— Es una buena cualidad, mujer; así estoy libre de congestiones.

— ¿Libre de... qué?

— De que se me suba la sangre á la cabeza.

— ¿Y cómo ze le va á uzté á zubí, hijo, zi paece uzté un tubo de goma?

— Veo que te levantas de buen humor.

—No han dejao de tratá de ponérmelo negro.

— ¿Quién?

— Un novio que ma querío zalí esta mañana.

— Como no sea el sol, que acaba de salir, no he visto á nadie que antes se haya levantado.

— Poz á madrugao otro máz.

—¿Quién ha sido?

— Zi ze lo digo va uzté á zabé tanto como yo.

— ¿No me crees capaz de guardar un secreto?

— Ma bien lo creo á uzté capá de atá ezta caja. Vamo, eche uzté aquí una mano, hombre, que eztá uzté ahí como pánfilo. ¡Jezú qué azaura!

—Venga la cuerda y la ataré; pero más bien me dejaría yo atar por ti si necesitaras atarme.

—No tengo pa qué atá ninguna caña; ¡cómo no lo quiziera á uzté pa amarrale una ezcoba á la cabeza y que me zirviera de ezoyinaor!...

—Para echar conmigo las telarañas abajo, ¿eh?

—Ezo mezmo.

—Pues sirvo para otras cosas, muchacha.

—Ya veo que lía uzté muy bien eza caja.

—No quiero decir eso.

—¿Entoncez qué?

—Que eres muy esquiva y muy hermosa.

—¡Ay Dios mío! ¡Zi me irá á zalí otro novio!

—Pudiera ser; de menos nos hizo Dios.

—No, lo que ez á uzté no púo jacerlo de meno, porque ¡mire uzté que eztá uzté trazpiyao y malo!

—Es que hay árboles que suben y no engrosan; váyase lo uno por lo otro.

—Pa que uzté ze queara en el juzto medio...

—¿De lo alto y lo grueso?

—Zí.

ıé es lo que habría que hacer? Veamos.

—Remacharlo á uzté como á loz clavoz.

Estaba visto que para *Jaraga* aquello iba á ser un atracón de cosa grata á su vanidad. Un momento hubo en que se sintió indigno de sí por haber dudado de su novia y por haberse puesto á expiar los movimientos de su alma. Sin embargo, ¡eran tantos los que rondaban la presa! ¡Quién sabe si entre ellos habría alguno que hiciera *tilín* á Mercedes, y la soga se rompería por aquel punto! No se había inventado para Francisco lo de "fíate de las apariencias„. Esperaría á ver venir las cosas; ¿y si detrás de aquel estafermo venía un buen mozo que hiciera dar de bruces á Mercedes? Todo estaba en lo posible.

—¿Me mandas otra cosa, muchacha?—preguntó el hombre látigo una vez que acabó de atar la caja.

—Me guzta la franqueza; y ya que uzté ze ofrece, quiziera que me alcanzara uzté aquella lámina.

—¿Qué lámina?

—Aquel jamón, hombre; uzté no eztá en el mundo.

—Para jamón curado y hermoso, tú.

—No maneja uzté tampoco malaz magraz; uzté zí que paece que eztá curao.

—¿Te disgusta el color moreno?

—¡Ca! Lo moreno lo hizo Dioz, como dice la copla.

—Entonces no debo de parecerte mal.

—No; lo que me parece uzté tan negro y tan largo...

—¿Qué es?

—Un chorro e jumo.

La sandunga de la salida trajo á mi boca un inesperado buche de risa, que me vi más negro que el declarador amoroso para tragarme. También vi á *Jaraga*, congestionado de risa, llevarse una mano á la boca para sujetar el desbordamiento de alegría que también amenazaba ahogarle.

—Pues parézcate lo que te parezca, lo que te pido, Mercedes, es una cosa.

—Oro molío que uzté quiera.

—Lo que te pido es que me tengas un poco de compasión.

—No zabe uzté la láztima que le tengo; loz gatoz canijoz me dan mucha lástima.

¿Es decir que yo soy para ti un gato?

—Zi no gato, uno que viene á jazerme una gatá, zí.

—¿Qué gatada voy yo á jugarte, mujer, si no sé lo que daría porque acudieras á una cita que yo te pidiera, si no sé lo que daría...?

—El jamón, déme uzté el jamón, que tengo que prepará el almuerzo.

—Mejor que jamón es lo que te ofrezco.

—¡Ca! Uzte ez hombre de poca graza; no hay máz que ver ezaz canillaz.

—Donde menos se piensa salta la liebre.

—¿De veraz? ¡Ay qué pueblo!

—Como te lo digo.

—Puez no ze vaya uzté á caer de la ziya y ze encuentre la liebre en el zuelo.

—¿Serías tu capaz de dejarme caer?

—¡Uzte zí que ze deja caer! Pero cuidao con los zaltoz en vago, que zon maloz.

—Te ríes de que sea alto, y, mira, ni subido en la silla alcanzo.

—Hay cozaz que no ze alcanzan con la eztatura.

—Pues ¿con qué?

—Con lo otro.

—¿Con el cariño?

—Puez.

—Te lo estoy ofreciendo hace media hora, y no quieres tomarlo.

—¿Y qué iba yo á jazer con ezo?

—Pues guardarlo en tu pecho.

—Y echarle pimienta pa que no ze pique.

—Pimienta es lo que tú tienes por arrobas, y gracia por fanegas.

—Vaya, ¿me da uzté el jamón, que ze va uzté á quear como Zan Juan, con el deo tiezo?

—Cambíamelo por lo que yo te pida.

—Un cambio en la cabeza ez lo que yo le voy á dar á uzté.

—Con tal de que pongas tu cara cerca de la mía... Así, mira...

Describió un movimiento de anguila D. Quilino inclinándose sobre el rostro de Mercedes, hizo un ridículo capullo con los labios para dar un beso, y en medio de la plegada boca atizó Mercedes una bofetada de cuello vuelto que hizo ver estrellas al galán.

Empujó después la silla en que estaba el hombre subido con el trozo de cerdo en la mano, y dieron, hechos un lío, en tierra, jamón, ı y caballero.

Más fresca que una lechuga, Mercedes dirigióse á la chimenea cantando:

Dezde una ezquina en que eztaba
vió una mulata gracioza
á un negro de faz meloza
que de amó la requebraba.
Fué el nego que la miraba
á besá su faz divina,
y ze armó tal tremolina
cuando la quizo tocá,’
que al zuelo fueron á da
nego, mulata y ezquina.





XI

ECHAR LAS CARTAS

En un dos por tres la zafia mozuela tuvo puesto á la vereda el almuerzo, sin más peripecias durante las operaciones culinarias que echar á dos cazadores más con cajas destempladas, enviándolos con la música á otra parte. Bien se batía la bizarra hembra, y bien emprendía sus retiradas; como que las hacía mejor que Jenofonte; y cuenta que sus armas, al revés de las de aquel guerrero en Asia, sólo consistían en la lengua.

No obstante, mi mano no se pondría en el fuego por Mercedes; yo, que había observado la noche antes todo el personal del cortijo,
ro, bajo palabra, que había hombres bue-

nos mozos de veras, y en las pupilas de alguno de ellos estaba muy expuesto á tropezar el corazón de la trianera.

Pero á todo esto, como el día amaneciera hinchado, y las nubes, agrupadas en llorosas bambalinas como en la tarde anterior á mi llegada, no se hubieran desgarrado para mostrar la diafanidad del cielo, la gente reuníase en la cocina conforme iba saliendo de los cuartos, y un enjambre de zánganos zumbaba chanzonetas y frases picantes en derredor de la pretendida.

No sé si porque tanta declaración seguida extrañara algo á la moza, ó si porque desde luego caló el juego que se representaba, es lo cierto que, sintiéndose herida en su altivez y amor propio, Mercedes, entre forzados disimulos, dejaba escapar rayos de despecho contra aquella gente que con tanta facilidad había llegado á creer que todo el monte era orégano. Alguna venganza, algún plan de burla debía de estar aconsejándole interior y calladamente la ira, porque quedábase á veces fija un instante con los ojos clavados en un punto en demanda de plan de ataque ó



cosa parecida. Al cabo de una de esas distracciones levantó la cabeza con aire de triunfo, como aquel que ha hallado lo que desea, dejó correr por sus labios una risilla que tanto tenía de ser engendrada por la cólera como de ser nacida de una seguridad de vencer, y empezó á revestir la mesa entre ruido de escandalosas cucharas y choques de vibrante cristalería.

¿Qué plan fué el concebido por Mercedes para dejar chasqueados á los que pensaban chasquearla? Como mi observatorio no tenía vistas que dieran al cerebro de la moza, no puedo adelantar nada de su estratagema.

Esto, si no satisface por el pronto la curiosidad, trae en cambio la ventaja de no destruir el interés; porque interés, y no poco, ha de despertar por fuerza lo que proyectara para su acometida una mujer de la altura y rumbos de Mercedes.

Puesta en práctica la copla que dice:

Si el alma un cristal tuviera
A nadie se engañaría,
Pues cada cual temería
Que su falta se supiera;

puesta en práctica esa copla, es decir, si pudiera verse á través de un cristal lo que ocurre en cada alma humana, el interés del mundo habría desaparecido. La jugada que no se ve venir es la que interesa; lo ignorado es lo que excita la curiosidad, y en todo misterio habrá eternamente poesía.

Con mucho cimbreo de talle al ir de acá para allá en las últimas tareas del almuerzo y con una ventolera de coraje en el cuerpo, Mercedes salió por sevillanas lanzando esta contestación en solfa al tiroteo de frases alegres que empezaba á caer sobre ella:

Todoz loz picotazoz
van á la crezta:
quiera Dioz que mi gayo
zalga bien de ézta;
porque ez el cazo
que todoz van á darle
zu picotazo.

Una aclamación general saludó la intencionada seguidilla, que salió con todos los alamares consiguientes de la boca de la gitana.

—¡Contra quién irá ese rejón!—gritó con malísimas tripas uno que ya había sido agraciado con unas soberbias calabazas.

— Pa uzté ya no pué zer; uzté eztá ya fuera de juego.

— ¡Cómo! ¡con que ha sido derrotado! — clamaron varios en tumulto, mientras se retorcían de placer los demás, — ¡qué callado lo tenía!

— Ez que hay quien tiene tanto amó á laz calabazaz que ze levanta con el zol pa recogerlaz.

— ¡Con que ésas tenemos! — insistió otro, mártir también del mismo fruto, queriendo disimular así su bacatazo.

— Zí, — repuso Mercedes saliéndole al encuentro, — pero ez que ha habío pa muchoz tajaz del mizmo quezo.

— No lo dirá usted por mí, prenda.

— Mal arte tié uzté pa dizimulá.

— ¡Que hable, que cante de plano! — agregaron algunos de los que aún guardaban inédita su declaración.

— No tié pa qué declará,—dijo Mercedes con aire victorioso; — que ezcupa, y va un doblón á que echa pipaz e calabaza.

Una carcajada general llevó la alegría á su colmo y acabó de traer á la cocina á los pocos ...bres que quedaban metidos en sus cuartos.

—¡Bueno empieza el día, bueno!—añadió al concierto, saliendo de su habitación, el *Chivo confuso,* que fué el último en volver á la vida.

Era este individuo un pollancón enteco y de escasísimo jugo, que al verlo daban ganas de ponerle ama de cría. Prensado su caletre con los saltos de trampolín, descoyuntamientos y demás volatinería de los juegos de palabras, de los que era apasionado, no había placer mayor para él que descifrar el rompecabezas de un retruécano ó saborear otra fruslería de esta índole. La literatura, que es prima hermana de los acertijos, trabalenguas, charadas, juegos de prendas, jeroglíficos y otros pasatiempos, le hacía desparecer de gusto, y tenía en constante excitación sus dos onzas, no largas, de sesera.

Salió con los bolsillos atestados de las últimas revistas semanales que antes de ir al cortijo pudo recoger. *El Toreo Cómico*, *La Semana Cómica*, *El Garbanzo Cómico*, *La Habichuela Cómica*, asomaban caricaturados y alegres por sus faltriqueras, riéndose al compás del lápiz de nuestros dibujantes.

—Jezú, ya tenemo aquí al de loz trabalen-

gua, que ze le van á zecá los zezoz como á don Quijote.

—Es verdad que se me van á secar; pero es de pensar en usted.

—Azí ze le eztuvieran á uzté jaziendo piedra hazta que yo dijera "pára„; pué zé que de eze modo ze le zalieran á uzté de la cabeza, la *primera* una vocá, la *segunda* ez una fló... y lo demá.

—Lo demás es el *todo*, y eso es usted para mí.

—Ziempre coge uzté la última palabra pa enreá en eya laz zuyaz; paece que eztá uzté jaciendo caeneta.

—No cadeneta, sino cadena haría yo de mi cuerpo con tal de ir á usted amarrado.

—¡Ay qué grazia! Ezte va á zé el ortavo novio que me va á zalí; hazta loz gato quieren zapato.

—Si me da usted zapato, es decir, pie, no tendría inconveniente en soltarle mi declaración, porque es usted muy resandunguera y muy gitana.

—A mucha honra el zerlo; y ya que uzté lo anda buzcando, le viá *echá á uzté las cartas.*

odas las personas se arremolinaron al oir

lo de que Mercedes iba á hacer aquel juego supersticioso, y prorrumpieron entre exclamaciones:

—¡Bien, muy bien, que las eche!

—Venga la baraja,—añadió el cara de chivo.

Y un nutrido círculo de gente cogió en medio á la adivinadora y al escuchimizado.

Un instante de silencio absoluto dejó oir hacia el fogón el largo quejido de un sarmiento que se retorcía como una serpiente de oro en el fuego.

Luego la Sibila de Cumas dijo:

—Le viá acertar á uzté lo que pienza, fragua, prepara y cavila en zuz aentroz, y lo que dezea de una perzona que eztá prezente (era ella misma), y que traen en decirez y malquerenciaz por ezquinaz y puertaz de calle.

Uzté, zeñó rezalao, ha conzeguío ezcaparze de casa zin la chichonera, y za metío á corré una aventura en unión de otroz máz (que eran los demás cazadores), loz cuale tienen atalayá con la vizta á la mezma perzona, y jacen gentez y ezcándalo contra eya.

Con loz tildez, ápicez y máculaz que uzté combina y apaña pa lográ el amó de eza per-

zona, le viá acertá á uzté tóo el negocio, y lo viá poné deznúo delante e loz ojoz, pa que vea uzté, mata e claveyina, zi zé cómo ze mueve zu almita de uzté dentro e zu pecho. Ahora corte uzté eza baraja, y eztéme atento á lo que diga.

Después de rizarla y desplegarla con una agilidad suprema, la colocó boca abajo encima de la mesa.

— Arze uzté, penzamiento morao, goyitinita de cinco hojaz.

Confuso el *Chivo* con aquel aluvión de palabras brillantes y artísticas que la moza soltó sobre él y sobre el concurso suspenso, — que sólo rompía su atención para soltar la risa cada vez que Mercedes colgaba al de los retruécanos un pintoresco remoquete,— quedóse con la boca abierta y sin saber si tomar el partido de salir huyendo para librarse del aguacero de burlas, ó si cortar en dos porciones la baraja.

— Vamo, boquirrubio, cachito e gloria, parta uzté ezaz cartaz.

Fué á partir con la derecha, y Mercedes lo ıvo diciendo:

—Con la zurda, rezalao, que está uzté que paece que lan dao jicarazo zegún tiene el perzonal de ezguarnío.

La carcajada que arrancó de todos la salida aturdió más al gustador de juegos de palabras, é instintivamente llevó la zurda á la baraja y la partió en dos mitades.

—Ahora, zolecito preciozo, luceriyo de plata, le viá eztender á uzté laz cartaz pa adivinale loz bajíoz en que va uzté á dar en lo que pretende de eza perzona.

Extendió la soberbia moza,—arrogante en aquel momento en que la ira cimbreaba con aire de socarronería marrulladora su cuerpo;—extendió, digo, tres hileras de diez cartas en la mesa (que representaban á los treinta cazadores), y quedándose con una en la izquierda, que representaba á ella misma, añadió:

—Ezta ez la perzona traía en decirez y malquerenciaz por ezquinaz y puertaz de caye. Ezta ez uzté, rezalao.

Y cogió otra carta de la mesa y la puso sobre la que ya tenía en la mano.

—Laz demáz,—dijo conforme las iba re

giendo, — traen ó han traío loz mezmoz penzamientoz que uzté rezpeto á la perzona.

Y mientras barajaba adoptando los aires misteriosos del iluminado,

— Voy á decirle ahora,— añadió,— cozaz del querer y del aborrecer, del mirar de rabiyo y del mirar de frente, de intencione de pechoz torcioz y de intencionez de pechoz leale.

Terminó de barajar, plegó y desrizó de nuevo, y se dispuso á hacer la operación de cartomancia, segunda del complicado juego de *echar las cartas.*

Mas para hacercomprensible ese juego conviene que yo dé á conocer aquí la *clave* y el simbolismo sobre que descansa su ciencia misteriosa.

Así, diré que un rey significa hombre de justicia ó de letras. Una sota de copas, mujer ú hombre de color moreno. Una sota de bastos, hombre ó mujer de buen color. Una sota de espadas, una mala lengua, un *encontra*, que se dice en jerga bohemia. Una sota de oros representa un hombre ó una mujer rubios. El siete de bastos es significativo de que la perso- á quien se echan las cartas ha de viajar por

tierras extrañas. El seis de copas da á entender que se ha de sostener una larga conversación con la persona que se desea. El tres de copas indica una gran noticia. El seis de espadas anuncia que por esquinas y puertas de calle hablan mal de un hombre ó mujer. Representa el cinco de copas un pensamiento que se tenga. El dos de espadas indica que ha de mediar carta ó escrito. El tres de oros, que ha de ocurrir un acontecimiento en día de fiesta ó víspera de él. El seis de bastos simboliza recelo. El siete de copas denota que ha de haber un convite. Da á entender el dos de bastos mudanza de casa. El cinco del mismo palo, chasco que se ha de llevar una persona, ó, como si dijéramos, "dos palos en la cabeza y á otra parte con la música„. Representa el seis de oros dinero procedente de lotería. El as de copas, la casa de un hombre ó mujer. El as de espadas es una afirmación categórica, terminante, á la cual no es posible objetar. Y, por último, representa el cuatro de bastos la cama, y el as de bastos, la maldad. Las demás cartas de la baraja son coro y comparsa de las que cito.

Podía asegurarse, sin ser muy lince, que lo que es el *Chivo confuso* seguramente no haría casto tálamo, para Mercedes, del cuatro de bastos, y afirmaríalo ella con el as de espadas, el cual caería sobre él como un acero flamígero esgrimido por el valiente brazo de la moza.

Dispúsose ésta para la segunda parte del juego, y poniendo boca arriba la carta elegida á capricho, que á ella misma representaba, esparció en torno, boca abajo, las mencionadas y algunas más, hasta treinta, hecho lo cual recogió de nuevo la rota cháchara, viva como la página más brillante de un estilista, y prosiguió con ronceras palabras de este modo:

— Va á da comienzo, cucuruchito de canela, lo que le van á decir á uzté laz cartaz. Eza que eztá boca arriba, ez la perzona traía y llevá por muchoz que la perziguen; levante uzté la que quiera y póngala á la vizta, á ve qué recao viene á traé de lo que uzté dezea y pretende. Ez un do de ezpada; arguna carta ó pliego metiito bajo zobre ha de recibí la perzona traía por ezquinaz y puertaz de caye; la miziva llegará á zuz manoz en día de fiezta ó vízperaz él, y azí lo reza ezte trez de oroz que levan-

to, y que pué uzté ver, rezalao, no crea que armo celá contra uzté.„

El que armaba celada era yo, como los demás, y la carta á que aludía la moza no podía ser otra que la mía, la cual, con el correspondiente soneto dentro, tenía á mi lado preparada para soltársela á Mercedes.

No erraba la Sibila tampoco en lo de que la llegarían á sus manos en día de fiesta ó vísperas de él, porque recordará el lector que estos sucesos ocurrían en vísperas de Jueves Santo; por consiguiente, ó Mercedes era una verdadera adivina, ó era mucha casualidad que las cartas se dieran de aquel modo.

Fué alzando más naipes la gitana hasta levantarlas todas, y á la vez fué diciendo con frase que cabrilleaba de puro pintoresca y viva:

—Uzté za metío en un berengená, trocito e caramelo, matita e yerbabuena, porque canta ezte naipe que uzté ha puezto la proa de zu perzona á una mujé que ez morena, pa echá zu corazón á pique con lo retrechero de zu gracia de uzté, que Dioz le ponga quitazol pa que no ze marchite.

Quiere uzté tené á zolas con eza mujé morena, traía en decirez por ezquinaz y puertaz de caye, un rato de palique, como lo quién tené del mezmo compáz loz que también van ziguiendo como corderitoz manzos zus pizáz.

Alguna trama ze urde con palabricaz en voz baja pa cogé la mozca en la ré y poné en zu camino tropiezoz; pero hay pugilato entre hombrez de buen coló y hombrez morenoz, y tóoz quieren palmitaz e gloria y cachitoz e guzto pa zu vaniá y amor propio.

Pazo que da en zu casa eza mujer, ez vigilao y vizto por ojoz que acechan de tóos puntoz zin zer notáoz de naide. Eya tiene en zu penzamiento á un hombre de buen coló que zufre celoz de muerte; pero zon infundáoz ezos celoz, porque á zuz dezconfianzaz rezponden con cariño.

Muerte zobre mí zi lo que digo no ez cierto, azafate e claveyinaz, ramo de mil florez, y loz ojoz ze le zequen á uzté zi miento.

Lo que le escarabajea á uzté en el pecho lo ve y lo zabe la perzona en quien tiene uzté puezta zu mira; pero eya ze jace la diztraía y ' 'a ir laz aguaz por el cauce. A zon de yun-

que redobla zu corazoncito de uzté y el de loz hombrez de buen coló que la perziguen; pero ella canta con la idea inclinà á aquel á quien quiere:

Yunque, martiyo y fragua
rompen loz metale;
el juramento que yo á ti te he jecho
no lo rompe naide.

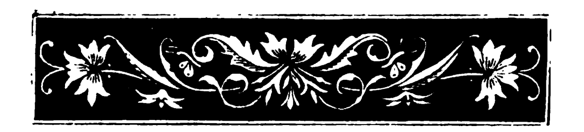
Pa acabá, rezalao (aquí mentía como un bellaco la moza, y lo que pretendía era que el pollo se *trabajara bien la bofetada*); la gotita de agua rompe la piedra, y el amó coztante ez como el fuego lento, que gana palmoz e terreno y llega á luminaria. En día e fiezta ó vízpera de él conzeguirá lo que quiere eze pecho zi habla con la mujé á zolas, en ezquinaz ó puertaz de caye; el cuatro de baztoz lo dice, mírelo uzté, zeñó rezalao, y el as de ezpadaz lo afirma.„

Con el buen augurio hecho al mozo, todos los demás sintieron envidia; á una pusiéronse á pedir que la mujer les echara las cartas; pero ella, siempre altanera, siempre esquiva, partió á sus quehaceres cimbreando la arrogante persona.

.Y sacudiéndose de tanta flor y requiebro como si se sacudiera de una lluvia de hojas de rosa, desapareció para pensar á solas en su plan de ataque contra aquella gente, cantando con voz punzante y maliciosa:

Muchoz hay que pretenden
á la morena,
veremoz á la poztre
quién ze la lleva;
porque ez el cazo
que todoz van á darle
zu picotazo.





XII

UN BUEN MOZO EN PUERTAS

Unos desesperanzados con la derrota sufrida, otros mohinos y sin atreverse á poner en práctica ninguna tentativa amorosa al ver lo bien y pronto que la trianera se subía á la parra cuanto alguno intentaba entrar á coger fruto en el cercado ajeno, todos fuéronse, no bien hubo terminado el almuerzo, á ver qué cáriz presentaba el día, el cual manteníase entre si son flores ó no son flores, mitad afligido y lloroso, mitad alegre y resucitado, y en conjunto no lo bastante de buen ver que permitiera organizarse la cacería que desde días riores se proyectaba.

Harta de agua, como una esponja, la tierra, era necesario que se soleara convenientemente y que el aire cálido endureciese su corteza.

Sólo quedaban en la cocina algunos perros atrancados con los huesos sobrantes, que roían con chasqueamientos de dientes y resbalones de colmillos, cuando yo creí oportuno, —por que lo oyese Mercedes, que iba y venía sin cesar en el trabajo—echarla de molido y desmalazado á causa del viaje.

Estuve ya á punto de emitir unos leves quejidos en tono sobreagudo que revelaran lo desfallecido de mi ánimo, cuando por los intersticios de las maderas de mi cuarto, aprovechando un rompimiento de nubes, entró una lumbrarada de sol que me bañó en una ola de alegría.

¡Yo, que había ido á admirar y á gozar de la naturaleza, estar metido en la cama á aquellas horas sólo por recrearme en las peripecias de un sainete! El viento que chocaba en los algarrobos y en los pinos de las laderas, levantando un estruendo sublime de naturaleza agitada, me atraía con una fuerza irresistible.

"¡Ven á nosotros!„ —parecían decirme des-

de fuera las hojas temblando en las ramas; el estrépito del río cercano, que ondeaba con esfuerzos de musculatura salvaje entre los riscos de aquellos montes; el concierto entero del bosque, que combinaba efectos orquestales al modo wagneriano y tremendo, que seducían por su sublimidad y grandeza.

Ya iba á pegarle dos *pongos* á las sábanas, y otros dos á mi imposición voluntaria de quedarme al acecho de aquella trama novelesca, cuando entró D. Leopoldo en mi cuarto desalentado y triste con sus eternos padeceres al estómago.

—¿Qué tal ese ánimo? —me dijo.

—Dispuesto á buscar la luz como las alondras, —respondí sin ocultar mi resolución de no permanecer más tiempo en espionaje.

—Según eso, nada has visto que haya logrado interesar tu curiosidad.

—Muy al contrario; no puede usted imaginarse qué escenas he presenciado desde anoche que llegué al cortijo, ó mejor desde esta mañana. Se le han declarado cuatro ó seis hombres á esa mujer.

-¿Y qué?...

—Mercedes, hasta la presente, es inconmovible como una roca.

—¡No te dije!

—Torres más altas se han visto caer.

—¿Crees que alguno otro consiga lo que no alcanzaron los demás?

—¡Quién sabe! Sólo podría decirlo el que tiene colgada de tres dedos la redondez de la tierra.

—Pues, con lo que has visto, tener ya duda es ser escéptico por lujo.

—La mujer es hoja que se mueve á cada viento; según es la clase de aire, así se mueve.

—Podrá ser que el aire, ó el donaire, de los que se atrevieron, no haya entrado á Mercedes por el derecho; pero dudo mucho que con gracia ó sin ella, con buena figura ó con mala, se encuentre quien haga dar el traspiés á la moza. ¿Y cómo vas á hacer llegar á ti la persuasión de su virtud si rompes el hilo y no quieres llevar á término tu plan observativo?

—Sí quiero; pero haga usted el favor de decir á la naturaleza que calle, que cierre el libro de su ópera, y entonces se habrá aparta-

de mí la seducción que en mi alma ejerce en este momento.

—¿No ha menguado tu afición por los pedruscos?

—Al contrario, cada día es mayor; me interesa más una hoja que tiembla que muchos corazones que palpiten.

—Gracias por la galantería.

—Es justicia; todos juntos no valemos lo que un ciruelo. Pero, volviendo á Mercedes, no puede usted figurarse nada más salado que esa mujer para devolver golpe por golpe. Yo creo que debe de haberse maliciado algo, porque la he visto como si meditara algún plan de desquite.

—Capaz es de tramar algo gordo.

Sus pasos nos hicieron volver la cara á ambos hacia el observatorio. Traía Mercedes una gran bandeja en las manos, y sobre ella platos, servilletas y cubiertos, como si fuera á llevar á alguien el almuerzo.

—Es para nosotros, —dijo por lo bajo mi amigo.

Y alzando la voz para que lo oyera la mujer, adió:

— Como dijiste que estabas delicado, y yo también lo estoy, mandé á Mercedes que nos sirviera aquí el almuerzo.

Me contrarió, porque yo tenía pensado, cuando la mujer entrara en mi cuarto á ver lo que necesitaba para mi moledura de viaje, entregarle disimuladamente la carta si veía que no se mostraba muy severa conmigo.

Entró la trianera en mi habitación como si hubiera entrado un golpe de luz, acomodó sobre mi mesa el almuerzo y salió de nuevo á la cocina.

Al relatar yo á mi amigo entre plato y plato, con profusión de detalles, los diálogos que oí cruzarse entre la moza y sus pretendientes, me guardé muy bien de decirle que Francisco, en vez de tener su entendimiento aquel día puesto en las perdices, tenía la cabeza á pájaros, como suele decirse.

No hubiera estado bien en mí el papel de delator contra un hombre que por momentos estaba sufriendo el temor de que le birlaran la novia, y que se hallaba sometido seguramente á una de las luchas más grandes de su vida. Si yo hablaba, encima de lo que ocurría en su

ánimo, podría, mal humorado mi amigo, mandarlo á cazar perdices á otro cortijo y dejarlo sin puesto como los demás pensaban dejarlo sin plaza.

Me concreté, pues, en esta parte á poner punto en boca y á abrirla solamente para dar paso á los sólidos platos que Mercedes nos había preparado.

En el revuelo de una faena, cuando menos lo esperaban una y otro, la trianera giró la vista casualmente al ventanillo tras del cual se hallaba oculto *Jaraga*, y antes de que éste pudiera evitar la puntería de los ojos de Mercecedes, ella le reconoció en medio de un asombro y de una extrañeza que la dejaron con la respiración en suspenso.

No era para menos el lance.

—¿Se habría acaso metido allí para escuchar? —pensó de un modo velocísimo Mercedes.— ¿Estaría el pedazo de bestia en relación con los hombres que habían ido á decirle baboserías? ¿Qué significaba aquello?

Dejó caer la moza la escoba que tenía agarrada, como si el asombro, por un acto incons-
nte, le hubiera abierto la mano, y dijo con-

teniéndose, con voz que tenía un temblorcillo precursor de una recia tormenta moral:

—No te ezconda, hombre, que te he vizto.

—Ezo he eztao yo jaziendo tamién, mirándote.

—¿A ver zi venían á yevarme?

—Por zi acazo venían.

Esta contestación, que dejaba suponer no ser bastante la moza por sí misma para guardarse y necesitar su virtud de defensores, envolvió á la arrogantísima moza en un fiero oleaje de ira, y repuso con aterradora soflama:

—¡Por zi acazo venían! ¡Y tú eres un hombre! ¡Y tú te ponez á azechá etraz e laz paerez! ¡Y tú me jazez la ofenza de creé que no me bazto yo pa zi vienen! ¡Láztima e tiempo que he eztao creyendo que fueraz un hombre como zon los hombrez! Dame acá eza ezcopeta y toma eza ezcoba, que ez lo que tú debez yevá en laz manoz.

Los ojos de Mercedes, al decir esto, tenían una orla verde, y se estremecían y palpitaban todos los leves músculos de su rostro. Uno que le cogía en un extremo de la boca redoblaba con tal celeridad, que casi hablar le impedía.

Los chasquidos metálicos de la voz, que dijérase daba como á modo de *zarpadas* y producía tableteos secos y duros, atrajeron la atención de D. Leopoldo, que exclamó:

—¿Con quién habla Mercedes?

No tuve más remedio entonces que confesar lo del espionaje de *Jaraga*, suplicando á mi amigo que, puesto que yo era reo del mismo delito al estar puesto al acecho, nos dispensara á los dos de igual modo.

— Buen recorrido le está dando. — soltó por toda respuesta D. Leopoldo.

—Más que le diga ella no puede usted decirle.

Suponiendo que Mercedes se hallaría sola, entró en esto, mirando con cautela á uno y otro lado, un joven de buena presencia, alto, vigoroso, de grandes bigotes rubios, que se alzaban en guías desafiadoras con petulancia y aires conquistadores.

— Ahí tiene usted á Mefistófeles, — recé al oido de mi compañero de almuerzo.

— Pues vamos á ver cómo seduce á Margarita; mucho me engaño, ó la margarita se va á volver flor de espino que va á hacer echar san-

al galán.

— Veremos si es tan fiero el león.

Cortaron Francisco y Mercedes el diálogo, cerré la puerta del cuarto para hacer ver que ni nos ocupábamos ni oíamos lo que fuera pasaba mi amigo y yo, y lo que dijo á Margarita Mefistófeles con amorosas y dulces palabras, y lo que ella contestó, fué lo siguiente:





XIII

UNA CITA Y UN TIRO

— Que Dios guarde ese hermoso palmito, — dijo primero Mefistófeles.

— Venga con Dioz el buen mozo, — replicó Mercedes dominándose.

— Gracias por la lisonja, prenda.

— No toaz laz perzona que una ze eche hoy á la cara han de zer eztantiguaz.

— Al lado de usted no hay quien no lo sea; es mucho el cuerpo ése, y muchos ojos los que estoy viendo.

— Ojoz no zon ma que doz.

— Pero valen por seis lo menos.

Puez aquí eztán, — dijo Mercedes mirando

hacia el sitio tras del cual se escondía *Jaraga,*—pa lo que uzté guzte mandá.

Por lo visto la mujer se proponía dar un mal rato á su novio admitiendo los requiebros del galán. La venganza no podía ser más terrible para Francisco.

—Ya lo creo que les mandaría; lo que yo les mandaría á esos ojos sería una cosa que ellos no querrían hacer: mirarme.

—¿Y por qué no? Ve una tanto mamarracho con aparienciaz de hombre (nueva mirada hacia el sitio donde se hallaba el espía), ve una tanta perzona de zimilor, que es un ayajo encontrá una que no lo zea; como zi dijéramoz, ez da con un mirlo blanco.

—Si lo que usted está diciendo, reina mía, no fuera cierto, merecía usted que la castigaran por hacer nacer esperanzas.

—La esperanza la alimenta tóo el que quiere; la cueztión e zabela cultivá.

—A jardinero de esa flor no hay quien me gane; lo que es que no hay quien me quiera dar semilla para sembrar.

—No zabrá uzté acercao á naide á peírla; de eza planta tiene ca mujé una almáziga.

(*Jaraga* se puso en guardia al oir el giro que tomaba el diálogo.)

—Es que hay semillas de varias clases, y según es el porte de la persona que la pida debe dársele.

—Tú pué peirla,—monologó para sí Francisco,—de la claze que te acomóe; pero me paje á mí que la zemilla que te va á llevá tú va á zé la que tié dentro el cañón de la ezcopeta.

No pudo notar nada D. Leopoldo, que acabó por interesarse en el diálogo; pero yo oí claro y distinto, al llegar á este punto, así como el golpe del gatillo de un arma de fuego.

Seguramente el celoso novio había visto en la catadura mefistofélica y conquistadora del pretendiente algo que pusiera en peligro sus derechos de hombre amado, y su furor de haber sido cogido en el garlito lo iba á apagar soltando la perdigonada que no se habían *merecido* los anteriores.

El golpecito seco, *imperativo*, que produce un arma al dejar de estar en el seguro, ocasiona un efecto desastroso. El primer movito que hacemos al oirlo, es el de escon-

der la cabeza bajo el brazo. El instinto sabe que la cabeza es cosa principalísima del cuerpo, y, enfrente del peligro, gradúa perfectamente la importancia de cada miembro del organismo, y ampara al más importante para la vida. No puede dudarse que tiene algo de verdadera la teoría de Leibnitz, según el cual cada átomo nuestro tiene voluntad, inteligencia, alma. Sin ayuda de la reflexión, la parte del cuerpo que se cree en peligro se defiende por sí sola, sin que el cerebro le transmita orden de hacerlo.

Confieso que, al oir aquel golpecito *dictador*, corrieron frialdades á largas ráfagas por mi cuerpo, y temí alguna atrocidad por parte de Francisco. Antes, cuando se trataba de declaraciones salidas de labios de hombres ridículos, nada había que temer; pero el hallarse esta vez en escena un buen mozo y el ser escuchado con deleite (verdadero ó fingido) por la moza, el asunto variaba por completo. Además, ¿no era en *Jaraga* probar que la escopeta estaba bien en sus manos, y no la escoba, como le había dicho Mercedes, si soltaba un tiro al perturbador de su sosiego, demostran-

do así que tenía valor y poder como correspondían á un hombre de *temple?*

Para agravar más el trance, el declarador amoroso se hallaba en aquel momento á la distancia *de boca de jarro* del espía, que es la peor de las distancias.

Libre de semejantes emociones se hallaba don Leopoldo, al cual no dije que el novio de Mercedes se había encerrado en su escondite con la escopeta.

—¿Abren mucho los perdigones de un tiro á una distancia corta?—pregunté á mi amigo, interesándome por la situación de Mefistófeles.

—¡Vaya una salida!

—Yo sé por qué lo pregunto.

—¿Y se puede saber?

—Eso pregunto yo; ¿se puede saber lo que abren?

—A esa distancia, muy poca cosa.

—¡Pues Dios le haya perdonado!

—¿Has elegido la locura como el mal que ibas á fingir hoy?

—¡Ca! Estoy cuerdo y en mi cabal juicio.

—Pues si eso es estar en tus cabales, no sé ue va á pasar aquí.

—¡¡Eso digo yo, que no sé lo que aquí va á pasar!! Por supuesto que Francisco siempre cazará con perdigones, ¿eh?

—Según; cuando se acaban, como es buen tirador, echa mano de la bala.

—¡De la bala! Entonemos el *requiescat*, y oigamos antes lo que dicen.

—Eso, Mercedes, —susurró bajando la voz en la cocina el pretendiente, —no es decir casi nada; un *veremos* poco significa.

—Por ahora no pueo dezir máz.

—¿Y si yo le pidiera á usted una cita para hablarla? ¿Y si yo solicitara de usted una entrevista?

Mercedes miró por tercera vez al escondite de Francisco, y llevada de su afán de menospreciarlo respondió:

—Pa ezo tengo laz orejaz, pa ezcuchá lo que me digan.

—Pues si usted quiere, nos veremos esta noche en la reja.

—Ahí no; mejó zerá...

—¡Dios le acoja en su santo seno! —recé, como si ya no tuviera remedio lo del tiro, y me tapé con ambas manos los oídos.

—¿A quién va á acoger Dios en su seno?—preguntó D. Leopoldo.

—Al galán. ¿No ve usted que Mercedes rinde la bandera?

—Eso lo veremos; pero, en todo caso, mejor sería desear al afortunado larga vida...

—No quisiera yo hallarme en su pellejo.

—¿En el de quién?

—En el del galán.

—Ahora sí que creo firmemente que estás loco.

—Pues tengo una lucidez completa.

—Bueno,—dijo fuera muy quedo á Mercedes el pretendiente;—si no le parece á usted bien en la reja, señale usted sitio y hora.

—¡Padre nuestro, que estás en los cielos!—dije, y me apreté con fuerza los oídos.

—Vamos á ver, ¿quieres explicarme qué pasa?—saltó algo alarmado mi amigo;—si no, creeré que te chanceas de mí.

—Motivo habría para ello, puesto que Mercedes no es tan fiera como usted pudiera haber llegado á creer; pero no se trata de eso.

—Explícate de una vez; y cuanto á ese amiguito que con sus manos lavadas quiere atra-

par el tesoro, no quisiera más que *Jaraga* lo tomara por una perdiz.

— Veo que al fin recobra usted el juicio.

— ¿Pero era yo el que estaba loco?

— Sí; mire usted desde aquí, que desde ahi no se vé; ¿qué descubre?

— ¡Demonio! *Jaraga* apunta á su rival con la escopeta.

— No hace sino obedecer lo que usted ha dicho. ¿Se explica usted ahora por qué preguntaba si abrían mucho los perdigones?

— Lo comprendo.

— ¿Comprende usted por qué deseaba al galán que Dios le acogiera en su seno?

— ¡Demasiado!

— ¿Comprende por qué no quería hallarme en su pellejo, por muy á gusto que se estuviera dentro de él?...

— ¡Ahora lo comprendo todo!

— ¿Y qué hacemos? ¿espantar la presa á Francisco, ó dejarla enfrente del *puesto?*

— A esa distancia, el tiro no puede ser cosa de cuidado; le separan muchos metros de la escopeta, y además se le embotarían los perdigones en la piel del traje que lleva. Por mi

parte... que tire, y tendremos un incidente *ruidoso.*

—Pues por la mía... que descerraje. Oigamos lo que acaba por decir ella.

Escuchamos con el alma en un hilo, y por mi parte oliendo, antes de que sonara el tiro, la pólvora.

—Entonces,—agregó al diálogo Mercedes,—la hora y el zitio deben zer...

Y murmuró algunas palabras que no pudimos oir.

Yo esperé, cerrando los ojos, la detonación. Mi amigo agachó instintivamente la cabeza.

Ocurrió entonces una cosa terrible; salió todo el cañón de la escopeta, echósela á la cara el irritado mozo, y el gatillo, impulsado por el índice, cayó rápido y fatal sobre el fulminante.





XIX

MI TURNO

Cayó el gatillo sobre el pistón; pero era vana la cápsula y se quedó el tiro en la escopeta.

Yo absorbí en una aspiración toda la atmósfera del cuarto.

A fin de evitar que Francisco reemplazara por otro el fulminante, salió de mi habitación D. Leopoldo á tiempo que se largaba de la cocina el satisfecho Tenorio, muy ufano con la cita que acababan de darle.

—¿Salió muy temprano Francisco?—preguntó el dueño de la casa á Mercedes no dándose por entendido de nada.

Madrugó con el día pa eztrená un puezto



al que acúen muchos *pájaros;* pero me da el corazón que poca coza va á cazá hoy.

—¿Y qué sabes tú?

—Ez una figuración, —dijo con sorna la gitana.

—Distraído anda *Jaraga*, y tendré que echarle un réspice si es que no se despabila.

—Bien lo merecía, mire uzté.

—Bueno; cuando venga dile de mi parte que me gusta poco que se distraiga.

Con todo el dolor de su espíritu salió del escondite Francisco, con paso cauteloso, al oir los barruntos de tempestad que preludiaba mi amigo, y echándose la escopeta al hombro tomó la dirección del monte, arrastrando, más que llevando, el alma hecha girones.

—¡Ahora es la mía! —dije al verme solo y dispuesto á entrar en turno para declararme.

Me pareció lo mejor llamar á Mercedes y decirle que se llevase el servicio del almuerzo, y cuando lo estuviera recogiendo deslizarla el sobre con el soneto entre las manos.

¡Lástima que yo no hubiera hecho mi poesía al vino! Con el que restaba en la botella podría haber llenado una copa y habérsela

brindado, y ella de seguro que hubiese oído con gusto el brindis.

¿Daría tiempo de hacer otro soneto? Era incitadora la idea. Tiré de papel y pluma, como la noche antes al acostarme, y empecé, febril, á trazar cuartetos y tercetos.

Lo que deseaba yo expresar era que aquella copa de vino que iba á ofrecer á la diosa debía primero unir nuestras manos al pasar el cristal de la mía á las suyas, recoger luego en su borde la impresión de nuestros labios, y, por último, cantar la misma idea en nuestros cerebros y la misma pasión en nuestras almas.

Salieron endecasílabos á pedir de boca, tracé planos y andamiajes, recurrí á los maravillosos efectos de la técnica, y salió el soneto siguiente:

AL PARTIR UN VASO DE VINO

Del Málaga, que es púrpura encendida,
bebo un sorbo de luz y de esplendores,
y el vaso, orlado de risueñas flores,
te alargo con el alma conmovida.

Bebamos su fragancia apetecida
como una claridad de los amores;
sus ráfagas son sus sueños seductores,
su jugo es el perfume de la vida.

Pongamos en el borde cristalino
nuestras bocas de amor y mieles llenas
como en un cáliz de licor divino.
Así se borren nuestras mutuas penas,
y del mismo cristal el mismo vino
cante un mismo sentir en nuestras venas.

Si he de ser franco, no me disgustó del todo cuando lo leí; sólo que me pareció demasiado atrevido en la idea; porque decir todo eso, sin más ni más, á una mujer, sin haberla expresado antes que se la quiere, que se la adora, es descubrir la hilaza, que en mi caso era mi no muy sano propósito.

Preferí hacer otro que preparase el ánimo de Mercedes, para leerle después el anterior. Como el ejercicio métrico había puesto en tensión mi pluma, haría, no digo yo un segundo soneto, sino hasta un tomo de cien.

Corta por aquí, alarga por allá, desecha esta palabra, escoge aquel vocablo, redondea este terceto y ajusta aquella rima, salieron, burla burlando, otros catorce versos, que, enlazados y yuxtapuestos, decían de este modo:

ANALOGÍAS

Bajo el velo del mar la concha crece
en lecho profundísimo de cieno,
y tosca y sin color, lleva en su seno
la perla donde el iris resplandece.
A ella mi ser en todo se parece;
tosco es el vaso y de durezas lleno,
pero en su fondo plácido y sereno
el bien germina y la pasión florece.
También dentro de mí llevo la perla,
y fe tejida con laurel y palma,
y sagrario de amor donde esconderla.
Donde llevo la luz, reina la calma;
su pureza te brindo, y, para verla,
asómate á los senos de mi alma.

No parecía sino que Mercedes se iba á asomar al pozo. No hace falta decir que me disgustó la poesía; no estaba mal de idea, pero la forma era un empedrado.

Como vi que no entraba nadie en la cocina que pudiera cogerme la vez, apliqué de nuevo la pluma al papel y surgió de improviso este otro soneto:

Diera la humana vida y la futura
que Dios reserva al místico creyente,
por dejar con mis labios en tu frente
un reguero de besos y ternura.

Tu desdeñosa y clásica hermosura
resbala por mis sueños y mi mente,
siempre gallarda y siempre indiferente,
é insensible al afán que me procura.
Calma el ansia de amor con que deliro;
me hable una vez tu labio lisonjero,
ténme piedad cuando por ti suspiro.
Borra de ti lo esquivo y altanero,
que más te quiero cuanto más te miro,
y más te miro cuanto más te quiero.

No pasaría Mercedes de oir el primer cuarteto, que no era poco oir. La lira, estaba visto, se me había vuelto guitarro entre los dedos. Qué poca discreción, qué poca mesura, qué manera tan arriesgada de iniciarme en asunto tan escabroso. Aquello más bien era un trabucazo de rimas con el arpa, que una poesía galante.

Luego, el final era una repetición de otro soneto mío, y se me podría decir que si había aprendido en viernes la canción.

Vuelta á las andadas, vuelta á hacer brotar chispas de la pluma. Afortunadamente los sonetos salían ellos solos, sin necesidad de esfuerzo alguno.

La cocina seguía desierta, esto es, conte-

niendo sólo á Mercedes; y mientras así fuera, yo no deponía mi afán de encontrar el soneto que deseaba.

Fué el que afluyó de nuevo á las cuartillas el siguiente:

Como espera en la cuerda la harmonía
la hábil mano que pasa resbalando,
el amor en mi ser está esperando
una sola mirada que sonría.
Cual tallado cristal mi fantasía
tu imagen idëal copia temblando,
y mi espíritu pasa iluminando,
orlada de risueña pöesía.
Niño soy que, la luz reproduciendo
en el cristal donde se quiebra viva,
con ojos de placer la va siguiendo.
Tu imagen es la luz que me cautiva;
y aunque en miles de partes la estoy viendo,
¡en ninguna se muestra compasiva!

Lo cual no era cierto; porque ¿de dónde sacaba yo si Mercedes me había visto una sola vez, y ésa más bien mostróse risueña conmigo, que no había de ser compasiva? La multiplicidad de la imagen, reproduciéndose y temblan-
en todos los puntos del cerebro; la amplia-

ción infinita — augusta y gigantesca cola de pavo real que reproduce el mismo motivo, el mismo *ojo irisado* en cada pluma — no había salido mal. Yo debía hacer ver, y lo conseguí en el soneto, que mi espíritu enamorado veía á Mercedes en todas partes, donde quiera que giraba la vista; pero, aparte de esto, la poesía no se ajustaba del todo á mi deseo. Era necesario decirle que la quería con toda mi alma y con millares de almas que tuviese. Esto me trajo á la imaginación las conocidas *mónadas* del filósofo, y escribí sospechando que había de dar con lo que buscaba:

CONCERTANTE

Dejó la tesis inmortal escrita
un insigne filósofo cristiano,
de que en cada sutil átomo humano
hay un alma que siente y que palpita.
Si una en cada molécula se agita
como el vivo destello en el gusano,
alumbra al cuerpo deleznable y vano
una escala de luces infinita.
Pues las almas reflejo de su esencia
que Dios puso en mi ser como tesoro
y estrellas que iluminen mi conciencia,

su voz uniendo en exaltado coro,
cantan himno de amor á tu presencia,
y dicen todas á la vez «¡te adoro!»

A mi juicio, di con la forma completa que perseguía.

Sólo me restaba leer el soneto á la trianera, y en seguida recitarle el del brindis con la copa en la mano.

Como en la composición última había bastante que reflexionar, varié de idea en el plan de declaración. Era mejor que ella la leyese y se hiciera bien cargo de que jamás poeta alguno había dado un grito de amor tan sublime, tan inmenso.

Tracé en un pliego los dos sonetos elegidos los metí en un sobre, en el que puse con letra grande y clara el nombre de Mercedes, me vestí con apresuramiento, y saliendo, después de tantas horas de prisión, á la cocina, dije:

— Ahí queda el servicio del almuerzo y además una carta que he traído de Madrid para usted.

— ¿De Madri?

— Sí; y como me iré pronto, desearía que me ‹›e usted contestación.

—¿Ez uzté quizáz el payo de la carta?

Dejando á Mercedes tiempo bastante para leerla, salí fuera del cortijo, vi que el día se mostraba ya completamente despejado, y me interné en plena naturaleza.





XV

FONDO DEL CUADRO

En plena naturaleza me interné, y asombróme el espectáculo que ofrecía, porque no esperaba yo que estuviese tan adelantada la primavera.

Lo que en tierras del Norte se verifica por evolución, con trabajosa lentitud, con pobreza de fuego y falta de vida, en el Mediodía sucede por explosión; y no hay pluma, por brillante que sea, que reproduzca lo luminoso de un paisaje andaluz.

Desde Tácito, que sería el menos hábil para hacerlo, hasta el más deslumbrador estilista, tendrían que romper su pluma al tocar las diicultades de la empresa.

Pues si tan diestros manejadores del habla escrita habrían de sucumbir ante esas dificultades, ¿qué me sucedería á mí, falto del color necesario, indigente en recursos de estilo, sin caudal ni vena en la fantasía, exprimido de jugo poético y lego en los maravillosos secretos de la forma?

Para no cegar con aquel panorama que surgió ante mis ojos, como Elías cubrió los suyos, yo cerré los míos durante algunos momentos. No recibieron, aunque en distinto sentido, mayor asombro los príncipes de Judá al ver volar la espada de Sesac por las plazas de Jerusalén.

Tierra de los que viven llama la Escritura al Paraíso; pero mejor podría darse este nombre á aquel cuadro sublime, á aquel espectáculo que se ofrecía en las puntas de los montes, escenario grandioso de este libro.

¿Qué eran en aquel telón gigantesco las míseras figuras humanas? ¿Qué eran sus diálogos alegres, sus gritos de fiesta y de júbilo ante el estruendo del mar lejano que se desbarataba contra las rocas balbuciendo su lenguaje eterno, declamando su poesía atronadora y sublime?

Pueblos de olas corrían por la llanura á tomar por asalto las montañas. Agolpábanse amotinadas con sacudidas tremendas, que indicaban no haberse desvanecido aún el temporal; y como si fuesen fuerzas inteligentes, echaban escalas á las rocas, las cubrían con sus cuerpos, elevábanse esforzando la titánica musculatura y caían mordiendo de rabia la arena. Hacían espantosa retirada chupando guijas y conchas como en una colosal aspiración, y otra vez venía el ejército con mayores bríos, con empuje más soberbio á dar nueva acometida á los peñascos, que rechazaban con violencia las espumas.

Aquel golpear incesante, aquellas moles sin freno, recordaban, al tomar posturas violentas, contracciones de Polifemo, rey de la fuerza, y hacían pensar si tanto *músculo* en tensión, si tanta *flexión* vigorosa, si tanta materia bullente, serán acaso fuerzas que luchan por tener vida futura en organismos perfectos, gérmenes de seres que se esfuerzan y despedazan retorciendo brazos informes, testas que ambicionan coronas y se las ciñen de espumas, ..nas que trabajan por afianzar la planta y



erguirse, torsos que piden un corazón para encerrar la sublimidad y el amor.

Acaso las nereidas de la fantasía griega, el espíritu del mar, la sirena que canta por las noches cuando baña al mar apacible la luna, los contornos de mujer que han visto los poetas, sean seres en formación, no bastante perfectos para poder dejar el elemento en que viven.

Incitado por la aspiración del alma hacia infinitos aún no descubiertos por la razón del hombre, iba ya á sumirme en esas reflexiones que tanto me han hecho pensar sobre la existencia del alma de las cosas, cuando me apeó del burro una racha de viento que me dejó monda y lironda la cabeza.

La vista entonces voló á otros límites del cuadro. Del mar fué á perderse en crestas inaccesibles, especie de atalayas que vigilan los valles y dominan el mar, los ríos, toda la red arterial del anchuroso plano del contorno. De una garganta que hacían dos crestas al partirse para proclamarse cimas homólogas fluía, aborbotonándose en colosal ebullición, un torrente. El salto dibujaba una comba de agua

en el aire de un atrevimiento pasmoso; aquello parecía el arco de triunfo de la naturaleza. La maravilla flotante, vestida á lo largo con túnicas de iris, ondeaba con movimiento augusto, con medroso y aterrador bamboleo, hasta chocar en más bajos niveles, donde se pulverizaba y producía al choque valiente una flora de luz y de espumas.

Luego dividíase en amplios ramales que bajaban rebotando á los valles, refunfuñando todavía con el rencor de la caída, y tornaban á unirse en las hondonadas juntando las dispersas corrientes.

Por todos lados, menos por el que daba vista al mar, subía un erizamiento de crestas, monumentos que la Geología eleva á través de las capas de tierra, elefantinos en su aspecto deforme, y que hacen soñar con razas perdidas como la del megaterio. Esos monumentos han presenciado todas las evoluciones de la Tierra; en su costra se han estrellado todos los vientos, en su cimera han descansado las águilas, el rayo ha arrancado duras escamas de sus bloques. El lineamiento que corre por sus super-
ies es una audaz fantasía geométrica, don-

de lo inusitado avasalla á la lógica y lo sorprendente sacude nuestra razón.

Bocetos de batallas, monstruos diversos, àves extrañas, ha esculpido, no se sabe qué mano, en sus piedras. ¿Será esa vida inmóvil, será ese mundo fragmentario parecido al de la materia incesante del mar, y también por evolución irán elaborando los siglos organismos que habrán de reaparecer á la vida? Si después de la dispersión de los átomos de un cuerpo las moléculas vuelven á reunirse á través del tiempo, y coinciden y tornan á vibrar en la misma forma que tuvieron, acaso sean esas esbozadas figuras que vemos en el mundo físico cuerpos que irán atravesando por infinitas escalas y pasando por numerosas evoluciones, del agua á la piedra, del mineral á la planta, para adquirir de nuevo vida real y ser lo que antes fueron, seres con instinto é inteligencia.

La atracción y repulsión de cuerpos y substancias no deben de ser otra cosa que odio ó amor de caracteres, que en lo material inanimado viven y laten durante períodos de formación, y de ahí los lazos de amistad ó las discordias que se observan entre materias que se

arrojan dentro del crisol químico. Se resisten á la fusión dos substancias, y quién sabe si son dos caracteres en embrión que se repelen porque, cuando sus átomos pertenecieron á seres con vida, se odiaron de igual modo. En cambio caerán en el tubo cristalino dos cuerpos que se amaron, substancias que pertenecieron á enamorados, y los agravios de una vida anterior se resolverán en una fusión de lágrimas, en un bello tono de color. ¡Oh, si pudiera oirse entonces hablar á aquellas moléculas que se quisieron en otra vida, y que vienen á reconocerse y á unirse después de la muerte dentro del tubo de cristal que sostiene entre sus dedos el químico!

Creedme: todo es una caótica germinación de seres, y las leyes de atracción y gravedad de que os hablan los sabios no son sino cariño, amor de unas cosas á otras, anhelo infinito de abrazarse, aspiración eterna de fundirse en el beso á que tiende cuanto hay en lo creado.

Envuelta con la atmósfera que nos rodea debe de haber otra intelectual y de amor; nada es inconsciente, y en todo existe alma, espíritu que raciocina y siente.

Después de arrojar estas transcendentalísimas ideas á aquellas soledades, y de haber quedado huecamente convencido de que mi intuición profética había monologado algo gordo para lo por venir, di varios brincos y zapatetas por las rocas, y anduve un buen trozo por veredas y cortes inverosímiles hasta colocarme en sitio desde donde descubrí una faz deslumbradora del paisaje.

Pedí al cielo un oído por cada poro de mi cuerpo y una retina por cada átomo que forma mi materia para poder abarcar tan soberana hermosura; y en vista de que no tenía más que dos órganos de audición y dos para la visión, mezquinamente me puse á pagar mi tributo á aquel cuadro soberano y magnífico.

Dios derramaba su inmensa liberalidad por todas partes, y déjabase ver en tanta diversidad de cosas como solicitaban la atención y el entusiasmo.

La naturaleza, grande en su anchura, variada en sus seres y plantas, suave en su misterio, primorosa en su materia, enseñaba su encanto por do quiera y la saludable alegría de su gracia.

Plenitud de luz y muchedumbre de paz, por decirlo á lo místico, llenaban de un augusto sosiego los campos.

Mi vista se extendió por los romeros susurrantes de abejas é insectos, con más dulces ruidos que aromas; cayó sobre lirios silvestres y *espuelas* de fuego, que bordeaban las piedras abruptas; recorrió la inmensa mancha de flores de jara, teñidas en su blanco cáliz con las gotas de color de púrpura; se meció en los hilos de agua que bajaban susurrando oraciones á Mayo por las peñas; se enredó en los zarzales ariscos, que siempre recuerdan con sus espinas la corona de Cristo, y subió por todos los escalones de la sierra como quien sube la gradería de un altar sagrado. Aquello era un templo colosal y sublime.

Los monstruos de piedra, los cortes atrevidos de los barrancos, hacían amable su bravura, ciñéndose de guirnaldas salvajes y de plantas de una forma extraña y exótica.

Y todo aquello lo bañaba un sol glorioso, que dejaba tendida á su paso como un brillante reguero la primavera. Los átomos de luz inun- ban de una polvareda de oro la atmósfera, y

hacían *humear* el rocío que la pasada lluvia había colgado en las flores.

Ascendí luego á una de aquellas altivas crestas, dominadora de tantas maravillas, y, arrodillado ante lo inmenso, me puse á alabar á Dios, cantando, más que recitando, estrofas divinas de poeta.

A uno de los versos creí que respondía una voz humana. El sobresalto dejó roto entre mis labios un hemistiquio. Apliqué el oído, y fué una voz de hombre la que oí, la voz de un hombre que lloraba.





XVI

SOBRE EL ABISMO

¡Un hombre en semejante sitio, en una cresta brava casi inaccesible, y llorando! ¡Cosa más extraordinaria!... Me acordé de la copla que dice:

> **¿A quién le contaré yo**
> **Lo que á mí me está pasando?**
> **¡Se lo contaré á la tierra**
> **Cuando me estén enterrando!**

En seguida agucé el oído, y me propuse ver si reconocía al hombre por la voz. El interés humano había destruído en mí el interés de la naturaleza.

¿Quién podría ser aquella persona? ¿Por qué lloraba en tal sitio? ¿Tan desposeída de

almas amigas estaba que tenía que irse á la cresta de un monte á llorar?... Vínoseme á las mientes otra copla favorita del pueblo:

Cuando un hombre que es muy hombre
Sus lágrimas deja ver,
En lo profundo del alma
¡Qué pena debe tener!

Y también recordé este cantar:

Al campo me salí un día
A llorar mi sentimiento;
No hay quien sufra más que yo
Ni que dé menos tormento.

Y este otro:

¡Qué triste está el mar de noche!
¡Qué triste cuando no hay luna!
Pero más triste está un alma
sin esperanza ninguna.

Una misericordia infinita se apoderó de mi alma al oir los suspiros de aquel solitario, que, quizás á falta de un pecho humano á quien decir sus dolores, venía á contarle sus cuitas á la madre tierra.

La compasión se desgasta con el progreso de la inteligencia, más ávida de ver lo que ocurre en el fondo de un crisol que de observar lo que sucede en un corazón desdichado.

Con gran alegría de mi parte noté que no tuve que llamar en mi auxilio á la caridad, porque acudió ella sola con tal fuerza, que anuló todas las demás facultades de mi espíritu. Era necesario buscar á toda prisa al que derramaba aquel llanto.

No pude reconocerle por la simple audición. La voz, cuando canta ó cuando llora, se desfigura; más aún cuando canta.

Hice mi resolución de bajar de la cresta y escudriñar los matorrales hasta dar con el desventurado. Acaso estaría muriéndose; acaso era católico y necesitaría de un confesor... Yo, respetador de toda creencia, hubiera sido capaz de recoger sus pecados y transmitírselos á un sacerdote diciéndole: "Le perdoné en nombre de Dios; impóngaseme á mí la penitencia.„ Y la hubiese cumplido aunque yo no fuera católico.

Los que al oir llorar sientan lo que yo siento, un afán infinito de dar la vida por quien llora, comprenderán la exaltación de mi alma y los lances extremos que la imaginación me fingía.

Si aquello era una broma que se me prepa-

raba por la gente del cortijo, el chasco había sido de efecto. Pero ¿y si no se trataba de broma, sino que, al contrario, era cosa muy seria? Vino en refuerzo de esta creencia la reflexión de que ni en el teatro se imita tan bien el lloro. Aquellos lamentos salían de un corazón dolorido, llagado por algún revés de la vida.

Yo he oído llorar á los padres en las aldeas cuando, envueltos en sudario de jazmines, se llevan á sus niños muertos; y un dolor tan sincero, tan hondo, tan lleno de amargura como el de esos padres, era el del hombre que vertía sus lágrimas en la soledad. No se trataba, pues, de un engaño.

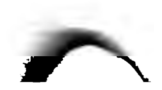
Intenté incorporarme en la punta de la cresta, y no necesité mucho para convencerme de que no era cosa tan fácil la bajada.

A una altura física, al revés de lo que ocurre con las alturas de la inteligencia, es relativamente fácil subir. En la ascensión á la primera, una rama que salga á nuestro paso se aparta; una piedra que obstruya el camino, se bordea; la maleza que ponga velo á nuestros ojos, se rompe. En la pendiente que lleva á las glo-

riosas cimas humanas, no se aparta á un malvado como se aparta una piedra; no se bordea un enemigo como se bordea un escollo; no se rompen las tramas de la envidia como se rompe la maleza. En una de las subidas se deja la marca del pie, en la otra se dejan las huellas del alma. Pero hay espíritus que tienden á la ascensión, y ésos salvan todos los obstáculos, y hasta gozan en que les salgan al paso por gustar el triunfo de vencerlos.

Lejos de estas apologías, que entonces no tuve tiempo de hacer, lo que sentí fué un recelo que, detenidamente analizado, pudiera confundirse con el miedo. Miré á un lado y otro buscando punto á que agarrarme; intenté diversas posturas; quise deslizarme por un plano violento que no presentaba más tropiezos en la superficie que las granulaciones del granito; y, por último, en postura de sapo me puse á volver del revés, con la imaginación, el apólogo antes escrito, ó sea á pensar que de una cima intelectual puede bajarse con presteza, pero de una altura física no es cosa tan realizable descender.

rpes mis movimientos como los del galá-



pago, apenas me atrevía á mover mano ni pie.

¡Y yo era quien iba á acudir en auxilio de otra persona! ¡Yo era el valeroso, el compasivo, el andante caballero que iba á enjugar el llanto de quien lo derramaba!... Casi estuve tentado de gritar: ¡auxilio, socorro!

Me guardé muy bien de hacerlo; pero la idea me excitó, en medio de aquel peligro, á la risa. Yo, que estaba convertido en torpe gusano, me hallaba dispuesto hasta á la transfusión de la sangre en beneficio de quien estaría seguramente en condiciones de darme á mí una poca, porque el miedo había hecho huir la mía de mis venas.

¡Valiente héroe de aventura! Hubiera dado por una soga para bajar, todo el dinero del mundo.

¡Mi ideal pendiente de una soga!

Este sí que era un ideal *ahorcado*.

Entre otras cosas porque, como dijo acaso el más natural de nuestros poetas, Larmig, de la Madre de Cristo,

> «¡Cuál padece la Madre desolada,
> sin clavos y sin cruz crucificada!»

yo estaba también en el mayor de los martirios, aunque fuera sin clavos y sin cruz.

Suspiraba en estos trasijos y sudores, cuando un incidente repentino me heló el fuego de la vida en las arterias.

Ocasionó esta emoción la fiera huída de un bulto enorme que salió de una de las grietas de la roca; era un cuerpo parduzco, áspero, plumoso, que, echando su peso en el espacio, abrió dos alas enormes, y después de trazar una comba en el aire, subió por una espiral inmensa á cernerse á una altura prodigiosa.

La salida del águila hizo primero redoblar mi corazón con golpes violentos, y dejóme después exánime, frío, sin espíritu en que apoyar la razón.

Por lo visto había estado sobre la guarida del ave sin sospecharlo siquiera.

A poco, cuando ya no podian más resistir mis manos, cansadas de sostener mi cuerpo sobre el precipicio, vi unirse allá arriba con el águila otras dos, y juntas empezar á descender sobre la cresta.

Me dió muy mal agüero aquella junta de pajarracos, y sospeché si iría yo á ser comido de

ellos, imposibilitado como me hallaba para defenderme.

Comprendí entonces las torturas de Prometeo, y hasta creí que ya me desgarraban las entrañas clavando sus uñas y sus corvos picos en ellas.

Con los pies colgando tanteé el corte de las rocas, á ver si encontraba una piedra saliente. No tropecé con apoyo alguno.

Las águilas bajaban inclinando á tierra sus cuellos con un ansia voraz.

Sentí más aún el terror. Mi cara debía de ser la de un espectro. Mi materia adelgazaba por instantes sometida á aquella lucha imposible. No me quedaba más remedio que dejarme caer al abismo ó entregarme al furor de aquellos enemigos.

Las águilas bajaban y bajaban. Yo ya no discurría; la emoción, cuando es excesiva, anula por completo el discurso. Intenté pedir auxilio, socorro, y mis glándulas no tenían secreción; mi lengua estaba áspera y seca.

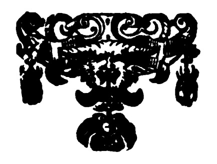
Tan horrible era el momento, que, con deseos de arrojarme, miré abajo á ver qué distancia separaba mi cuerpo del fondo. Lo que

vi allá en la sima, fué un lecho profundo erizado de rocas afiladas.

De pronto sentí como el golpe de aire de un abanico gigantesco que llegaba á mi rostro, y oí una bronca y aterradora vibración de alas.

Me quedé helado, rígido, hecho un muerto flotante.

Entonces me resigné á dar el salto tremendo; volví á mirar al fondo; separé una mano de la roca, y con la otra quedé colgando sobre el abismo.





XVII

ENTRE CAVERNAS

En tan arriesgada situación, entre dos muertes igualmente ciertas, la del abismo impasible y la que me darían las aves, mi vista, por hallarse más inclinada hacia abajo, descubrió una ancha grieta á dos varas de mis pies, y sin vacilar me entregué á la ley de gravedad. que fué atracción amorosa, porque me puso á salvo del peligro. Di varias vueltas en la caída, y, trémulo, epiléptico de emoción, fuí á dar en un rellano que había en el fondo de la grieta. Miré, y me cercaba una serie de bóvedas, un laberinto de columnas y arcadas. Seguramente aquel deforme templo no lo habían vis-

to hasta entonces más que la luz del sol y las águilas.

Estas se habían quedado revoloteando en la cima, y yo me vi libre de sus garras.

Libre, pero habitador de un mundo fantástico, incomprensible, donde lo terrorífico hacía debilitarse la razón.

¡Qué iba á ser de mí!... ¿Por dónde saldría?... ¿Hacia qué lado darían las puertas de aquellas cavernas sombrías?...

Un ambiente helado rodeó mi atormentada cabeza, un hálito que salía de aquellas obscuridades medrosas.

El vate florentino vióse en una selva obscura, poblada de maleza y sin derroteros conocidos; pero yo me hallé en un bosque de piedra con filos más ásperos que las ramas. No vi pantera alguna, pero penetró en mi cerebro la idea de que aquéllas bien podían ser guaridas de lobos ó de alimañas por el estilo.

A mi pesar traje á la memoria el canto XI de la odisea en que Ulises baja á la morada de Plutón, y del cual seguramente tomó Dante motivo para su infierno.

No me faltaba más que ver salir á los conde-

nados al dolor eterno soportando sus tremendos castigos.

Y todo aquel berengenal me lo había buscado yo mismo por haber querido poner el pie en el pico más alto del contorno. ¡Bien pagaba mi audacia desmedida! ¡Si al menos tuviera algún Virgilio que me guiara á través de aquellos *círculos* de piedra! Pero sólo yo tendría que desenredar la madeja en la cual por mi gusto me había enmarañado.

Recordé á la compasiva Ariadna, que dejaba á Teseo señales por donde pudiese salir del laberinto. Yo no tenía, ni mentor, ni disfrazada diosa helénica, ni nadie que hiciera luz en mi camino. Ni siquiera mi cerebro se hallaba dispuesto á prestarla.

Me senté unos minutos antes de decidirme á sondar aquellas tinieblas.

Un algarrobo nacido entre pedruscos, había logrado hacer una contracción de fuerza y asomarse á una boca deforme desde donde se veía el sol radiante. El amor á la luz de todo lo nacido había dado rumbo á su crecimiento, á su robusta fisiología vegetal, y aquel recio gigan-
-- había adoptado fealdades de Cuasimodo

por sentir el beso de la luz en su cabellera bronca y salvaje.

Este misterioso amor de lo inanimado me hizo meditar unos momentos, y desvió mi imaginación del peligro en que me hallaba.

Pero al instante volví á la horrible pesadilla porque atravesaba despierto.

¿Si serían aquellos antros profundos los palacios de los duendes, y en una de las grutas estarían los escobones de las brujas, especie de corceles con que cruzan el aire, y en otra cueva estarían como en peguntosa rebotica los untos, y más allá los filtros y recetas con que esa clase de seres hace sus maleficios? Una noche pasada en aquellos sitios sería una noche de Valpurgis. En el propio riñón de una sierra andaluza, auxiliado por la imaginación, yo me creí en un monte de Alemania, que parece ser el reino de eso de la brujería.

Lo que puedo asegurar es que, aunque se tenga un cerebro forjado al golpe del martillo de la ciencia positivista moderna, enfrente de lo desconocido, de lo fantástico, el cerebro vacila, y á pesar de su cúmulo de negaciones deducidas en presencia del crisol, del cálculo, del

microscopio, la superstición toma por asalto la cabeza, y en la masa cortical y en todo el cerebro no vibra más idea que la de que son ciertos el cuento y la leyenda. Dos por dos no son cuatro en esos momentos; son lo que quiere que sea la fantasía.

Como no había yo de echar raíces entre aquellos peñones, me hice de todo el valor que pude, y al propósito de hallar puerta de salida me hundí en aquellas obscuridades.

Con las manos iba palpando bocas de cavernas. A veces detenía mi cuerpo una columna, y entonces la rodeaba dejándola atrás como un centinela de la sombra.

Cuando hube andado unos cincuenta pasos, se hizo imposible dar uno más si no se iluminaba mi camino. Este, según puedo dar crédito deduciéndolo de esa extraña *vista del tacto* que va derramada por todo nuestro cuerpo, era una tubería interminable con grutas á ambos lados, que yo tocaba muerto de miedo y de terror. Me registré los bolsillos á ver si daba con algunos fósforos desparramados. No hallé ni uno solo. Volví atrás la mirada, y allá, al tremo de la tubería que lejos había dejado,

vi un claro luminoso, un círculo que tenía el cielo por fondo. Debía de estar ya el sol bien alto, porque una nubecilla que pasó sobre aquel fondo azul irradió como herida casi en línea recta por el astro.

Dudando estaba si torcer el rumbo por uno de aquellos cruceros, ó si seguir la línea que pisaba, cuando creí que llegaba á mi oído la misma voz que gemía. Aquel eco fué mi brújula en medio de mi marcha á través de las tinieblas.

Anduve otro largo trecho con una afinación de oído extraordinaria; y ya que oía más cerca la voz, tropecé con un muro húmedo que me cerraba el paso. Retiré los dedos del contacto frío como si los apartara de la piel repugnante y viscosa de un anfibio.

La posibilidad de que pudiera ser un monstruo dañino hizo correr una ráfaga de miedo helado por mis nervios, y puso de punta todo el vello de mi piel. La camisa se quedó á dos dedos de mí, y experimenté la sensación del agua fría.

Muy cerca escuché también algo así como estrépito de una corriente; pero aquello era

más bien adivinado que oído; era al modo de un *presentimiento* de la audición.

Visto que por allí no tenía esperanza de llegar al exterior del monte, me disponía á tomar otro derrotero, cuando una hebra dorada, un hilo luminoso, penetró á lo largo de la tubería, y fué á dar, como término de su viaje, en mi rostro. El sol aparecía sobre el fondo azul, y tendió uno de sus rayos en mi camino.

Era necesario aprovechar aquellos momentos de luz. Me interné por cruceros y por bóvedas, tomando siempre como punto central el resplandor; registré cuevas y cuevas, siempre caminando del lado de donde venía la voz, y di, por último, vista á una tronera que recibía la claridad de la otra parte del monte.

Me estremeció una sacudida de júbilo. Corrí hacia aquella claridad, pareciéndome que venían tras de mí todas las brujas y todos los duendes de aquellos antros; precipité los pasos como si huyera de la muerte, y en la cueva cuya boca era la tronera vi sentada una figura humana, que era la de los suspiros.

Me acerqué con precaución, inspeccioné la dura de la persona, y mi asombro subió

de todo punto cuando la reconocí: el hombre que desahogaba, llorando, sus penas, era *Jaraga.*





XVIII

LA CUEVA DE JEREMÍAS

Jaraga mismo, sí, *Jaraga* en persona. Al avanzar hacia él por medio de aquellas arcadas,—no sin gran sorpresa de parte de Francisco, pues no esperaba que en tan recóndito sitio fuese nadie á turbar sus lamentaciones—la disposición del lugar y los trenos de amoroso dolor que exalaba el desgraciado, trajéronme á la memoria la sagrada cueva donde Jeremías pulsó el arpa santa llorando la ruina de Jerusalén.

Saliendo de la ciudad eterna por la puerta de Damasco, y caminando algunos minutos hacia Oriente, vése á la izquierda la histórica uta en un paraje elevado, y en ella reina el

silencio sepulcral que se advierte en todos los lugares de Palestina.

Un creyente de Mahoma, un santón que impone á su espíritu severa penitencia, está á la custodia de aquel tosco templo, que la tradición conserva á través de los siglos.

En el cercado que defiende la gruta, un ciprés da sombra á tres tumbas de piedra que guardan los restos de otros tantos santones que allí hicieron también penitencia.

Una higuera y dos olivos completan la vegetación de aquel sombrío lugar, donde aún parece oirse la voz del Profeta diciendo entre gritos gigantes de dolor:

"¿Cómo está sola y abandonada la ciudad antes tan populosa? *Quomodo sedet sola civitas plena populo?*"

El arrullo de las palomas silvestres turba solamente el sosiego de aquel sitio de pena, pena que se extiende á toda Tierra Santa, igual sobre los muros de Jerusalén que sobre el huerto de las Olivas y sobre el Mar Muerto, tan bien descrito por el poeta sagrado y suicida cuando dijo:

....la amarillenta,
La Muerta Mar por el Oriente asoma.

....
Y si un ave atrevida
Sobre él las alas tiende,
Párase, vuelve atrás, desvanecida
En revuelta espiral rauda desciende,
Y en el callado mar flota sin vida.

Un sosiego semejante al que llena el viejo escenario donde se verificó la tragedia de Cristo reinaba en la gruta donde Francisco daba rienda suelta á sus lágrimas.

No tenía entre sus manos la lira, como el Profeta, sino que empuñaba el arma con que cazaba las perdices; y quien había entrevisto en Mercedes su Jerusalén, su gloria, su dicha, lloraba la ruina de su amor, que él creía cierta y segura.

Quiso repararse al verme llegar, y hasta montó el gatillo y apercibióse en defensa de quien por tan inopinada dirección hacía asequible su presencia; pero me reconoció al punto, y dijo en tono chancero, tratando de sonreir:

—En na ha eztao que no le dé guzto al deo; ¿e uzté tamién vení á eztoz andurriale?

—Me dió el acuerdo de subir, y en nada ha estado también que no pudiera yo salir de tanto vericueto. Pero me alegro, y llevo con paciencia los apuros que he pasado, con tal de... de que yo pueda consolar á usted en algo, Francisco,—me atreví á decir, de veras condolido de aquel hombre.

Quiso hacer *Jaraga* un esfuerzo sobre sí y aparecer sereno, como quien dice: "¿Y de dónde ha sacado usted que yo estoy desconsolado?„ Pero la expresión de franca sinceridad con que le hablé, y el conocer él que yo había escuchado su llanto, trajeron un nuevo enternecimiento á su pecho, y no contestó, sino que agachó en silencio la cabeza y permaneció en inmóvil actitud.

—Todos los hombres tenemos penas alguna vez, Francisco, y buscamos un pecho amigo que las consuele. Llorar es una de las cosas más grandes que se pueden hacer. No todos los corazones tienen bastante sentimiento para llorar; sólo las almas secas de amor y de fe son las impasibles. De esas almas líbrenos Dios en esta vida.

—Ezo debía haberme pazáo á mí, habérze-

me zecáo loz ojoz y el alma antez e ver lo que he vizto.

—Engañan las apariencias, y á veces cree uno haber visto negro, y ha visto blanco.

—Pero cuando za vizto, y aemáz za ezcucháo, me paje á mí que poco engaño pué cabé. ¡No ez mala culebra la que me za liao al cuerpo! ¡Y que yo haiga vivío engañáo! ¡y que yo haiga creío en laz palabraz! Le azeguro á uzté que viá jazé una temeriá.

—Se guardará usted muy bien de hacer cosa alguna que desdiga de un hombre como usted. Carrera que no da el galgo, en el cuerpo la lleva; y usted, lástimele lo que le lastime, no debe comportarse de un modo inconveniente y dar qué decir á nadie.

—Lo que me laztima, uzté lo zabe lo mezmo que yo. ¿Le paje á uzté que no oí anoche la convejación que tuvo uzté con el zeñorito, con D. Leopordo, al ir á acoztarze? Po zi *ella* no hubiá dáo motivo, ¿cree uzté que ze iban á atrevé á zemejante coza ezoz hombrez?

No pude hacerme de nuevas en lo que Francisco decía, porque, efectivamente, había escu-ado él nuestra conversación la noche antes;

y aprovechando la fácil coyuntura que se me ofrecía para ponernos de acuerdo en lo de los resquemores de Francisco, añadí:

— Usted deje el agua correr, que más sabe el tiempo que uno, y á veces la más larga soga de penas se deslía ella sola cuando llegamos á ver la verdad.

— La verdá ez, zeñorito, que yo he vizto que eza mujé la dao cita á un hombre, como uzté también lo habrá vizto, zi ez que ha eztáo pueztо al acecho, y la mujé que da cita al primero que yega no ez mujé de zu caza, ni honrá.

—¿Y si la cita... ha sido en falso?

— Lo mezmo pué zé falza que cierta; maz me paje á mí que zea cierta, máz que zean maldáez encubiertaz por laz paerez de la hiproquezía.

— No me atrevería yo á decir otro tanto; de la palabra más ociosa que hable el hombre tiene que dar cuenta á Dios, y no está bien que una persona como usted se vaya, sin razón, del seguro.

— Tóo ezo zerá cierto cuando uzté lo dice; pero ez deztinto ve laz cozaz por fuera á eztar drento; zólo el que cruza la ma pué contá bien

zus peligroz, y yo la zeguro á uzté, zeñorito, que loz golpez dan con mucha juerza aquí entro.

—Para contenerlos sirve un pecho firme y fuerte. No resulte que esa mujer sea pura y santa como la luz del cielo, y usted, por una figuración, la esté maltratando de palabra; no hay movimiento desordenado en la conciencia, por leve que sea, que no repercuta en Dios.

—Yo no zé de ezaz finuraz, porque zoy un jauto y no zé e pruma ni e letra; pero voy máz erecho al azunto, y el azunto no pué pará en bien. ¡Una mujé á quien tanto he querío; en quien he tenío puezta tóa mi voluntá; por quien he agenciao lo máz ó lo meno pa no ir con loz brazoz zoloz cuando noz cazáramoz; una mujé que mabía dáo palabra de uninoz ezte zábao e gloria en matrimonio y que moz hubiá apadrináo el zeñorito, y con la intención jecha y tóo combinao de rezpetive, me da ezte pago!...

Un nuevo ahogo de pena reanudó el llanto en sus ojos, que corrió en silencio y sin gemidos por los tostados surcos del rostro.

A mi vez tuve que agotar un esfuerzo para hacer dúo á los trenos del enamorado.

La conciencia me acusaba de haber escrito una carta dirigida á Mercedes. Yo había sido tan ligero de cascos como la demás gente del cortijo; y al ver las consecuencias que traía consigo una broma, quise devolver al diccionario las palabras de aquella carta, y que su huída evaporase las ideas que yo había expresado en los sonetos. Aun estaba á tiempo de recogerla si Mercedes no se había decidido á abrirla. Volvería al cortijo cuanto terminase aquella escena.

La cual reanudé en seguida diciendo:

— Día llegará en que sean oídas esas razones á justicia. Si es así lo que usted me dice, me inclino más á creer que Mercedes proyecta una broma, más bien que una venganza, por algo en que usted le haya faltado.

— Zi farta ez queré mucho, éza ez la única farta que he jecho. Bien zabe eya que mi alimento ha zío mirala, y mi zueño penzá en ella. No ze jace ezto con un hombre.

—¿Y si resultara que usted había visto visiones á pesar de lo que ha visto?

—¡De eze taye me viera! Pero la mardá eztá jecha y la puñalá eztá da en zu zitio. A la viz-

ta de uno de ezoz hombrez, que en mala hora vinieron al cortijo, y que tóoz tienen coziaz lazcapaz en el azunto e que ze trata, ma jecho el dezprecio y la dao á él una cita no zé aonde.

—Maravilla será que esa cita no cueste algún ridículo al que la quiso.

—Por rezpetoz á don Leopordo no lo he dejáo zeco de un tiro, y otavía no ez tarde pa eyo. ¡Por vía e María Zantízima!..

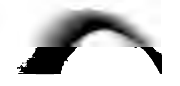
—¡Repárese usted, hombre! Esos arrebatos, sin tener seguridad de que á usted le falta Mercedes, debe rechazarlos un hombre de su temple. ¡Qué no se reirían de usted si lo que prepara su novia no fuera más que una broma en desquite de la que á ella le preparan!

—¡Güena broma la que azín empieza!

Un nutrido repicar de esquilas, unas agudas y otras graves, hirió nuestros oídos al llegar á este punto el diálogo.

Por el seno de un valle, detrás del hombre que las pastoreaba, iban dispersas, mordiendo la punta de la hierba, las ovejas y cabras de un idilio.

Rodeaban las matas de gayombas y rome-
», que esparcían sus aromas en un aire lle-



no de diafanidades y purezas, y subíanse á triscar á las peñas, quedando á veces en raros equilibrios mientras mordían alguna hoja naciente.

Era *tío Juan*, el del cortijo, que apenas fué de día salióse con la piara á los montes. Aquel hombre, habitador de la eterna soledad, iría, como siempre, componiendo su callado monólogo, sosteniendo su conversación interna, no hecha oir á casi nadie en la vida...

Iba con dirección á la casa; y deseando yo llegar pronto á ella para recoger la carta de Mercedes, que ya pesaba en mi alma como una losa de plomo,

— Me voy con él hacia el cortijo,—exclamé, apretando la mano de *Jaraga*.

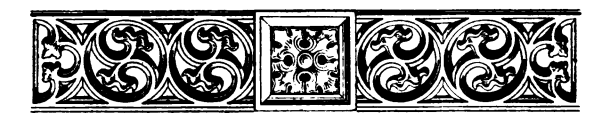
—Por supuesto,— añadí,— que permanecerá usted en la actitud que debe, sin dar un cuarto al pregonero de nada de lo que ocurre en su alma. Yo le suplico á usted que lo haga, y por ser la primera cosa que le pido...

Bajó Francisco, sin contestar, la cabeza, pero revelando en su rostro que haría lo que deseaba, y dejé en su cueva á Jeremías para descender por aquellos barrancos y unirme al

tosquísimo tío Juan, el cual, al expresivo saludo que le dirigí, sacó fuera como un asomo de risa por entre las *grietas* del rostro, y me contestó con este sonido:

—*Huum.*





XIX

LA TRAMA

Cuando me separé del pastor y penetré en el cortijo, la broma estaba en todo su apogeo. La risa tiene su contagio como las epidemias. De ver reir con ganas á una persona, nos reímos sin habernos enterado antes del motivo que provoca la risa; y si de ver reir á los demás llegamos á la excitación nerviosa, ya todo es motivo de alegría. El hecho más insignificante, la observación más pueril, la *mala sombra* á veces, nos dejan traspuestos y como en un deliquio de placer.

La risa artificial, no la que engendra la gracia, nace más generalmente de la continuidad ına broma, de la voluntad y el ingenio em-

peñados en hacer sobrevenir la crisis alegre, del afán que se obstina en producir el estado de ánimo risueño.

En una broma que dure muchas horas, días si es preciso, las carcajadas son mecánicas, los arrebatos de júbilo ficticios; se está sometido á una enfermedad de excitación.

Pues una risa análoga á la que describo reinaba en la casa cuando regresé á ella dispuesto á recoger la misiva que había yo entregado á Mercedes. Aquella hilaridad la habían despertado principalmente las sucesivas declaraciones, ya menos veladas y ocultas, que había ido recibiendo la moza, y las contestaciones de ésta á sus pretendientes. La gitana había agotado los recursos de su lengua expedita y el donaire de sus ocurrencias famosas en contra de aquellos babosos de pretendientes.

Irse por medio de los trigos, echar por la tremenda y declarar la picazón que sentía en su amor propio humillado, en su altivez de hembra ofendida, hubiera sido indigno de mujer de tales bríos. Mucho la envolvían aquellos hombres, dispuestos á *correr el bromazo;* pero ella estiró el pie hasta donde alcanzaba la sá-

bana, y no fué corta en devolver dicho por palabra y sátira por cuchufleta.

Lo que ocurrió, en definitiva, durante mi ausencia, fué que chasqueó á unos cuantos más de los que fueron á ponerle liga para que cayera, y reservó á los mejores, á los más listos, para prepararles una que les sirviera de escarmiento.

Dió á estos últimos la cita deseada,—que ya cada cual se guardó muy bien de descubrir al compañero en la creencia de que quien lo calla lo halla,—y dió esas citas disponiendo el plan de una á modo de representación teatral que se verificaría sin luces, ni público, ni otros testigos de vista que los mismos actores.

Antes de seguir, diré que el cortijo, como acondicionado que estaba para recibir mucha gente, poseía un número extraordinario de cuartos señalados con números correlativos; ocupaban los suyos aquellos que venían de temporada á la casa de campo, y siempre sobraban quince ó veinte habitaciones. Estas fueron las destinadas á las citas, y cuidó Mercedes de elegir todas las que desemboca-[illegible] en un largo corredor adornado por una

serie de quince puertas. Aquel pasillo iba á ser el escenario donde se representaría la comedia.

Citó Mercedes en el cuarto núm. 1, á las doce en punto de la noche, al buen mozo de las guías atusadas, al Mefistófeles que tan ufano había salido de la casa con la esperanza de la prometida entrevista. Sólo que el galanteador no pudo sospechar que para las doce y cinco minutos de la misma noche Mercedes dió también cita en el mismo cuarto á un juez de Sevilla que había entre los cazadores, hombre de una fealdad irreprochable, el cual por fuerza, como no habría una sola luz por aquellos cuartos destinados á las citas, tendría que toparse de manos á boca con el rondador de Margarita, y le estrecharía en sus brazos creyendo que oprimiría entre ellos á su ídolo.

Al cuarto núm. 2 había citado Mercedes, para las doce y media de igual noche, á un recaudador de contribuciones capaz de sacar con *su pico de oro* aceite de una alcuza vacía: tal era su cháchara viva y melosa, que se llevaba de calle al más hostil. Acostumbrado á extraer las asaduras en forma de mone-

das al prójimo, sacar cosa menos difícil era para el comisionado cuestión de coser y cantar, y, por consiguiente, arrancó también á la trianera su cita.

Pero ¡ay! que estaba destinado el funcionario público á recibir á dicha hora en la sombría soledad de la estancia, cinco minutos después de él llegar, no á la arrogantísima mujer tan solicitada de todos, sino á un cura de regular andorga, que de vez en cuando iba á decir misa al oratorio de la casa, y que, encontrándose aquellos días envuelto en la trama que se urdía contra la moza, por condescender, y no por otra cosa ¡Ave María!, también puso los puntos á la real hembra, é invirtió con ella el orden de la confesión, manifestándole que también tenía él su arma en su armario.

El tonsurado señor iba á habérselas, pues, con el charlatán y sacacuartos, es decir, que Mercedes unió bajo la llave del cuarto número 2 al Clero con el Estado bajo la alianza de las enaguas, lazo de concordia y de unión con el que todos estamos conformes, y ante el cual no hay discrepancia de pareceres.

La habitación núm. 3 fué destinada, á la una

de la mañana, por la trianera, para punto de reunión de su persona con un abogado tartamudo, que también se atrevió, entre deglución y tragantada, á decirle que se abrasaba por ella yo no sé en cuántos volcanes de pasión.

Pero la mal intencionada mujer tuvo la pícara ocurrencia de citar á la misma hora, y en el mismo cuarto, á un ganadero reumático que había ido á curarse al cortijo, y que apenas le tocaban á la ropa ponía el grito en el cielo.

No quiero pensar dónde pondría los lamentos cuando el abogado, entre un interminable *pren... pren...da.. da... da... mía*, y tomándolo en la obscuridad por la mozuela, lo cogiera en un abrazo que le hiciera crujir hasta los huesos.

Pues no digamos de la *pareja* que reunió la vengativa gitana en la habitación señalada con el núm. 4. Dió en ella cita para media hora después, ó sea á la una y media de la mañana, á un alcalde de barrio que también figuraba en la partida, hombre de miles y de carácter tan seco como de lámina.

Miraba de través, porque en todo individuo

veía un enemigo que venia á quitarle la vara, y odiaba de muerte, y era su eterna pesadilla, á un cacique del bando opuesto, porque siempre que el Gobierno quitaba la insignia de mando de manos del alcalde, era para ponerla en manos del cacique.

Al cual, como quien coloca á perro y gato bajo el mismo techo, puso Mercedes en la misma habitación de su contrincante, dándole cita cinco minutos después que á su enemigo.

Las rencillas ocultas tras de la más disimulada prudencia, las venganzas contenidas y sordamente preparadas, las frases que estereotipó la ira en el cerebro en momentos de disparada furia, y toda clase de resentimientos, estallarían al verse unidos los dos hombres encerrados en la misma estancia, y se pondrían como chupa de dómine.

Iba á tener que oir aquella desgreñada riña en la obscuridad, aquel cambiarse de remoquetes y de insultos, aquella batalla uña á uña y diente á diente.

Mercedes, en tanto, oiría, descalzándose de risa, la reyerta, y quedaría vengada de los bandos.

Los ardides y tramas de resultado más cómico, la preparación de las más vivas escenas,—que daba ciento y raya á cualquiera la moza lo mismo para ponerse á hacer un barrido que para sacar de sí correa y seguir hasta lo último una broma,—ideó la inexorable gitana, con más agallas que un pez y más sal que se cría en Torrevieja, y dispuso, artista porque sí y porque aquella mujer lo era todo, el chasco más gracioso que cabe en inventiva humana.

Cada media hora daba una cita, y cinco minutos después daba otra á un compañero de aventura, con el fin de que no se tropezaran uno y otro en el camino antes de reconocerse en el mismo cuarto. Así enchiqueró, ó aplazó para enchiquerar, hasta veinte personas, de dos en dos, y no necesitó acorralar á las restantes, porque ya de palabra, á raíz de las declaraciones, les dió su merecido.

Un fin más alto que el del goce de este juego se proponía conseguir Mercedes al chasquear á gente de tan diverso linaje. El medio era ejercitar su venganza; pero el resultado tenía mucho que ver con el proyectado casa-

miento de ella con Francisco. De aquella complicada trama se proponía la trianera sacar su regalo de boda. Ya diré á su tiempo cuál era ese regalo.

Por lo pronto, consignaré sólo que entre unas y otras se avecinó la tarde, y cogida de su mano llegó la noche; que cada uno de aquellos mortales que estaba en la creencia de que iba á gozar de la suprema dicha devorábase de ansiedad por que llegase el momento deseado de acudir á la secreta cita; que ni uno sólo dijo al otro "por ahí te pudras„ en punto á manifestar la entrevista que iba á tener con la mozuela; que se cenó poco, porque la impaciencia es receta contra el apetito, y que á eso de las nueve de la noche sacó todo el mundo sillas á la explanada; y como pidiera á cada cual el cuerpo alegría y jolgorio, rasgueó un hombre la guitarra y dió principio la fiesta.





XX

APOLOGÍA DE LA GUITARRA

El tocador de vihuela, antes de que la fiesta principie, hace varias agilidades en las cuerdas; puntea á capricho, combina arpegios y escalas, alardea luciendo mil brillantes bordados, y luego *entra de lleno en la materia.*

Pues á semejanza del tocador, si bien ajustándome á los escasos recursos de mi pluma, quiero, antes de presentar el cuadro de la fiesta, hacer la apología de la guitarra.

Así, diré que cada una tiene su temperamento, como lo tiene cada ser humano. Según la madera de que se construya y según el do que tenga de construirla el artífice, el

instrumento popular tendrá un temperamento distinto.

Guitarra hay que nació vulgar de manos del guitarrista, y la hay también que nació elegante, aristocrática, como si en su caja se hubiera encerrado un alma de poeta.

La guitarra de naturaleza distinguida es un organismo tan delicado como pueda serlo el más sensible. A veces un tocador coge el instrumento para arrancar de él los primores árabes que guarda en sus cuerdas, y el instrumento se niega á darlos. No es que falte por el momento la agilidad á la mano que ha de evocar esos primores; es que la guitarra *no está para fiesta:* aunque las clavijas hayan afinado los tonos, aunque el diapasón se encuentre dispuesto á hablar con su idioma de notas, el *yo* del instrumento está desalentado, no puede producir la harmonía; la inspiración, el *quid divinum* que duerme en él, no vibra, no canta; en aquel momento no es artista la guitarra, como cuando no está inspirado no es vate el poeta.

En este estado de postración el instrumento, hay que luchar de mil modos para *reaccionar-*

le; un frote continuado con una tela de abrigo suele templarlo y volver el organismo á la vida.

Así como un cuerpo humano se compone de átomos, y en esos átomos arde el fuego divino, así está también compuesta de átomos vivientes la guitarra, y la inspiración brota en ella de esa fisiología latente y animada.

Todos esos átomos vegetales, cuando está acabado de hacer el instrumento, son átomos sordos, moléculas desconocedoras de la harmonía; pero viene la mano artística, la mano educadora, á enseñarles la música, y poco á poco pasa la madera vulgar á ser madera *inteligente*, *inspirada;* los átomos aprenden el valor de cada nota, se inician en la combinación de escalas y arpegios, adquieren instinto músico, balbucean las siete palabras de su idioma, hablan, por último, y repercuten, como un cerebro humano repercute las impresiones externas, la lección divina del maestro. Lázaro ha resucitado dentro de la caja á la evocación de Cristo, el artista.

Cuando la guitarra aprende su ciencia de manos de un hombre vulgar, su naturaleza es

vulgar también; se parecerá al poeta que oye lecciones de retórica á un maestro rutinario y mecánico; al revés, si es lo que se llama dentro del arte un *temperamento* el que alecciona á la guitarra, ésta se identificará con quien la toca y será una naturaleza en harmonía con la de su creador.

Tiene la guitarra también su vocación, y una vez dispuesta para el arte, se decide por los sentimientos que simpatizan con su *carácter*.

Un violín es siempre *subjetivo*, es *él*, el mismo; no intrerpreta la música de una nación entera en el sentido amplio y popular; es un Heine, un Campoamor, un Becquer de la música; personal como estos poetas, el violín tiene la voz del arte interno, genial, especialísimo. Es un alma que se expresa, según ella, sin otra ley ni norma.

El oboe muestra inclinación por las cosas extrañas y originales. Él da tono adecuado al baile de las brujas, á las cosas diabólicas de media noche, á lo que habla y se expresa con eco raro y extrahumano.

El piano prefiere la sociedad, el salón elegante, la velada espléndida; es correcto en su

forma, simétrico, conocedor de la etiqueta y de las reglas sociales del mundo en que vive; sonríe siempre, mostrando su dentadura de marfil, y como un amenizador de salón, valiéndose desus medios de expresar, *da idea* de las cosas de música sin que ésta sea innata en su naturaleza; lo hace por condescender, por agradar y ser el *protagonista* de la reunión.

Pues del mismo modo que cada instrumento tiene su *vocación*, también la tiene la guitarra.

Un día oye el árabe instrumento una canción popular, un aire de España, y desde aquel momento ya sabe para lo que ha nacido: para ser intérprete del sentimiento de un pueblo; para asistir á sus verbenas ruidosas y alegres; para llorar en la cárcel con el preso, del que es especie de sublime Hermana de la Caridad; para acompañar los purísimos amores en la reja; para sentir á la hora del crepúsculo la misteriosa hora del *Angelus* entre el coro de campesinos; para hablar de recuerdos, de patria, de amor, hasta de religión aprendida en nuestra niñez.

Hebras del sol que alumbra á Sevilla y á Córdoba con sus cuerdas; en ellas duermen,

invisibles, los arabescos de la Alhambra, gime el suspiro del moro, y palpita como un himno valiente y guerrero la jota.

La nodriza que ha ensayado sus cantares á nuestra cuna, es la guitarra; aprendimos el Padrenuestro á la vez que aprendimos á violentar los dedos en el mastil; las más hermosas noches de amor y de luna las hemos pasado oyendo su melancólica harmonía. Ella es la caja que guarda nuestros recuerdos, el adiós último que oyen al despedirse los quintos, la afinadora de nuestro oído árabe y musical.

En los pueblos de España, preside con sus coplas de júbilo el bautizo clásico y ameno; da la voz de descanso en el trabajo congregando á la familia bajo el oloroso toldo de jazminez; santifica las fiestas con oraciones de harmonía que repiten los mozos en la rondalla; es testigo amable del casamiento feliz, y á su compás baila la moza su último baile de doncella.......................................

....

Este es el instrumento nacional. No prostituído en la orgía canallesca é innoble, puro y de sentimientos virginales, la guitarra es

algo de nuestra bandera, de nuestro idioma, de nuestro sol ardiente y del cuadro de nuestras costumbres.

Así venero yo á la guitarra, y beso sus cuerdas como se besan los cabellos de la mujer á quien amamos.





XXI

LA FIESTA

Pues con semejante instrumento, á quien unos llaman *la compañera de las penas*, otros, más dados á nombres macarenos, *el órgano*, algunos *la sentida*, y otros la vihuela, dió comienzo la zambra de aquella noche, que fué entretenida y llena de incidentes.

No podía por menos de ser así si se reflexiona en la comunidad de causa, dentro de tan variados caracteres, como formaba la parte, pudiera decirse psicológica, de la fiesta.

Al exterior, todo era disimulo, estudiado fingimiento, encaminado al fin de no hacer traslúcida la idea de la cita que accionaba en todos los cerebros.



Guardábala cada cazador como oro en paño, temeroso de que pudiera pescarla un compañero, y un secreto tan conocido de todos (aunque ninguno estaba en que el otro lo sabía) era una vulgaridad transformada en cosa rara por la cuidadosa prudencia y el afán de ocultarla de cada uno.

Era aquello *el secreto del serón,* pero á la inversa; en vez de oir todos las mismas palabras de una sola voz que las pronunciara quedas, las había recogido cada oreja, particularmente, de la voz misma; y claro es que, como la vulgaridad se había distribuido en porciones aisladas, cada hombre se relamía de gusto en su interior creyéndose el único elegido, el único citado por la moza. En suma: lo que cerebro por cerebro creían ser un *autógrafo hablado*, que guardaban á modo de humanos fonógrafos, no era sino una cómica *circular* remitida á cada entendimiento.

¡Qué miradas de mal oculta compasión y de satisfecho orgullo dirigíanse unos á otros, como diciendo: "quita de ahí, pobrete: ¡éste cura es el que va á decir esa misa!„ Únicamente al hacerse esta reflexión el cura *auténtico* que

figuraba en el cortijo, y que también se había metido en la colada, equivocábase sólo á medias, porque cura era efectivamente y decía misa, pero no diría aquella que cada cual quería aplicarse por su alma.

Con este interés germinando en cada pecho, y yendo á reunirse todas las miras ocultas á un mismo punto, estremeció la primera seguidilla los aires y comenzó el drama amoroso.

Drama, sí, porque la letra de la copla salió pidiendo guerra de labios de uno de los hombres desairados por la trianera, el cual parecía insistir, de un modo embozado, en su propósito.

He aquí cómo decía:

Me acerqué á una colmena
llena de amores,
que tiene en sus panales
miel de mil flores:
y al acercarme,
salieron las abejas
para picarme.

Sensible como pocas la piel de la nerviosa hembra, de Mercedes, al acero de los flechazos, recogió la indirecta y se la guardó hasta volverla convertida en copla.

Con frecuencia, sobre todo en los pueblos fiesteros, se tropieza en Andalucía con personas que improvisan, mal ó bien, cuando se ven precisadas á ello; y una idea que conciben, un sentimiento que desean descubrir, los exponen hechos arte vivo y genial.

Desde un punto distante al en que *Jaraga*, serio y mohino y sin haber cambiado palabra con Mercedes desde la disputa de por la mañana, hacía como que "ni escuchaba siquiera„ la fiesta, la criada de D. Leopoldo, que necesitaba mucha agüa para ahogarse, acusó el botonazo recibido como buen espadachín, y cantó con el hondo sentimiento de los gitanos:

A afanar unaz mielez
¡zalero y ole!
vino un zeñoritingo
que le antojóle.
Y e lo ma fiero,
que la miel no ze jizo...
¡ole, zalero!

No hay que decir que los siete versos que venían á poner de oro y azul al provocador de la copla parecieron á Francisco de perlas, y que la miel á que simbólicamente se aludía, aplicada á tipo como el que había cantado an-

teriormente, venía á ser lo que se llama miel sobre hojuelas.

A *Jaraga*, que en aquel cuadro no venía á ser más que una figura de último término, sólo le tocaba oir, ver y callar. No porque no hubiera encontrado qué decir á tanto entrometido como en sus barbas mismas se ponía á decir lindezas á su novia, sino porque se cohibía y se le pegaba labio con labio al pensar lo que era, nada, la última palabra del Credo, y las personas que componían la fiesta eran amigos del dueño de la casa; gentonas, como quien dice, al lado suyo, y bien lo delataban en sus modales.

Por otro parte, ¿qué le restaba que hacer á él, sino tragar, diluídos en una sola pócima, ira y pena, hallándose, como se hallaba, solo en su solo cabo, y habiendo llegado á ser digno del desdén absoluto de Mercedes?

Enfrente de la actitud que había tomado de devorar sus penas en silencio (quizás por condescender á las indicaciones que en la cueva le hice), sólo tenía otro partido: el de marcharse de la casa, el de renunciar á lo que ɔa en el cortijo, y huir sin ilusiones ni

fortuna á restañar sus heridas en lejanos lugares.

Pero esta idea no cabía de ningún modo en su cerebro. Era necesario ver en lo que paraba aquello, persuadirse por sí mismo de que una mujer podía ser tan traicionera.

Vino á sacarle de este pensamiento la voz del dueño de la casa, que dijo:

—Esto es necesario que se anime; aquí tiene que cantar y que bailar todo el mundo. Quien no saque á Mercedes al baile se queda sin probar el vino esta noche.

Y el vino, del propio cosechero, apareció escanciado en copas de cristal tenue y ligero, dignas de encerrar aquel zumo de viñas, ya provecto, pues había dormido en las botas de la bodega un sueño de cerca de cien años.

Alargó D. Leopoldo la primera copa á los dos que habían roto la primer lanza, á los dos que habían cantado, y engallando la persona como era del caso,

—Por que eso se arregle,—dijo poniendo el cristal en manos de la moza.—Pártala usted con el *zángano* que ronda esa colmena.

Cogió Mercedes la copa, púsola en alto,

y la besó en la base después de apurar el contenido, exclamando:

—Laz partiuraz zon pa los terzios de cajaz y pa laz alforjaz: ézta no zale ya de la zeportura.

—Que se le va á usted á subir al campanario, prenda; es un vino de muy mala intención,—dijo uno.

—¡Poz á güena parte viene!—repuso soltando quina la gitana.

—Si no hay más remedio que ganar á copa por seguidilla,—añadió otro al diálogo,—no ha de criar la mia telarañas; allá va.

Y echó al aire esta copla:

Para beber, los labios
forman un beso,
que en la copa en que beben
dejan impreso.
Canto contigo
por beber en la copa
donde has bebido.

No hizo esperar mucho Mercedes la respuesta. Más ligera que un rayo espetó esta seguidilla, que llevaba en el último verso la flecha:

Dicen que la memoria
cae en el vazo

en donde una prezona
pone loz labioz.
Yo al beber dejo,
cuando me paje, azuca;
zi no, meneno.

—¡Olé las mujeres con la sangre ligera!—exclamó en un arrebato de entusiasmo *Nalgatorio*, el cual hizo á todos reir por lo *flamenco* de la salida, cuando de lo más lejos que debía estar aquel hombre era de lo *flamenco*.

—Hasta á los que tienen la espada colgá se les alegran las pajarillas,—exclamó otro del grupo ridiculizando el brío amoroso del buen hombre.

—Lo que es eso de tener la espada colgá, no es muy cierto,—repuso á la objeción el aludido.

Y sin más ni más, con voz que remedó el graznido del pato, salió por los cerros de Ubeda, que no por seguidillas, de este modo:

Aunque dicen que ha tiempo
colgué la espada,
todavia, gracias á Dios, siente
pasión mi alma.

Y si estoy grueso,
es porque no me cabe de ningún modo
tanto querer dentro.

—¡Ay! ¡Malhaya zea zu etampa de uzté, que tié uzté un oío como un cerrojo,—clamó, como si la hubieran dado un alfilerazo, Mercedes.

—Él no cantará bien,—repuso el dueño de la casa,—pero su copa de rancio nadie se la quita; lo que hace falta es que los demás sigan su ejemplo.

Se animó mucho más con esto la fiesta, y no sé por dónde salieron á relucir al concurso unos palillos ó castañuelas,—que de ambos modos se llama en mi tierra al afónico instrumento,—y tirólas uno de los presentes en la falda de la moza en son de desafío para el baile.

Colgóselas en los dedos la mujer, mirando de reojo á *Jaraga*, á quien quería hacer ver que si á él no le gustaba que bailase la tenía sin cuidado, y la pareja quedó colocada en medio del círculo de gente dispuesta á perseguirse en el asoma-traspón de las mudanzas.

Hervíale en el pecho á uno de los que com-

ponían la zambra el orgullo de haber sido citado por la joven; y no sabiendo cómo decir de algún modo lo que le tenía tan fuera de sí, vació en el molde de un cantar su sentimiento, y se expresó de la siguiente manera:

Ya sabes que á la hora,
niña, te espero,
donde sé y donde sabes
que hemos de vernos.
Mi ansia es tan grande,
que hallo un siglo de vida
por cada instante.

—¿Si habrá pescado algo éste de mi cita con la moza (fué diciéndose cada hombre para sí, después de oir la copla), y será una indirecta la tal seguidilla?...

Fueron todos, uno tras de otro, sintiendo el recelo de no haber sido lo bastante disimulados para ocultar el secreto; y conociendo la mujer que, efecto de la copla imprudente, eso debía de pensar en su interior cada persona, se apresuró, conforme bailaba, á desvanecer temores y dudas, y añadió á la sarta de cantares:

Zé la hora y el zitio
donde á uno ezpero,

á un gachi que me quiere
porque lo quiero.
Pero ez zabio
que no erez tú el llamáo
ni el elegío.

—¡Claro, como que soy yo!—se dijo para su capote cada uno de los que tenían dada cita, y la tranquilidad fué pasando de pecho en pecho, llevada por la estratégica copla de la gitana.

Respiraron algunos fuerte, como si les hubieran quitado un peso de encima; otros dejaron asomar una risa de triunfo á los labios, regodeándose en la esperanza de lo mucho bueno que para poco después les esperaba, y cada corazón quedó como una balsa de aceite.

Tan sólo *Jaraga*, al oir decir en la seguidilla á la gitana que no era quien creía serlo el *llamado* ni el *elegido*, pensó que bien pudiera ser él, Francisco, la persona á quien tenía que ver en una cita Mercedes, cita que, aunque no se la había dado, pensaría acaso dársela.

Pero no bien concibió este rayo de esperanza cuando cayó del burro, como cayó el cántaro de la cabeza de la lechera, y en la caída maltrechas y pisoteadas sus ilusiones.

Ocasionó este mal efecto en Francisco el brusco recuerdo de la cita que á su presencia, mientras él estaba metido en el escondite por la mañana, dió la mujer al galanteador que hubo de declararle su pensamiento. A ése debía de ser á quien esperaba Mercedes á la hora convenida en sitio que Dios sabría cuál era. ¡Si Francisco pudiera averiguarlo! ¡Si él hubiera podido oir la hora y el lugar de la cita, no se pasaría el favorecido por la moza sin saber aquella noche á lo que olía la pólvora de un tiro á quemarropa. ¿Pero cómo había de saber nada Francisco? "¡Por vía e Cristo Padre! ¡Por vía e María Santísima!„

La verdad es que tampoco sabía yo si, entre tanto hombre citado en falso, la tramoyista dió cita de veras á alguno que no le pareciera costal de paja. Todo cabría en lo posible. Pero lo curioso hubiera sido saber qué persona, caso de que hubiera gato encerrado, era la predilecta de mujer tan exigente en cuestión de gusto.

Rumiando con el pensamiento su parte correspondiente en la trama de este cuadro se hallaba cada cazador, cuando estalló ot

guidilla, que transcribo tal como la oí. La entonó un rubio, rubio hasta la saciedad, que de repente salió y quitó al bailador la pareja. Decía así:

En el iris mezclados
van los colores,
como en los corazones
van los amores.
Y yo deseo
mezclar, niña, lo rubio
con lo moreno.

A lo que contestó á poco la moza, mientras repicaba airosamente los palillos y describía curvas arrogantes con el cuerpo:

Bien eztá la mazorca
zola en la huerta
junto á la calabaza
zu compañera;
que lo moreno
lo guardo pa el ingrato
por quien me muero.

—Por si no te habías enterado, ¡tome usted moreno y rubio y mezcla de colores! —dijo riéndose D. Leopoldo.—Mercedes,—añadió,—duro con ellos, y que no se diga que aquí no se devuelve con creces lo que se recibe.

—do el mundo vaciaba ya copas de firme,

y la atmósfera se había cargado más de lo conveniente.

Con varios tragos de más en el buche, todo hombre se siente ruiseñor y quiere echar fuera lo que le escarabajea y atosiga. Se cantó, pues, y se bailó de lo lindo, y la broma adquirió tonos que no son transcribibles al libro. Mercedes desapareció de la fiesta cerca de las doce, sin que nadie lograra saber dónde se había metido.

Y como creyeron algunos, los que tenían la cita más temprano, que la huída de la mujer pudiera significar que había llegado el momento supremo, inadvertidamente fueron desapareciendo hombres del corro, y la fiesta quedó en cruz y en cuadro.

Solamente en la explanada del cortijo bailaba á la luz de la luna, cuando dió la una de la mañana, una persona: era *Nalgatorio*, á quien la *chispa* le había dado por la coreografía, y traqueteaba el mondongo en la soledad sin notar que nadie observaba sus mudanzas.

Bailaba por movimiento adquirido, como la rueda da algunas vueltas después que ha cesado la impulsión.



XXII

LAS CITAS

¡Musa del donaire que dió vida á la novela picaresca del siglo de oro de nuestra literatura; regocijada musa que derramaste tu españolismo en las páginas de los ingenios de pasadas épocas; tú que tienes la tez morena de una malagueña, el andar gallardo y aéreo de una sevillana, el noble abolengo andaluz de una cordobesa, las arracadas y los aladares llenos de flores de una valenciana; tú que no conoces ni por el forro á la maciza gallega, ubérrima mujer nacida, no para la gracia, sino para *madre*; que gustas de la reja y de la serenata; que te pones jazmines en el pelo, mantilla en el busto gracioso, gitanescas guarni-es en la falda, y llevas hecho el vestido

con los colores de nuestra bandera; tú que sabes de memoria las sabrosas leyendas populares, el cuento lleno de intención, el chiste armado de saeta, el refrán oliendo á ancianidad de vino jerezano; tú que figuraste en los aristocráticos galanteos del siglo de Ramón de la Cruz y de Goya; que tienes en tu abanico versos de Quevedo, de Góngora, de Cervantes y de Lope de Vega; que representas una nacionalidad y posees todos sus esplendores y gracia, derrama tu inspiración en mi pluma, y haz que pinte con vivo color las escenas de este capítulo, ya que ha llegado la hora de la primera cita y es la media noche por el filo!

¡Oh amor, que enredas como cerezas los corazones, y luego, con tirar de una sola, se van todas tras de ti! Goza en tu triunfo, y observa cómo D. Rufo Viceversa, hombre ya lejos de los ímpetus de la pasión, pero sacado también de quicio por Mercedes, consulta, metido en su cuarto, la esfera del reloj, se descalza sin reparar en que sus años ya no están para andar en pie de media, y silencioso como un aparecido sale palpando las paredes en busca de

cosa más dulce que tocar, y toma la dirección del cuarto de la cita.

Dále al hombre el corazón violentísimos redobles, y en la obscuridad, á causa de la congestión amorosa, cree ver á modo de rojas musarañas.

¡Quién le diera á su esposa doña Casta Butrón de Viceversa, acostada en el lecho conyugal allá en su tranquilo hogar de Sevilla y durmiendo á pierna suelta, ver las dos vacilantes y temblorosas del marido puesto á la pista de una aventura, en tanto que ella reza por que, ya que salió de caza á los montes el esposo, Dios le conceda buena puntería!

A caza de su objeto iba por el obscuro pasillo adelante el adúltero, queriendo, porque produjese menos ruido, parar el sístole y el diástole de un corazón tan ingrato á su esposa. Antójansele huéspedes los dedos, escucha, toca con ambas manos el muro, indaga los ruidos que vienen de fuera, y persuadido de que nadie observa, echa un temeroso paso más en su camino.

De tiempo en cuando párase á llenar el pe- on una gran aspiración de felicidad. Sus

arterias son un torrente de glóbulos rojos que se atropellan, se empujan, se revuelven y van cantando con ritmo exaltado y violento la canción del amor *dulce y sabroso*.

El cual amor viene á ofrecerle, no la mujer á quien espera, sino un señor de los más caracterizados de la partida, varón grave y serio, de recias muñecas que contrastan con las manos breves y finas de Viceversa, y de tan sobrado vigor en el organismo como de él está falto el emocionable Viceversa.

Les había visto por la mañana Mercedes echar el pulso, y notó el contraste que hacían aquella patita de jilguero y aquella muñeca que dobló como un junco la contraria.

—¡Si yo tuviera que venir á las manos con este hombre!—rezó para su coleto á raíz de haber echado el pulso el poquita-cosa, admirando la palma musculosa que tuvo entre la suya.

Y á las manos iba á venir si un milagro del cielo no hacía que aquel que Mercedes le había designado por compañero no se equivocara de cuarto y no entrara en la habitación á que ambos iban derechos.

Llegó primero el pusilánime, palpó la puer-

ta de la habitación, y entróse revolviendo los dedos, como tentáculos, en las tinieblas.

Un pisar más fuerte que el suyo, y que no dudó sería el de Mercedes, oyó el pecador esposo, y le dió un vuelco descompasado el corazón. ¡Ya estaba ella allí! ¡ya sentía su respiración de cerca!... De pronto sonaron ambas hojas de la puerta, y á continuación chirrió una llave en la cerradura. A ambos hombres cuajóle la sangre en las venas el sobresalto. Pusiéronse á escuchar y á inquirir qué sería aquello, y oyéronse uno á otro las respiraciones, que cada cual tomó la que no era suya por la de la moza.

—Es precavida, vamos,—dijéronse ambos á un tiempo,—y ha querido que estemos, además de á obscuras, bajo llave.

—Bien hecho,—dijo uno de los dos por lo bajo.

—¿Bien hecho qué?—contestó otro en el mismo tono.

—Lo de echar la llave.

—Pero ¿la has echado tú?

—Yo no, ¿y tú?

—¡Demonio! Yo tampoco.

—Entonces...

Por lado distinto al en que se susurraba este principio de sospecha avanzó otro palpador de tinieblas lleno de la ilusión que le trasponía de gozo, y le fosforecían los ojos en la obscuridad lo mismo que á un mochuelo.

¡Él, que era galán afortunado, trovador amoroso, rondador de prenda tan alta que la ponía en los mismos penoles, iba haciendo el papel de buho que no había más que pedir!

No obstante, sonreía dulce y afable como si alguien hubiera de ver aquella risa, y giraba las luminosas retinas en medio de su exaltación erótica y vehemente. No llevaba andados unos quince metros cuando abrióse sigilosamente otra puerta, y con paso no sentido —todos se habían quedado en pie de media— avanzó un hastial, que no persona, tal era su estatura, en dirección contraria á la en que venía el de los ojos iluminados.

—¡Zape! — exclamó al verlo el último, tomándole por un gato, y volvió á repetir:— ¡zape, zape!

Acoquinóse el de los carbunclos, volvió grupa temiendo toparse de manos á boca con alguien que no fuera Mercedes, y como el ...

rar la cara dejó de mostrar las chispeantes retinas cargadas de brillo fosfórico, el otro siguió hasta meterse en el cuarto de la cita.

Pero el *gato* tenía demasiado puestos sus cinco sentidos en la *pescada* que pensaba comerse, y tornó sobre lo andado, dió varias manotadas en la sombra para orientarse, llegó á la puerta por donde ya había entrado el compañero, y echó el pie dentro del umbral.

—¡Zape, zape! —repitió con más insistencia el de dentro, persuadido de que aquello no podía ser más que un gato.

—Soy yo, —habló quedo por fin el de las pupilas.

—¿Y quién eres tú?

—¿No lo sabes?...

—¡Ah! Bien decía yo esta mañana que tus ojos eran dos soles de tanto como alumbraban.

—Eso te lo decía yo á ti.

—¡A mí!... A mí no; pero ven, ven más cerca de mí.

Un ruido de hojas que se cierran y una llave que rechina siguieron al cómico diálogo.

—¿Has echado la puerta? —dijo uno de ambos con recelo.

—¿Qué has echado la llave?

—Te pregunto que si has cerrado tú.

—Yo no.

—Ni yo tampoco.

—¡Caracoles!

Y salió otro hombre de un cuarto distante, el cual se santiguó antes de ponerse en marcha; se comprenderá por esta señal que era el sacerdote. En vez de extender los brazos como hicieron los demás, cruzó, por hábito, las manos y rezó su *Introibo* amoroso. Luego adoptó un paso de procesión. No iba él con idea pecaminosa, ¡ca! iba á traer la escarriada oveja al redil; le dejaría caer en el oído un silábico cuchicheo lleno de misticismo, la ungiría de amor, de dulzura, de ambrosía celestial, y después de todos los latines y kirieleisones la dejaría más blanda que un guante y dispuesta á no pecar otra vez.

De estos propósitos iba armado el bendito padre, cuando salió de otra estancia, andando de puntillas, el avieso funcionario del Estado, el recaudador de contribuciones, que era quien tenía que habérselas con el clero.

¡Dos potencias frente á frente, dos entidades

de igual valía y poder buscándose una á otra! Allí del principio físico de que dos fuerzas iguales cuando chocan se destruyen. Era seguro que al persuadirse ambos de que no eran varón y hembra, sino antes ejemplares de un mismo género en la especie bimana, no iban á quedar, como suele decirse, ni los rabos.

Entró primero en la habitación, que era el número 2, el símbolo del incienso y la plegaria; y apenas asomó la nariz á la misma estancia el recaudador, como hombre de buen olfato que era, venteó allí algo de sacristía: era que llegó á su sentido el leve aroma de iglesia que lleva consigo todo ser dedicado al santo servicio del Señor.

La misma operación de hojas de puerta y de cerradura oyeron aterrados ambos, no bien estuvieron cerca uno de otro.

—¿Por qué cierras?—preguntó por lo bajo con voz mística y pura, como venida de biblias y misales, el pastor que quería poner bajo su cayado la oveja.—Puerta cerrada, sospechas inspira.

—No he tocado á la llave; más bien habrás sido tú.

—¡Yo! ¿No sientes lo lejos que estoy de la puerta?

—Entonces, ¿quién ha echado esa llave?

—¿Seremos presa de alguna infamia? ¡Cómo está el mundo, hija mía!

—¿Cómo hija mía? ¿A quién le estás diciendo hija mía?

—¿A quién se lo he de decir? A ti, rosa de Jericó.

¡Rosa de Jericó á un recaudador de contribuciones! ¡el ser más vulgar que Dios ha podido echar al mundo!

—Aproxímate, —siguió diciendo el místico, —ven á mí, fuente sellada, huerto de Jethsemaní, *turris ebúrnea*; yo te diré los gozos más suaves que sepa, los salmos más...

—¡Para gozos estoy yo con la sospecha que tengo encima! —dijo de veras en ascuas el comisionado.

—Aproxímate, esposa celestial, torre de David, casta paloma.

Por lo visto iba á encajarle toda la resplandeciente sarta de hipérboles sagradas.

¡Y todo á un comisionado de apremios!

El empleado del Gobierno, en vista de lo que

allí pasaba, tomó, por lo pronto, la precaución de pegar la espalda á la pared.

Un pisar más desordenado que los anteriores dejóse oir á lo lejos, y entonces el cura rompió el collar de elogios místicos por la perla *domus áurea*.

Quien venía también al olor de la carne á encerrarse en el cuarto que se le designó para entrevista, era el infeliz reumático, especie de costal de ácido úrico, el cual, con los cascos á la jineta, arrastraba su persona por aquellos pasillos gateando unas veces y otras andando algunos pasos en equilibrio. A aquella misma habitación debía acudir el abogado tartamudo, á quien sobraba de ligereza en los músculos lo que de claridad faltaba á su lengua.

El Cicerón con intermitencias, el Demóstenes atragantado, recogió antes de salir de su cuarto toda la elocuencia que pudo, y encaminóse al punto de la cita. Llevaba unas ganas feroces de abrazar, de coger entre sus manos un cuerpo en el cual pudiera desatar su cariño.

[illegible] estaba el *costal de ácido* sintiendo mo-

lestia hasta de las moléculas del aire, cuando llegó el tartamudo y entróse de rondón, sin nada de vacilaciones, en la estancia.

— No llegues de pronto, — rezó bajito el que esperaba, poniendo las manos á guisa de defensa.

— ¡Qué pudorosa, qué casta! — reflexionó con delectación el aludido y sin tartamudear, puesto que habló para sí.

— Espera que pase un momento; yo me acercaré.

— ¿Qué?

— Que yo llegaré hasta ti.

— Ha... ha... bla... más... claro..., mu... mu... mujer.

— ¿Cómo mujer?...

La puerta dió un golpe con ambas hojas, giró á regañadientes la llave, y los dos hombres llevaron el consiguiente sobresalto.

— ¿Quién... ha... echa... do... la... la... llave?

— Tú habrás sido; el miedo no te deja hablar seguido; tranquilízate, mujer.

El abogado dió á su vez un brinco, diciendo:

— ¿Cómo... mu... mu... mu... mujer? ¿A ver, quién... ha... hay... en... este... cuarto?

Y sacó un fósforo para hacer la luz y jugarse el todo por el todo. Pero no se atrevió á verificarlo, porque fuera sintió pasos precipitados, frases pronunciadas á media voz por alguien que refunfuñaba cóleras y amenazas. Era Francisco, que puesto toda la noche en un pie como las grullas porque varias veces había oído campanas sin saber dónde, bufaba de ira en la idea de que todos aquellos teje manejes, de que todas aquellas idas y venidas del coro al caño y del caño al coro, tuviesen algo que ver con su novia.

Pasó como si soltara en vez de palabras pedruscos, y no pudo notar un bulto que se escondía en un recodo del pasillo. Aquel bulto era Mercedes, que cuando veía, ó calculaba por los pasos, que una *pareja* se hallaba en el *nido*, se deslizaba hacia la puerta con pisada de gato y echaba la llave, metiéndosela luego en el bolsillo. ¡A ella la habían humillado, pero tenían los del enredo que sudar gotas de sangre á sus manos!

No le dió compasión á Mercedes ver á su novio, desvelado y triste, escudriñar hasta los [illegible]mos del viento por ella: una ofensa á su ho-

nor, no la perdonaba aquella mujer; así es que sintió de nuevo ira terrible, ira tremenda de que aquel bobalicón se hubiera atrevido á dudar de su entereza.

Perdióse á lo lejos *Jaraga*, y nuevos pasos percibió el oído en la distancia. Había llegado la hora de verse, ó mejor de tocarse, los dos enemigos políticos dentro de una sola trampa.

Empujó con imperio la puerta, cuando hubo llegado á ella, uno de ambos exalcaldes, como aquel que está acostumbrado á que cedan las cosas á su mando; y apenas rebuscó entre la sombra, con actitudes de policía, si hallaba alguien que le estuviese esperando, con más altivez, con más imperio, con mayor autoridad si cabe, empujó la puerta el otro exalcalde y entró como Pedro por su casa.

¡Los los jefes de opuestos bandos que se habían bombardeado mil veces de palabra arrojándose al rostro los más duros improperios, iban á decirse ternezas, iban á darse un abrazo amoroso, sin sospechar que sería caricia de lobo á lobo, zarpada de pantera á pantera!

—Por fin voy á verme á tu lado. ¡Cuánto tiempo lo deseé! —exclamó sin voz el más li-

beral, quien había jurado cien veces que jamás se hallaría al lado de su enemigo.

—Te dije y supliqué en vano que vinieras á mí, que te pasaras á mi bando, y, por fin, rindes esta noche la bandera. Ya sabía yo que con el tiempo teníamos que ser ambos uña y carne.

—En el cariño será, porque en otra cosa ya sabes mi independencia y cómo las gasto.

¿Qué había de saber cómo las gastaba, si el que oía estaba en la creencia de que era la moza la que le replicaba?

—Ya sé,—contestó en esa persuasión,—que tienes un carácter enérgico, que no das tu brazo á torcer, que se las mantienes tiesas á todo el mundo; pero á mí,—añadió con vanidad el sujeto,—no hay quien se me resista. ¿Verdad? Dímelo cerca con tu boquita, anda.

—Y ¿quién va á resistir á esos ojos y á ese cuerpo,—expuso el interlocutor creyendo á su vez que le hablaba á Mercedes,—si sería capaz hasta de vender la vara á mi enemigo por pasarme á ti con armas y bagajes?

—¿La vara?... ¿qué vara? Esa le consta á ' el mundo que no la empuña más que yo;

sólo por ser tú quien eres..... te la pondría un momento en la mano.

—Yo no empuño más vara que la mía.

Mercedes repitió, al llegar el diálogo á este punto, la misma operación de puerta, que hizo el efecto á ambos hombres de si se hubiera tratado de un golpe político.

—¡Eh! ¿qué es esto? ¿quién cierra? ¿quién anda ahí? ¿á ver? —exclamó atropellándose el que no empuñaba más vara que la suya. Y se lanzó á la que él creía Mercedes, diciendo:

—No me gustan las encerronas ni los misterios, niña mía; deja las hojas de par en par, y acércate á mi lado.

—¿Niña mía?... Quiero convencerte de que yerras.

Pegó un grito el que había de adquirir la convicción al sentir la mano áspera y fuerte que le agarraba, mano que no permitía dudar era de varón, y este grito fué uno más que se unió á las disputas que comenzábanse á oir dentro de los cuartos donde ya había muchas más parejas, pues el alba venía clareando por el mar cuando el exalcalde dió el tremendo grito de sospecha.

—¿Qué jaleo zerá er que hay en er cortijo? —exclamó, al levantarse, un pastor que venía en dirección de la casa para coger una sartén y empezar á hacer las migas.

—¡Abrid! ¡abrid! ¿Qué pasa aquí? ¡Que abran! ¡Eh, traed la llave! ¡Ya me las pagará esa tramoyista! — eran las voces que se oían salir de muchos puntos de la casa.

Cuando reunió todas las llaves en un haz, Mercedes se tendió á la larga en el lecho, no para dormir, á buen seguro, sino para reir con más descanso y mayor comodidad. ¡Había llegado la suya! ¡Su venganza se había realizado!

Esperaría, para dar suelta á los presos, á que se levantara D. Leopoldo, y á la vista de él y de *Jaraga* largaría al suelo los dos largos kilos de hierro, en forma de llaves, para que vieran de lo que era capaz una mujer cuando se veía ofendida en su orgullo.

—¡Eh! ¿No oye tú?—dijo *Jaraga* dando con los nudillos en la puerta del cuarto de Mercedes.—¿Zabe tú onde etán laz llave de loz cuarto? Tóo er mundo etá encerrao, y dizen que ha [illegible] Er zeñorito dize que te levantez.

—Dile ar zeñorito que ya voy. Y tú etate ahí al lao... *por si arguien viene á yevame.*

Mordióse los labios Francisco porque calculó de pronto todo lo qne había urdido aquella mujer para coger en el garlito á los que pensaban cogerla á ella, para trasquilar á los que querían ir por lana, y para hacer morir por la boca á tanto *pez* como andaba rondando su persona.

Jaraga se vió infinitamente mezquino al considerar que él había dudado de mujer que se defendía de tal modo y que ganaba las guerrillas con tal brío.

—Cualziquiá ze equivoca me paje á mí,— contestó Francisco á las intencionadas frases de la moza, queriendo enmendar su yerro.

—Tamién le quea á uno luego er conzuelo de cantá la gayina.

Como si la broma fuera un combate, oíanse broncas detonaciones dadas en las puertas de los cuartos, lamentos de desesperación de los que querían salir para ejecutar su venganza, gritos de los que pedían auxilio, porque algunos vinieron á las manos al verse corridos de tal modo.

Mercedes, entretanto, reía á más no poder; se retorcía de gozo en el lecho, y cada vez que oía una voz, un grito de socorro, quedábase traspuesta de una carcajada.

Abrió por fin la puerta de su cuarto cuando el sol venía ya á alumbrar aquel triunfo de su ingenio, y trópezóse con D. Leopoldo, que iba á gestionar cerca de la moza si consentía en que se diera libertad á los presos que ella había puesto á buen recaudo.

Dijo Mercedes que antes tenía que hacer oir unas palabritas á aquel calzonazos de su novio, y quería hacérselas escuchar delante del dueño de la casa.

—Lo que has hecho con esos hombres, Mercedes,—dijo, interrupiéndola, entre cómico y grave, D. Leopoldo,—te eleva á cien pies más de lo que estabas á mis ojos, y me obliga á decirte lo siguiente: que desde hoy ganas doble de sueldo en mi casa, y que quedas admitida á perpetuidad en ella. Cuanto á las palabritas que ibas á decir á este mozo, yo se las diré. Tú, Francisco,—repuso,—que no se te vuelva á ocurrir dudar de una mujer como ésta, que [illegible] por decir que no te la mereces. Desde

hoy quedas también admitido por el tiempo que quieras en mi casa; en ella tendrás un sueldo seguro.

—Que co un cariño mu grande ofrezco á Mercede, zeñorito, prometiendo no gorvé á duar de eya.

—No es mal regalo de boda,—añadió mi amigo.—Y porque yo se lo ruego, va á hacer Mercedes el favor de decir que acepta ese regalo.

—Porque uzté lo píe, no porque lo quiera este mal gachí—(y lo miraba con ojos que desmentían sus palabras)—ez por lo que armito la fineza. Y allá va también mi regalo de boda,—añadió arrojando el mazo de llaves al suelo.

El sublime rasgo de la mujer arrancó dos gruesas lágrimas de los ojos de Francisco, y mi amigo quedó estupefacto ante aquel portento de virtud.

—Pocas mujeres pueden hacer en la vida un regalo semejante,—le dijo.

—Que abran á ezoz que eztán en la trampa, no ze loz vayan á comé loz ratone,—exclamó Mercedes sin poner oído al elogio.

Fuése á dar libertad á los presos

y D. Leopoldo, entusiasmado ante mujer tan estupendamente sublime, le dijo:

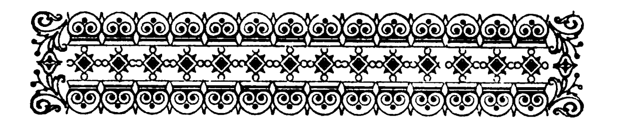
—Los amigos míos que hay en esta casa han lastimado un poco tu orgullo, y han tratado de ver si daban al traste con tu virtud; pero te respondo de que te han de dar una satisfacción cumplida, de la cual no quedarás quejosa. ¿Tú quieres á Francisco? ¿Lo quieres para casarte con él?

Juraría, yo que escuché aquella respuesta, que en los ojos de Mercedes, al decir *sí*, había como una levísima humedad de lágrimas.

—Pues si es así, me declaro padrino de vuestra boda; tengo un plan que ya lo sabrás.

Soñando con lo que sería aquel plan estuvo Mercedes toda la mañana, hasta que vió que se trataba de lo que diré en el capítulo siguiente.





XXIII

SÁBADO DE GLORIA

El plan que tenía *in mente* y que puso por obra mi amigo, no hay que ser muy lince para sospecharlo.

Fué, en primer lugar, hacer cantar la palinodia á tanto galán como llegó á creerse que la moza era huerto lleno de portillos, y conseguir que reconociera aquella gente que mujeres como la trianera entran pocas en libra, con el otrosí de que muy principales señoras, que sólo se dejan ver por celosía, tendrían no poco que aprender en punto á virtud de la trianera, y el ítem más de que á aquella saladísima gitana había que desagraviarla y darle [illegible]facción merecida, amén de que todos

se pusieran á las órdenes de mi amigo para realizar el plan que se hubo trazado.

La segunda parte de éste, fué mandar un hombre á Sevilla, bien forrados los bolsillos de rancias peluconas, para que, aprovechando los días martes y miércoles santos, obtuviera todos los documentos que son precisos para que dos personas, novia y novio, sin amonestaciones ni cosa que lo valga, queden unidos doblemente ante Dios y ante los hombres.

Ya le había caído que hacer, como sacerdote que era de la parroquia de los contrayentes en Sevilla, al representante de Cristo que casualmente se hallaba en el cortijo metido de hoz y de coz en la jarana. De los demás, excepto al comisionado de apremios, que ya lo estaba por su parte, los puso á todos á contribución mi amigo; porque de lo que se trataba era de que cada hijo de vecino que había dado paso en vago hacia Mercedes le otorgase satisfacción cumplida siendo criado suyo en las fiestas de su boda; es decir, que se iban á volver las tornas, y la que hasta entonces fué la servidora iba á ser la agasajada y la servida.

Todo ya puesto punta con punta y de ante-

mano convenido, y allende esto encerrados bajo llave los documentos relativos á casorio que se trajeron de Sevilla, se abrió un paréntesis de dos días, jueves y viernes santos, para dedicarlos al recogimiento y á la devoción, porque allí todos éramos católicos, y amaneció el sábado de gloria; ¡un día de Mayo bajo el hermosísimo sol andaluz.

De gloria estaban los cielos, porque Dios había ascendido por aquellas diafanidades azules, ungiendo de pureza los aires y dejando en los átomos de luz chispas de su mirada y de su gracia; de gloria estaba la tierra, porque Mayo lucía su floración más brillante ajustando á sus sienes corona de blancos azares, como si la naturaleza se levantara para celebrar sus fiestas nupciales; de gloria estaban las almas no ensombrecidas por la mancha más leve, porque iban á enlazarse ante Dios, y de sus substancias iban á formar un solo espíritu y de sus cuerpos un solo cuerpo.

Altar digno para recibir la luz de aquel soberbio día de Mayo, y para que ante él quedaran soldados con palabras divinas dos corazones, era el que desde el amanecer había le-

vantado aquella gente en la gran explanada del cortijo.

Un semicírculo de robustas encinas y de cedros que contaban cientos de años adornaba de pompa vegetal el anchuroso espacio, y de encina á encina y de cedro á cedro caían paños de seda, colgaduras hermosas que había sacado de las arcas el dueño, dispuesto á echar la casa por la ventana. En el tronco de cada árbol habían formado trofeos los cazadores improvisando panoplias y escudos que daban realce enérgico al cuadro.

Los rosales que la primavera había resucitado alargaban su dosel desde los muros, desmayándolo en elegantes curvaturas y ramas flotantes, y salpicándolo con un diluvio de rosas. Bajo aquel palio rústico, donde á los brillantes bordados de la ropa sagrada habían substituído cálices olorosos, se hallaba dispuesto el altar. Sacóse fuera la rica ornamentación del oratorio, bruñéronse á la luz del sol sobre las gradas, candelabros, coronas, atriles y bordados; la Virgen, una diminuta Virgen en torno de la cual se derramaba tanta hermosura, se esparcía tanta belleza, quedó

en el altar colocada, y un mar de gayombas pajizas, de flores de diversos matices, de tallos y de ramas, alfombró aquel cuadro sublime, que jamás se ha de borrar de mis sentidos.

Cuando todo rechispeaba en medio de una atmósfera de polvo de oro llena de aromas penetrantes, alzóse una cortina de seda de las que se desplegaban en semicírculo, y aparecieron dos frescas, dos blancas, dos inmensas cargas de azahar en flor, cortadas de los tres mil limoneros de la huerta.

El aire se enriqueció con mayor tesoro de olores. La aspiración que recibía, ávido, el pecho, era un halago amoroso, un ungimiento puro y suave. La cabeza flotaba en un delirio vago cargado de fragancias divinas.

Aquel azahar repartióse por todas partes; se colocaron á los lados del altar ramas hermosas; echáronse otras sobre el suelo mezcladas con romero y mastranzos; volcóse azahar en los asientos, en los adornos, en todas partes, y el cuadro vistió inmaculados tonos de pureza.

La robustez de los cedros gigantes y el vi- nusculoso de las encinas, daban valiente



majestad á aquel templo erigido en medio de los montes; y la gracia que enamora, la elegancia que seduce, dábanlas á la pintura el derroche de paños de seda, de colgaduras brillantes, de pabellones hechos con grandes pañuelos de Manila, que parecían vivos policromos de flores. En su fauna bordada sobre raso abrillantaba el sol plumas de color de oro, patas y picos azules, alas de matices de fuego.

Y sobre aquel riquísimo fondo había de resaltar Mercedes al lado de su novio, que de atolondrado no sabría dónde se hallaba.

Vestíase la moza, porque con unas y con otras mediaba ya el día, y era preciso que se verificase la ceremonia para pasar de lo sublime á lo ordinario y comer el almuerzo que habían preparado los hombres para ofrecérselo á Mercedes entre franca y atronadora alegría.

Un repique lejano, tan sutil que había que aplicar bien el oído para escucharle, venía de uno de los pueblos que desde el cortijo se divisaban, y á aquel repique unióse otro de un pueblo más cercano, y al de éste otro tintineo distante, y de las veinte poblaciones que se columbraban desde el cortijo apenas quedó



alguna que no lanzara su repique triunfal, sus aclamaciones de gloria por la fiesta que celebraba la Iglesia con la fastuosidad de las grandes solemnidades.

Los esquilones giraban como locos presos en los cepos, y con voces de ángeles parecían decir al mundo católico: "¡Ya resucitó!„

Las campanas algo mayores hablaban con más formalidad del suceso, y ligaban sus sonidos á los de los esquilones.

Los instrumentos más graves pregonaban con majestad la noticia, y se expresaban con acompañamientos de órgano que el viento traía en ráfagas cargadas de música.

Todas las lenguas de bronce juntas formaban una algarabía tremenda, un concertante que estallaba alegría, júbilo, entusiasmo loco y delirante.

Oyendo ese repique triunfal juntóse toda la gente en la improvisada iglesia, y adelantaron Francisco y Mercedes, uno atolondrado á la vista del honor que se le hacía, y ella vestida con sencillez y modestia, y llevando un ramo de azahar sobre el pecho. La escultura de aquella mujer pedía á voces un rico

fondo sobre que aparecer en soberbio relieve, y el fondo estaba detrás de ella para que mejor acusara sus contornos. El pecho, redondo y macizo, alzábase á cada aspiración de aire lleno de una aterradora hermosura. La emoción de la vida, de los nervios, por los cuales corre la sensación impetuosa de los extraordinarios instantes, levantaba aquel seno tremante y duro como si agitara ánforas de alabastro saturadas de esencias riquísimas.

El cuerpo de la mujer se enfundaba en una preciada tela salpicada de ramos de flores. Sus pies iban recogidos en zapatos vistosos. En las manos ostentaba un abanico con pájaros pintados en la seda. Toda la mujer hacía estremecer el alma de asombro ante lo inmensamente bello, de miedo ante escultura coronada de tan nunca imaginadas gracias.

Al cura le temblaba el libro entre las manos al empezar á leer la epístola sagrada.

Todo el mundo, postrado de espíritu enfrente de espectáculo tan solemne, sentíase subyugado por aquella mujer incomparable, cuya belleza era una perfección humana y cuya virtud era superior á su belleza.



—¿Quiere usted á doña Mercedes Arias y González por esposa?—preguntó con acento de majestad el sacerdote.

—Sí quiero,—contestó *Jaraga*, desvanecido de dicha á la vista del sueño realizado.

—Y usted,—añadió el párroco dirigiéndose á Mercedes,—¿quiere á D. Francisco Rojas y Téllez por esposo?

Todos escuchamos un *sí quiero* firme, decidido, pero dicho con recato y pudor, y acabada la ceremonia quedó consumado el sacramento que fué instituído por Jesucristo cuando dijo: *Quod Deus conjunxit homo non separet.*

Las dos medias naranjas se habían encontrado y se fundían en un solo fruto.

—Resucita á la dicha,—parecían decir á Mercedes los cálices de bronce de todos los templos que repicaban á gloria.

—Resucita á la paz,—murmuraba á su agitada vida la institución hermosa de Cristo.

—Resucita al amor,—cantaba Mayo á su oído, y hacía vibrar como un arpa sacudida su cuerpo...

⁂

Hubo fiesta y jolgorio durante el día, llegó lenta, para los esposos, la noche, y á la hora en que todos buscaron el descanso, ocultó el velo nupcial el más grande y poético de los misterios.......

Madrid, Septiembre, 1891

FIN DE LA NOVELA

OBRAS DE SALVADOR RUEDA.

POESÍA.

	Pesetas.
AIRES ESPAÑOLES, 3.ª edición	1
SINFONÍA, 2.ª edición	1
ESTRELLAS ERRANTES, 2.ª edición	1
CANTOS DE LA VENDIMIA, 3.ª edición.	

NOVELA.

LA GITANA. Novela andaluza	1
EL GUSANO DE LUZ. Idem íd	3
LA REJA. Idem íd	3
EL PATIO ANDALUZ. Cuadros de costumbre, 2.ª edición (agotada)	2
EL CIELO ALEGRE, 2.ª edición (agotada)	3
BAJO LA PARRA, 3.ª edición. (Tomo L, III de la *Biblioteca selecta.*)	0,50
TANDA DE VALSES.	
GRANADA Y SEVILLA. Notas de un viaje. (Tomo II de la *Biblioteca de autores célebres.*)	1

TEATRO.

(Para leido).

EL SECRETO. Poema escénico en tres partes	1

EN PREPARACIÓN.

RETRATOS Y SEMBLANZAS. Notas de crítica.
LAS BATALLAS MODERNAS. Novela madrileña.
SABOR Á MARISCO. Tomo de poesías.
CANTOS MADRILEÑOS. Tomo de poesías.
NOTAS DE COLOR. Cuadros andaluces.

(Los pedidos de esta novela háganse á D. José Rueda. Jovellanos, 5, Madrid)